



CELESTE

Agente immobiliare



CAROLINA GATTINI

Celeste

Carolina Gattini

Prólogo.

Me llamo Celeste, no es muy común, lo sé, pero es que mi madre veía una telenovela cuando estaba embarazada de mí.., bueno, es una historia un poco absurda que prefiero guardar en el olvido... En realidad nunca me molestó llamarme así, sin embargo últimamente he barajado varias veces la idea de ir al registro civil para cambiarlo, claro que luego pienso en el lío de papeles que tendría que hacer y se me quitan las ganas. Yo me había acostumbrado, es decir, son unos cuantos años llamándome así, básicamente desde que nació. Sin embargo, en los dos últimos años he pensado más de una vez en cambiarlo, sobre todo por cómo lo pronuncia mi archienemigo Jorge: “Celeste”, con ese tono tan estúpido. No lo soporto, es el tío más chulo y prepotente que he conocido en mi vida... Cree que puede conseguir todo lo que se proponga, cree que es más listo, más inteligente, más todo que todos, ya saben...

Por suerte, ya no tendré que verle nunca más, esta misma mañana los he mandado a todos, bueno, a él concretamente, a un lugar remoto y sucio, un lugar imaginario llamado “mierda” y me he largado de la oficina con la cabeza bien alta. Claro que ya tenía apalabrado otro contrato con otra agencia, si no habría tragado con todas las estupideces que me hubieran pedido, como verle la cara a ese estúpido cada día, y habría seguido trabajando con él por muuuchos años más... Son las desventajas de tener una hipoteca y un estómago que es como un pozo sin fondo, parece que nunca está satisfecho. Porque a veces pienso, ¡pero si ya comí ayer! Pero nada, no quiere escucharme, y tengo que seguir comiendo y gastando dinero... Es un infierno... En fin, en resumen, he dejado mi trabajo y me dirijo con inexorables pasos hacia la oficina donde voy a firmar el nuevo contrato. Me espera un futuro brillante...

Capítulo 1.

Dos meses después.

Decía un compañero de instituto que más vale malo conocido que bueno por conocer, y lo odiaba en aquel momento, porque lo decía para defender a un profesor que nos martirizaba y del que nos quejamos todos los alumnos para ver si conseguíamos librarnos de él, o cambiar de clase. Ahora, al fin, comprendo el sentido de esa frase.

Mientras conduzco por una carretera de esas del estilo “Las colinas tienen ojos” decido enviar un mensaje al grupo de amigas indicando la carretera y km por el que voy con la puesta en situación previa de, precisamente eso: “Por si me asesinan por el camino estoy en...”

Nadie contesta y comprendo la calidad de amigas que tengo. Sólo espero que encuentren al asesino después de cometer el crimen... Y si es posible que les indique dónde está mi cuerpo... No sé, alguien querrá poner unas flores o algo... Aunque sean de plástico.

– No seas dramática –responde Rocío, y se lo agradezco, porque estaba empezando a imaginar la postura en que me encontrarían.

– No lo soy, creo que es mejor que os envíe una foto para que entendáis la gravedad del asunto.

Pongo la cámara del mismo grupo del móvil y capto la imagen desoladora, porque esto está tan solitario y la vegetación empieza a engullirme .

– Deberías dejar el móvil mientras conduces –me responde.

No entiendo por qué debería dejar el móvil cuando conduzco, de hecho, voy a escribirle eso cuando levanto la cabeza y veo un coche de la guardia civil delante de mis ojos y un par de tipos verdes haciéndome señales.

El buen hombre me hace darle mi documentación, los papeles del coche, y todo lo que se le ocurre. Luego me pide que abra el cenicero y me quedo mirando por el salpicadero como una tonta. A estas alturas debe pensar que lo soy.

– Señorita, está ahí –dice señalándome una cajita que, lo juro, no había visto antes en mi vida.

Yo también tengo curiosidad por saber qué hay dentro. Cuando compré el coche, de segunda mano, nunca revisé nada, y a veces encuentro fotos o cositas curiosas, o basura, por los rinconcitos. Sin embargo, en el cenicero no hay nada... ¡Qué chasco! Me había hecho ilusiones.

– Señorita, ¿ha bebido?

– No, no he podido, no me atrevía a parar por esta carretera –le aseguro en confidencia, mirando a nuestro alrededor después de acercarme a él alargando el cuello, para sacar la cabeza por la ventanilla-. Además se me está haciendo tarde. Pero sí que tengo sed, y hambre –me lamento.

– ¿Por qué no ha salido antes?

– Me están saliendo las canas del estrés que tengo, y aparte de eso siempre he querido ser pelirroja, y se me ha ocurrido que me daría tiempo a tintarme antes de salir de Madrid porque aquí el agua estará fría, pero como puede apreciar no ha servido de nada, sigo morena... –me lamento de nuevo-. Aunque al menos ya no hay canas.

Él frunce el ceño y no sé qué he dicho, pero creo que le ha sentado mal.

– Salga del vehículo.

Obedezco rápidamente, bueno, con mi lentitud habitual, sólo que un poquito más rápida, en teoría.

Me hace caminar de un lado a otro, me dice que cierre los ojos, que los abra, a ver si de aclara. El otro guardia civil ni se acerca. Éste se está poniendo las botas conmigo, ya tiene para contar después las tonterías que me está haciendo hacer y reírse un rato. Se ve que no tenía nada que hacer.

En mi imaginación estas cosas son distintas. En mi imaginación los policías o guardias civiles, o incluso militares..., están cañón y me registran por todas partes por si llevo armas de destrucción masiva por algún sitio. En mi imaginación no me miran como este hombre, como si hubiera bebido o drogado o algo peor, como por ejemplo que no tomé la medicación. O más bien como si me hubiera escapado de algún centro psiquiátrico, igualmente sin medicación...

Me obliga a leer letras a lo lejos con un ojo y con el otro como si fuera el oculista.

– Es que tengo un ojo bueno y otro malo –le explico–. Con el derecho veo más del cien por cien, que no me pregunte qué significa eso, y el otro que creo que es un ojo vago. Pero claro, si le digo eso al del certificado médico me van a obligar a comprar dos gafas, porque hay que llevar dos en el coche. Pero no pasa nada porque con el ojo del más del cien por cien lo veo todo, es digamos... el ojo que todo lo ve –digo sin poder evitar dejar escapar una risilla al final.

– Manolo, déjala ya, quiero volver al cuartel.

Bendito sea.

El hombre que me lleva frita ya un buen rato, es decir, Manolo, me mira haciendo una mueca con la boca.

– ¿Bendito sea?

– No me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta –digo al borde de las lágrimas.

Pero entonces me sonrío y niega con la cabeza.

– Vamos al cuartel –le dice al otro–. Y usted..., no le va a pasar nada en esta carretera, así que no se dé tanta prisa en llegar. Y no la voy a multar por ir con el móvil, pero no vuelva a conducir con él en la mano.

– Sí, señor –digo cuadrándome.

No sé por qué lo hago, pero me ha nacido hacerlo. Tal vez iba para militar, el problema era que con metro y medio no me aceptaban en ningún cuerpo... Pero si me hubieran aceptado, ahora tendría un sueldo fijo, estaría rodeada de guaperas con los que me alegraría la vista y no tendría que andar de acá para allá en esta tartana de coche de las sorpresas para lograr vender algo. De todas formas deberían bajar la estatura mínima, porque cualquiera que haya practicado artes marciales, o haya visto bola de dragón, sabe que un tamaño pequeño implica la ventaja de la velocidad, lo cuál es crucial en la batalla, y los giros de cadera aumentan la potencia del golpe, y cualquiera que haya aprendido danza tiene un buen giro... Tal vez debería enviar una carta al ministerio de defensa para explicarles todo esto y que me admitan de una vez por todas... ¡Quiero mi sueldo fijo! Pero entonces me doy cuenta de que el agente se va y de que tengo una cantidad de

problemas últimamente... ¡No se puede ir así y dejarme sola con mis problemas!

– Tengo una mala racha, verás, se me pinchó una rueda hace dos semanas –digo siguiéndole mientras camina hacia su coche–, luego la bomba de inyección, eso no se me pinchó, eso perdía gasolina como si no hubiera un mañana, y ayer me quedé sin batería, a ver, que eso fue porque este coche es antiguo y no me avisa de cuándo me dejo las luces puestas, y como normalmente aparco en un parking pues veo la luz y vuelvo, pero lo dejé en la calle y ahí tuve el problema... El sol no me dejó ver la luz. Tuve que llamar otra vez a la grúa, que por cierto el chico ya me conoce... Un show...

– Vuelva a su coche –dice alejándose de mí como si nada de lo que le estoy contando fuera súper importante.

– Pero es que...

No me deja explicarle nada más porque se va con el otro y van demasiado deprisa, es como si huyeran de algo. Y encima me dejan prácticamente hablando sola en medio de la carretera.

Cuando al fin los pierdo de vista e inicio la marcha vuelvo a sacar el móvil y les mando sendos audios de cinco minutos a mis amigas para explicarles lo ocurrido.

– Todo te pasa –responde Rocío añadiendo al final risas y caritas de lágrima de vergüenza ajena.

– Desde luego.

– No pienso escuchar ningún audio –dice Paula–. Te enrollas como las persianas, vas hacia delante y hacia atrás y es un horror escucharte.

– Intento poner en situación al espectador, espectadoras en vuestro caso. Además los flashbacks son útiles para que entendáis toda la esencia.

– Resumen, por favor –vuelve a hablar Paula.

– Le han parado unos guardias civiles y no eran guapos y se creen que está loca, pero como es tan pesada han salido huyendo y no la han multado por conducir con el móvil y sin gafas –resume Rocío y yo miro el móvil ofendida.

– No es exactamente así.

– Es exactamente así –vuelve a asegurar.

– No necesito gafas.

– Si hubieras visto bien a tu ex, no habrías salido con él –responde Rocío añadiendo de nuevo caritas con risas y emoticonos de descojone total.

– No puedo hablar o escribir conduciendo, me lo ha prohibido el guardia civil.

Lo último que leo antes de dejarlo caer en el asiento del copiloto es un mensaje de Rocío diciendo que hago lo que me interesa.

Veo la luz al final del túnel en el que me he metido y ruego por llegar antes de que ya no recepcionen en el hostel. Realmente me quedan pocos kilómetros, pero como esta carretera está dando ahora más vueltas que Willy Fog en la noria, pues una hora, me pone el gps. Creo que llegaría antes si bajara y fuera andando. De hecho, me lo estoy pensando...

Cuando al fin llego al hostel, que parece de una película de miedo, una casa antigua en medio de la nada, bueno a las afueras del pueblo, me entran escalofríos. Aunque luego pienso en cómo huyen algunas personas de mí y se me pasa.

¿Qué les habré hecho para que huyan? Si tuviera dinero para un psicólogo pues le daría la brasa a él, pero a falta de esa opción me enrolló contando mis penas a los que me rodean. De todas formas estaré atenta por si encuentro a algún tipo que está obsesionado con su madre, al rollo psicosis... Y estaré atenta de no ponerme a hablar con la madre..., o si hablo con ella me fijaré en su reacción, es decir, si no responde, no vaya a ser que pase como en aquella película, esté muerta en la silla y no me dé cuenta porque no paro de hablar.

Sería bochornoso cuando nos encontrara el hijo... Además de que el pobre seguiría con su locura al comprobar que ambas estamos manteniendo una conversación, bueno, yo con mi monólogo y el cadáver de su madre obligado a escuchar.

Desecho esos pensamientos y niego mientras camino desde la zona de aparcamiento hasta la puerta de la casona por la grava que hay en el suelo como una manta, que por cierto me está matando, porque estos zapatos de rebajas no tienen apenas suela y se me está clavando cada puñetera piedra. No están hechos para el campo, son para el asfalto y el pavimento lisito de la ciudad. Pero quién me iba a decir que vendría a Galicia cuando los compré...

A cinco minutos de la hora de cierre de la recepción consigo llegar a la puerta y abrirla con la lengua fuera y respirando aceleradamente.

– Disculpe –digo con la voz rota de la emoción. Creía que no llegaría a tiempo.

Hay un chico detrás del mostrador, uno de estos que se pasan el día mirando el móvil, youtubers que visten como él... Ni se entera de su alrededor, no creo que sepa ni la hora que es. Y yo dándome prisas por llegar...

– ¿Es usted Celeste?

– Sí –afirmo dejando caer mis manos sobre la madera del mostrador.

– Pues se la ve más bien apagada –dice levantando la vista del móvil que tiene en posición horizontal para ver sus vídeos en pantalla completa.

– Nos ha salido gracioso el niño.

Él me sonríe y no puedo evitar devolverle la sonrisa mientras saco el dni para que tome nota, no vaya a ser que ponga una bomba y no quede registro de quién la puso. Aunque pensándolo bien sí que voy a dejar un regalo en la habitación, en cuanto suba al baño... Puede que le atasque las cañerías, pero eso no se lo diré. No quiero más chistes a mi costa.

– Tiene que subir y luego la última puerta a la izquierda.

– Oook –digo cogiendo la llave de la habitación desesperada. Necesito ese baño y sentarme en una cama cinco minutos también.

– Es la que tiene vistas.

– He tenido suerte al fin.

– No había otra. Es temporada alta y ha venido otro tío de Madrid. En realidad sí ha tenido suerte, porque podría no haber tenido habitación.

Estoy subiendo por la escalera con mi maleta de ruedas y me doy cuenta de dos cosas: primera, de nada sirven las ruedas en hostales sin ascensor en casonas antiguas, segunda, ¿alguien de Madrid? ¿Por qué lo ha distinguido de los otros huéspedes?

Sin embargo, las ganas de llegar a la habitación me vacían la cabeza de pensamientos y cuando consigo abrir la maldita puerta que, además de atascarse la llave, es más difícil girarla gracias al llavero de madera, me dejo caer en la cama. Alguien me dijo una vez que dormir en hoteles no relaja... Pues ahora le diría que estoy en la gloria, pero como no está presente y sería muy raro llamar a un ex para explicárselo, pues mejor me callo y sigo estirándome en el colchón a pesar de que necesito ir al baño.

Suena el móvil y no soy capaz de no mirarlo, así que extendiendo mi mano hacia el bolso y lo busco sin apenas mover mi cuerpo.

– ¿Has llegado ya? –me pregunta Rocío por privado.

– Sí, ya era hora, por cinco minutos no he llegado tarde.

– Podrías haber llamado diciendo que te esperaran.

Tiene razón, me habría ahorrado tanta ansiedad, pero no lo había pensado.

– Me había obsesionado tanto en llegar a tiempo que no se me ha ocurrido.

– ¿Cómo es el hostel?

– Llamémoslo “rústico”.

– ¿Eufemismo de?

– De tétrico.

– Lleva cuidado no te salga el payaso de It de debajo de la cama o alguno de esos que salen de debajo de la cama –me aconseja añadiendo caritas sonrientes.

– Me sale el payaso o cualquier otro y lo reviento, llevo dos meses sin follar... –aclaro al final por si no lo pillas.

– Eras más feliz en tu otro trabajo.

– Sólo tenía más tiempo. Pero siempre estaba “el imbécil” rondándome para fastidiarme la vida.

– Eufemismo de joder la vida.

– Exacto. Bueno voy a dormir, guapa, si encuentro dos payasos debajo de la cama te envío uno.

– Pues habría que quitarle todo el maquillaje para no dejar las sábanas perdidas, pero me apunto –afirma añadiendo de nuevo caritas sonrientes y otra con un gorro de fiesta en la cabeza.

Dejo el móvil “cargando” y me voy a hacer justo eso en el aseo pero sin la erre...

Cuando al fin estoy en la ducha, relajándome e intentando no dormirme de pie, oigo un ruido y es cuando me acojono.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que hay una puerta en el baño, otra puerta que no comunica con la habitación. Tal vez sea el armario donde se esconde el payaso... Que ha decidido

escondese ahí en lugar de haber elegido el suelo bajo la cama, porque debe ser un payaso perverso...

Sin embargo, hay que añadir que no me amilano fácilmente.

Salgo de la ducha y cojo la toalla que hay colgada en el cristal que separa la ducha del resto del baño y me la coloco con una sola mano sólo para tapar lo más importante mientras con la otra mano abro la puerta con la intención de decir: ¡Ajá! Pero para mí sorpresa, no hay un payaso. Bueno sí, es un payaso, pero uno que ya conozco, no es el de It.

– No puede ser... –acuerdo a decir con un hilillo de voz.

– Vaya, lo que tenemos aquí.

– El payaso –es lo único que se me ocurre decirle antes de cerrar la puerta con la intención de bajar a recepción y armar un buen follón.

Cuando el chaval de la recepción me ve bajar por la escalera, hecha una furia envuelta en una toalla y gritando como una loca, se queda sin palabras y con la mandíbula desencajada.

Tras mi explicación sobre haber encontrado a mi archienemigo al otro lado de la puerta del baño, que parece ser que era compartido, como buen hostelero que se precie, el chaval se pone a buscar por todas partes algo que no sé qué es.

– ¿Qué estás buscando? –pregunto de repente confundida.

– La llave de la puerta del aseo.

– Entonces no podré entrar yo –dice a mi espalda Jorge, el archienemigo.

– Pues que te dé este hombre un orinal.

– Lo que pueden hacer es cerrar cuando estén dentro, para no tener problemas –propone.

– ¿Sólo hay una llave?

Él me mira sonrojado y asiente sin palabras moviendo la cabeza de arriba abajo.

Yo frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

– Odio a este hombre, no sé si me entiendes.

– Como vienen los dos de Madrid...

– No conozco a todos los madrileños, sólo a éste.

– Entonces hay confianza, yo creo que pueden resolverlo como adultos –dice el chaval entregándome la llave y cogiendo su móvil para salir rápidamente de la recepción y cerrar la puerta del hostelero dejándonos solos.

Me giro para enfrentar a Jorge y le enseño la llave, que paso ante sus ojos para demostrar quién tiene el poder, sobre la puerta del aseo...

– Búscate un orinal –le aconsejo sonriente pasando por delante de él en dirección a mi habitación.

Pero entonces él me atrapa desde mi espalda, como buen cobarde que es y forcejeamos por esa maldita llave que me quita cuando creo que se me va a caer la toalla que llevo enrollada. Y es entonces cuando le doy un codazo en el estómago y la llave cae al suelo, deslizándose por la

inercia hacia el mostrador, mientras ambos miramos cómo se cuela debajo del mueble. Yo voy corriendo para intentar sacarla, pero no me caben los dedos por la pequeña ranura.

Oigo la tos de Jorge y me giro mientras sigo agachada en el suelo.

– ¿Qué miras?

Él alza las cejas boquiabierto y con la cara enrojecida. No entiendo qué le pasa hasta que señala con un gesto de la barbilla hacia mi trasero.

Es justo entonces cuando me doy cuenta de que la toalla no era tan grande como para taparme en esta postura y me levanto como movida por un resorte, para subir después corriendo las escaleras de dos en dos. A saber qué ha visto, prefiero no pensarlo. Madre mía qué vergüenza, me habrá visto hasta las anginas desde mi trasero.

Ese estúpido de Jorge estuvo años tomándose el trabajo como una competición. Mientras que yo sólo intentaba ganar dinero. A veces no me doy cuenta del esfuerzo que hago, y los demás intentan competir conmigo por motivos que desconozco. Me pasaba igual en los estudios. Yo sólo pretendía aprobar, y me daba tanta ansiedad suspender que sacaba sobresalientes, pero no era ese mi objetivo. En el trabajo igual, sólo pretendo amortizar préstamos e hipotecas, pero me esfuerzo tanto por la ansiedad de no poder pagar que termino siendo la empleada del mes y ese tipo de cosas. ¿Qué culpa tengo yo? Lo peor de todo es cuando viene alguno de estos tipos que sólo quieren competir por ser los mejores a decirme cosas como: “Este mes no has ganado”... ¿No he ganado qué? Pregunto ante tales afirmaciones. Y me suelen contestar que yo sé qué es lo que no he ganado. Y éste es un resumen de mi vida laboral y estudiantil. Me dan ganas de contestarles que he ganado poder pagar la hipoteca o ahorrarme una matrícula si saco buenas notas. ¿Por qué los hombres siempre quieren competir? ¿Es genético? ¿Va en el ADN? ¿Qué clase de conspiración universal existe para que no se conformen con superarse sólo, repito sólo, a sí mismos? ¿Por qué se toman todo así en la vida? ¿Acaso este tipo de gente no sabe disfrutar si no es compitiendo con otros y deseando hundir a los demás para ser ellos los mejores? No sé si alguna vez lo entenderé, pero de momento tengo la puerta que da al baño atrancada con una silla inclinada.

Me despierto al día siguiente con un mensaje de Rocío preguntando si encontré el payaso para ella.

– Encontré un payaso, pero no te lo recomiendo, porque eres mi amiga y no te deseo nada malo.

El payaso debe estar durmiendo, así que dejo el móvil y decido desatranca la puerta. No aguanto más, necesito ir al baño. Y a estas alturas no me importa demasiado si vuelvo a encontrarlo.

Llamo antes de abrir y no contesta nadie, afortunadamente. Es posible que se haya ido ya, pero como duermo con tapones en los oídos ni siento ni padezco cuando estoy sola y no me entero de nada hasta que el despertador suena con unos mil decibelios.

Debería comprobar si Jorge está en la habitación, pero será mejor terminar rápido de hacer lo que tenía que hacer. Y si me da tiempo, darme una ducha rápida.

Nunca he hecho tantas cosas en un baño tan rápidamente. Debo haber batido un récord, claro que a saber cómo me he maquillado... Ahora la payasa debo ser yo, seguramente, y no en sentido metafórico.

Aunque no debo estar tan mal porque el chaval de la recepción me sonríe nada más verme. Puede que le guste o puede que intente no reírse porque como buena payasa sólo de verme provocaría esa reacción. Creo que me he pasado con el colorete, aprecio en el espejo que tiene detrás.

– Se nos perdió la llave debajo del mostrador, si es posible recuperarla...

 l mira debajo apartándose del mostrador con una patada para que su silla con ruedecillas de oficina se deslice hacia atrás mientras mira hacia el suelo para ver si hay algo.

– No hay nada.

–  Se ha ido el otro madrileño?

– Hace un rato.

– Gracias.

– Le preguntar  a mi madre por si hay otra llave.

Yo le guiño un ojo y salgo corriendo, porque imagino a lo que ha ido “el otro madrileño”.

Necesito esa comisión, él no la necesita porque es un pijo y sus papás tienen dinero, así que no me da ninguna pena. Además era insoportable durante los años que trabaj  con él en la otra agencia... Y sigue siéndolo. Por lo tanto no merece la comisión por la venta del pazo.

El problema en todo esto es que el banco, dueño ahora del pazo, ha cedido la venta a varias agencias inmobiliarias, y yo que me fui de la otra agencia hace dos meses para evitar precisamente esta lucha entre hienas que me estresa tanto. Y sin embargo me veo ahora en la misma situación, y por si fuera poco con el mismo idiota compitiendo por la venta.

Cuando llego a las columnas de piedra que formaban la puerta del antiguo muro, que en otro tiempo debía rodear el terreno anterior al edificio principal, me doy cuenta de que no soy la única que ha venido. Jorge est  dentro, y debe estar con un posible cliente, porque hay dos coches aparcados en el camino de grava.

Yo he quedado en media hora con mi cliente, que espero que no se retrase, porque pienso esperar en el coche para no ver a Jorge pulular por el pazo con sus miraditas de idiota. La construcción es impresionante, si quisiera alguien explotarlo como hotel de lujo, seguramente no le iría mal... Tiene tres plantas y el diseño, simétrico y equilibrado, a pesar de un anexo de construcción posterior a un lado, es demasiado moderno para la época. S  que es grande, pero me temo que si entro a esperar dentro me voy a encontrar con Jorge, me va a buscar para restregarme que est  haciendo ya la venta.

Es que ya puedo verlo, o imaginarlo, gui ando un ojo y sonriendo con esa autosuficiencia que se le desborda a raudales. No lo soporto.

Sin embargo decido salir del coche para esperar de forma presentable al cliente, porque como me amodorre en el asiento se me va a arrugar el traje chaqueta que se supone que me hace parecer más profesional.

– Casi los tengo –dice Jorge a mi espalda haciéndome dar un pequeño salto por el susto.

–  Dios mío, no te aparezcas así que me puede dar un infarto!

Me llevo las manos al pecho para que entienda que su presencia molesta y que efectivamente

mi corazón no aguanta muchas más apariciones tuyas así de repente.

– Echaba de menos la sana competencia, pero no quiero que sufras cuando me lleve la comisión –dice acercándose para darme una palmadita en la espalda, pero yo doy un paso atrás para evitar que me toque este imbécil.

– No creo que nada sea sano cuando estás tú de por medio.

– Sé que te fuiste de la agencia por mí –sugiere acercándose, dando otro paso hacia mí.

– Claro –admito–. Y los demás no se van porque no pueden... –deduzco poniendo los ojos en blanco.

Él me mira frunciendo el ceño confundido y no sé qué coño le pasa ahora por la cabeza, pero no me interesa. Lo que realmente me interesa es que un coche se acerca a una velocidad desmedida para el camino por el que transita. Un deportivo rojo impresionante.

– Disculpa –le espeto apartándolo con mi mano en su pecho.

Cargada con mi carpeta con los documentos me acerco rápidamente al deportivo que aparca con un derrape sobre la grava.

No sé qué pretende este hombre, pero no lo veo viviendo aquí, o tal vez lo quiera para invertir, a saber. Tiene otros hoteles, pero no de esta clase. Digamos que es un hombre moderno y no lo veo viviendo en este lugar. He visto su Instagram por curiosidad y siempre sale en fotos en lugares modernos y caros como su yate o sus hoteles en el centro de las capitales.

– Bienvenido –digo con la sonrisa más estirada que puedo y tendiéndole la mano para estrechar la suya con fuerza.

Me mira por encima de sus gafas de sol y me devuelve una sonrisa que podría derretir el hielo. Tiene unos dientes perfectos y unos ojos marrones preciosos en una tez morena de, probablemente, ir en ese yate en el que sale en sus fotos en las redes sociales... Y de pronto me lo imagino en bañador, en una isla en la costa italiana... Esta cabeza mía... Tengo que controlarla o no podré trabajar, y quiero esta comisión para tomarme el trabajo con más calma en el futuro. O básicamente, para tener un futuro.

– No tengo mucho tiempo, así que vamos a hacerlo rápido.

Será rápido pero intenso, y no lo olvidarás jamás..., le habría contestado, pero estoy trabajando y tengo que controlarme.

– Por supuesto, señor Rossi. Entonces pasemos dentro, el resto de la villa no es tan importante, aunque el terreno que rodea la edificación no es nada desdeñable, pero lo podemos ver sobre el papel –digo dando unos golpecitos a mi tablet, que he sacado de la carpeta tan rápido como ha llegado él en su coche.

Entramos juntos gracias a que la puerta es lo suficientemente ancha y en el vestíbulo nos topamos con una pareja de unos cincuenta años, los clientes de Jorge. Y no creo que sean los únicos, de hecho yo voy a pasar el fin de semana en el pueblo porque tengo algunos clientes más aparte del guaperas italiano que tengo al lado.

Tras hacer una visita relámpago al interior del pazo y enseñarle el resto por el camino, ese hombre se ofrece a llevarme hasta el pueblo para hablar de los términos en los que se vende la propiedad. He dejado mi coche allí, pero ya encontraré la forma de recogerlo. Puedo tener suerte

y vender ahora mismo.

A mí estos coches donde una está prácticamente acostada, me parecen de lo más incómodo, pero Marco parece en su salsa conduciendo por las curvas como si se tratara de un circuito.

– ¿Quién era ese que estaba en la puerta?

– Otro agente inmobiliario –respondo escuetamente.

– Se le salían los ojos de las órbitas.

– Seguro... –digo sin darme cuenta del tono que he empleado, que denota el cansancio que me produce incluso hablar de él.

– ¿La competencia? –pregunta con una de esas sonrisas que derriten el hielo.

– Se le puede llamar así.

– Parecía otra cosa. No es que quiera inmiscuirme, pero parecía algo más.

– Antes trabajábamos juntos. No sé por qué se empeña siempre en competir por todo.

– Yo podría contestar a eso.

Y justo cuando le voy a preguntar sobre lo que quiere decir vemos a Manolo y su compañero parados con el coche a un lado del camino.

– Tal vez iba muy deprisa –dice el italiano y yo me tengo que morder la lengua... Deprisa voy yo, él va a velocidad shinkanshen, ese tren bala japonés...

Nos detenemos y cuando los guardias civiles están lo suficientemente cerca como para reconocermes les veo cambiar la expresión. A una de terror.

– Otra vez usted, señorita.

– Señor agente... –digo a modo de saludo, porque he dudado sobre si llamarle por su nombre o no.

– ¿De dónde vienen?

– Pues verá, ¿puedo llamarle Manolo? –pregunto, pero no le doy tiempo a responder porque sigo hablando mientras me bajo del coche, creo que por comodidad-. Soy de la agencia, está a la venta el pazo y he acompañado al caballero para que lo vea. Es un posible comprador –digo bajando la voz a modo de confidencia-. Puede que me quede un tiempo por el pueblo, hasta que se venda. El caballero, está pensando en invertir en el lugar, ya sabe, le daría vidilla al pueblo. Podría montar un hotel de lujo, con spa y todos esos caprichitos... Bueno y si vendemos ya... me iré antes del pueblo –añado a modo de motivación.

El hombre intenta mirar al italiano por encima de mi cabeza, que sigue sentado en el coche y luego me mira a mí.

– Vuelva al vehículo y continúen más despacio.

– Pero... –intento seguir explicándole, pero Manolo me indica con la mano la puerta del deportivo.

Me giro hacia él de nuevo y niega. Y luego miro a su compañero que está aguantándose la risa detrás.

– Suba.

Yo frunzo el ceño y subo insatisfecha, quería seguir contándole todas las posibilidades del lugar, pero tal vez ya las sepa o no le interesen.

Vuelvo cabizbaja a mi asiento incómodo y el italiano arranca el motor para continuar hacia el pueblo, más despacio hasta que los pierde de vista. Luego vuelve a la velocidad habitual en él.

– Ha sido impresionante... –asegura cambiando de marcha para acelerar todavía más–. Creo que debería llevarte siempre conmigo...

Yo no sé si aguantaría en este coche más de veinte minutos sin echar la papilla, pero mejor me callo al respecto.

– No sé qué le pasa a ese hombre. Me paró ayer y no me deja explicarle nada.

– Tengo que reconocer que estoy interesado en el pazo para convertirlo en un hotel. Supongo que te has informado sobre mí.

– Es mi trabajo.

– No tengo mucho tiempo ahora, pero puedo revisar la documentación y esta misma tarde te doy una respuesta.

– El banco no va a negociar –le advierto–. No depende de mí. En realidad es como una subasta, es el precio mínimo.

Él asiente y me dirige una sonrisa que me deja sin palabras, y eso es difícil, si no que se lo pregunten a Manolo.

– Lo tenía previsto –añade con un guiño...

Capítulo 2.

Por raro que parezca no hay taxis, ni nadie que me lleve hasta el pazo para recuperar mi coche, y el chaval de la recepción me ha dicho que hay un hombre en el pueblo que se encarga de “esas cosas”, pero casualmente se ha ido este fin de semana y lo único que puede hacer es llevarme él mismo cuando acabe el turno en la recepción. Al menos tengo transporte, en su moto de 49... No me ha quedado otra que aceptar, y dando gracias, porque la otra opción es ir andando...

– Te espero fuera –digo con una mueca que pretende ser una sonrisa de agradecimiento.

Consulto mi móvil y veo la respuesta de Rocío sobre el payaso que encontré para ella. Me ha preguntado de qué payaso hablo.

– Jorge, tía, ni más ni menos –respondo activando el micrófono del móvil para empezar uno de mis audios, famosos por su duración y el enredo que contienen, normalmente sin mucho sentido.

No es culpa mía, es del móvil. Enviar un audio tiene algo misterioso que nos convierte automáticamente en filósofos. No sé, pero al mirar al vacío mientras hablamos sin que nadie en frente ponga caras de aburrimiento, y sabiendo que alguien escuchará en breve nuestras divagaciones, hace que divaguemos más.

Sin embargo esta vez no puedo seguir con mi audio porque el tío del que iba a hablar, al que iba a poner verde, está justo delante de mí.

– Buenas noches –dice caminando hacia su coche.

– Buenas noches –respondo apartando el móvil de mis labios.

Jorge entra en su coche con lentitud y baja la ventanilla del copiloto presionando el botón mientras me mira, y yo no puedo hacer como si no le conociera o hacerme la despistada o salir corriendo, tendré que escuchar sus estupideces hasta que decida arrancar el coche y marcharse. Yo sólo espero que se vaya a Madrid ya y poder quedarme con el baño que compartimos.

– Me he dejado unos papeles en el pazo, si quieres te llevo. No te hagas ilusiones –me advierte al final al ver mi mandíbula desencajada.

¿Ilusiones? ¡Qué prepotente!

– José me va a llevar en un rato...

Miro hacia el interior del hostel y luego miro el ciclomotor...

– Si has aguantado dos años en la misma oficina, esto no será para tanto –recalca, y no puedo negar que por unos minutos no moriré y tampoco que ese ciclomotor es muy pequeño y voy a llegar con el culo chafado, y con un chaval empalmado de ir pegada a él durante más de media hora.

– Está bien –acepto echándome las manos a la cabeza literalmente.

No pienso hablar con él en todo el camino, aún no ha anochecido totalmente, pero esto se puede convertir en una película de terror de esas en las que el asesino soy yo y el que tengo al lado la víctima.

La verdad que voy más cómoda que en el deportivo italiano del italiano... Pero ahí se acaba la comodidad, porque la compañía es importante, aunque al menos ha tenido la buena idea de

poner música, bueno, y no está mal, al menos me relaja. Me lo imaginaba más de escuchar el “chumba chumba” como lo llama mi abuela, pero está sonando Hey Jude.

– La música amansa a las fieras –dice de repente él, estropeando la dudosa paz que había.

– Creo que es mejor que no responda a esa provocación. Soy más madura que todo eso.

– La madura Celeste, siempre por encima de los demás.

– Sigo sin querer responder a tus provocaciones... –afirmo en un tono más grave.

– Entonces te dejo elegir la música, por el esfuerzo.

– Busca Bambolina de Gabry Ponte, que me pondrá de buen humor, así compensamos el efecto de tu presencia.

Él no protesta y busca en la app de su móvil la canción para enviarla al equipo con el bluetooth.

Tras el primer minuto de paz decide abrir la boca.

– No está mal.

– Anima a un muerto.

Este es el “chumba chumba” que dice mi abuela. Por supuesto que no está mal.

– Desde luego, sobre todo al volumen que lo has puesto.

– Pues luego pon Black Pearl y Tsunami y ya llegamos contentos.

– Cumpliré sus órdenes con sumo placer.

No sé qué le pasa a éste, está rarísimo. A lo mejor le ha sentado mal el aire puro y limpio de Galicia. No sé qué pensar. Le he dicho canciones que no nos dejarán hablar, a ninguno de los dos. Él sólo suelta provocaciones para cabrearme y yo sufro por no poder hablar por los codos, así que lo mejor es escuchar música que no nos dejará pensar, y bien alta para no hablar...

Al fin llegamos y él baja corriendo y me abre la puerta. Creo que está rota y no quiere que me dé cuenta, porque es un pijo y no quiere que se note que no ha podido arreglarla... Antes también me la ha abierto, cuando iba a entrar en su coche. Se ve a la legua que vive de las apariencias y moriría antes de que alguien notara si se le ha roto algo y no ha podido comprar un coche nuevo o una puerta nueva. No moriría, pero sí es capaz de arrastrarse ante su enemiga para no demostrar que por una vez no tiene el dinero suficiente. Tal vez no le ha ido tan bien últimamente en la agencia, como no estaba yo para pavonearse por sus ventas, pues ha bajado el nivel... A saber...

Yo creo que no se puede ser más tonto. Sin embargo no se lo diré, dejaré que siga en su ignorancia respecto su propio carácter. Es un favor que le hago por llevarme hasta mi coche. Él será feliz en su ignorancia, es decir, siendo tonto, y yo en mi coche. Porque tras años de investigación empírica he llegado a la conclusión de que cuanto más tonto, más feliz.

Bajo del coche y le sonrío, por educación, no porque quiera sonreír a este tío, pero desde niña he sido programada para hacer ciertas cosas que ya hago por inercia.

– Gracias –digo por culpa de esa misma programación cuando me tiende la mano para no caer en un charco.

Éste está raro. No me fío de él. Me pregunto si tiene algo preparado y por eso ha sido amable

con lo del charco. Será mejor que coja mi coche y me largue de aquí. Me veo secuestrada en el sótano del palacio que tenemos delante y a Jorge hablándome continuamente de sus tonterías mientras me obliga a escucharle amordazada y atada en una silla. Ni una de esas torturas de saw sería peor que eso. Aguantar a este tío hablando durante horas.

Suelto su mano rápidamente y voy esquivando los charcos con saltitos ridículos hasta llegar a mi coche.

– ¿Dónde vas a cenar? –me pregunta cuando ya he llegado a la puerta y he metido la llave.

– No había pensado en ello –respondo desconfiada mirándole con los ojos como dos rendijas.

– Yo tampoco, por eso te preguntaba, tengo hambre.

Miro el reloj del móvil y veo que ya se ha hecho tarde como para estar buscando algún restaurante o bar, y menos aún un supermercado.

– Le preguntaré a José cuando vuelva al hostal.

– Puede que se haya ido cuando lleguemos.

El caso es que tiene razón.

Empieza a llover y me veo obligada a meterme en el coche.

– Sígueme, acabo de encontrar un restaurante cerca que está abierto aún –asegura moviendo su móvil para apoyar sus palabras.

No pienso sentarme en la misma mesa que él, pero sí que le voy a seguir porque tengo hambre y no sé qué más hacer, porque con hambre no pienso y más a estas horas.

Tras veinte minutos siguiéndole me doy cuenta de que no ha cogido los papeles que se había dejado en el pazo. Me ha llevado hasta mi coche y como es tan tonto se le han olvidado... En fin, hombres...

Tendrá que ir mañana otra vez. Puede que tenga más clientes, al igual que yo y no le importe. Aunque el italiano estaba muy interesado, con un poco de suerte habré acabado el trabajo antes de lo que tenía previsto. Y podré irme de aquí, concretamente de esa habitación de la que comparto el baño con mi archienemigo...

Jorge se mete por un camino que apenas se ve por la lluvia. Me está dando miedo porque no sé dónde vamos y este tío me odia. Podría intentar matarme para vender él la propiedad y llevarse la comisión.

Decido frenar y conducir dejando una distancia prudencial entre nosotros, por si tengo que dar la vuelta y salir corriendo.

Sin embargo cuando ya me lo estoy planteando más seriamente, el follaje se abre ante nosotros y veo un restaurante con un amplio aparcamiento lleno de coches.

No creo que se le ocurra matar a nadie con tantos testigos... Así que le sigo hasta donde hay unos huecos libres para aparcar y me tranquilizo.

¡Viviré un día más para pagar al banco todo lo que debo!

– Vamos, corre o te vas a mojar –me aconseja Jorge acercándose a mi puerta con un paraguas.

Lo miro alzando una ceja desde el interior del coche y cojo el bolso con un suspiro antes de

hacerle caso.

Me pregunto si se droga o algo... Yo no conozco esa faceta de él, pero estaré atenta cuando vaya al baño que compartimos a ver si hay restos de actividades delictivas...

Salgo cuando él me abre la puerta, no entiendo nada, ¿por qué abre la puerta? Y me acompaña hasta el porche del restaurante con el paraguas.

No me da tiempo de decirle que mantenga las distancias, porque llegamos corriendo al porche del restaurante antes de que pueda quejarme de algo.

Él abre la puerta y el lugar parece más acogedor de lo que lo es, porque aunque es bonito y muy típico, tras el paisaje asolador que hay fuera, una agradece estar aquí. Con la lluvia, toda esa vegetación que parece querer engullirnos, con lo que me gustan a mí los paisajes de dunas y palmeras, esto me está matando, y entrar aquí y sentir el calorcito y el bullicio de la gente hablando animada, no tiene precio.

Jorge pide una mesa para dos y cuando me doy cuenta, cuando sus palabras llegan a mi cerebro, niego con la mandíbula desencajada.

– Yo me pido algo en la barra, no tengo tanta hambre.

– Si no hay sitio.

– ¿Me estás llamando gorda? Hay un hueco justo ahí.

– Vamos, no hay ningún sitio, y sé que tienes hambre porque te conozco. Te comías unos bocadillos en el almuerzo...

– Nunca olvidaré cuando me quitaron el bocadillo, ¿fuiste tú?

– A mí también me han quitado comida en la oficina, pensaba que eras tú.

El camarero nos mira un poco extrañado por nuestra conversación pero se abstiene de decir nada al respecto, indicándonos la única mesa libre que tiene.

– No somos pareja –le explico–. Somos compañeros de trabajo, bueno tampoco..., pero desde luego no somos pareja. Puede llevarse la vela y el jarroncito de flores –le pido y el pobre hombre me mira boquiabierto.

– Sí, señora.

Nos sentamos y me quedo mirando la decoración del restaurante para no verle la cara a Jorge. Es que podría entrarme angustia y no cenar nada, y luego a media noche seguro que me entraría hambre y no tendría nada para comer.

Hay ollas de metal, de esas antiguas doradas que brillan tanto, colgadas en las paredes, además de una escoba, artilugios de arar el campo y ese tipo de cosas rústicas que no sé nombrar. Hasta de las vigas de madera del techo cuelgan cosas de ese rollo rústico. Espero que estén bien sujetas, no se nos caigan en la cabeza... Aunque si le cae algo a Jorge...

– ¿Te gusta? –pregunta tal vez intuyendo lo que estoy pensando mientras miro el farol que tiene colgando a unos metros encima de su cabeza.

– Claro, es diferente. Ahora están tan de moda esos sitios minimalistas que se echa en falta esto –admito mirando a mi alrededor.

– ¿Qué quieres pedir?

No me acordaba de la carta, me había quedado embobada mirando el local y se me había olvidado que tengo hambre.

– Una vez fui a Tenerife y me pedí todos los platos típicos en una sola cena, pero me parece que aquí es mucho más abundante. O tal vez es que mi estómago se ha hecho más pequeño a base de restricciones y dietas –me lamentó–. Pediré la carne, sólo. O el caldito –recalculo mirando mejor la carta.

– Creo que el caldo gallego es más que un caldo normal. Sobre todo en este sitio –dice mirando a un lado y otro.

– La carne huele muy bien –admito al ver pasar a un camarero con una bandeja que tiene muy buena pinta.

– Podríamos pedir una bandeja y compartirla.

– ¿Compartir una bandeja de carne contigo?

– Es mucha para uno solo.

– Ahora me arrepiento de haber encogido mi estómago a propósito. Antes habría podido con la bandeja y con el caldo y me habría pedido una de esas tartas famosas.

– Mañana desayunamos la tarta –propone.

Lo miro entrecerrando los ojos, no sé qué le pasa hoy. Estoy esperando que suelte algo hiriente. Tal vez intenta que me confíe y entonces vendrá el zasca.

– Está bien, pidamos la bandeja de carne, como excepción. Pero no me vas a sonsacar información sobre la venta del pazo. Soy una tumba. No hablaré. Y si piensas emborracharme te aseguro que aguanto muy bien el alcohol gracias a mis años universitarios en los que entrené mi hígado y mi cerebro, y no diré una sola palabra.

– Tú siempre hablas, pero no tienes que estar a la defensiva, no te he preguntado por el pazo, ni por ese italiano. De todas formas no creo que sea trigo limpio.

– ¿Qué quieres decir?

– No me gusta, es muy... Prepotente.

No sé a dónde quiere llegar, pero mientras compre la propiedad me da igual su carácter. Además, Jorge sí es prepotente, a lo mejor entre prepotentes se dan rabia.

– Es un millonario, son todos iguales. No hay que darle más vueltas.

– Tal vez.

– Habló el que nació en la pobreza...

Jorge va a responder algo pero el camarero nos trae la bebida y un plato que no hemos pedido, parece ser que va incluido a modo de cortesía.

– Vaya, no sé si podremos con el resto.

– Si no podemos nos lo llevamos –sugiere con una sonrisa.

Yo lo miro confusa, no me parece el típico tío que se lleva lo que sobra en una bolsa. A ver si

es que ha llegado a niveles de pobreza que desconocía... La puerta de su coche, llevarse las sobras... Tal vez desde que no tiene con quién competir se dedica a vagar en la agencia. A lo mejor yo le inspiraba para vender más.

– Mira, te voy a hablar claro, no sé qué pretendes, pero no te voy a seguir el rollo. No me fío de ti, ni ahora ni nunca, así que lo que tengas planeado lo puedes dejar para usarlo con otro... –no puedo seguir hablando así porque el camarero llega con la bandeja que coloca entre ambos y por un momento pierdo el contacto visual y mis ojos se van a la carne, succulenta carne.

– Yo tampoco sé qué crees que pretendo. En realidad sólo tengo hambre –asegura cogiendo una empanadilla del plato que nos han regalado.

– Yo también, por eso estoy aquí, pero después de esto ya se acabó, no quiero verte el pelo.

– A lo mejor es un poco difícil.

– ¿Qué quieres decir con eso?

– Bueno, nos alojamos en el mismo lugar. Va a ser difícil que no nos veamos.

Creo que esconde algo, porque lo ha dicho en un tono muy raro.

– Por poco tiempo.

– Está todo buenísimo –dice con la boca llena.

– Para ser un pijo no sabes mucho sobre modales –reconozco cogiendo otra de esas empanadillas.

Él sonríe mirándome mientras le da otro mordisco a la suya.

No quiero ni pensar en lo que estará tramando, pero es tarde, estoy cansada y tengo hambre. No tengo ganas de discutir ni de sonsacarle lo que sea que está tramando.

– ¿Más vino? –pregunta el camarero.

– Deje la botella –le pide cuando voy a negarme.

– Espero que no me paren esos hombres de verde otra vez.

– Hombres de verde... ¿Leprechauns? –pregunta mirándome como si hubiera perdido la cabeza definitivamente.

– Guardias civiles –le aclaro.

– Comprendo. Ayúdame con la botella, no dejes que me la beba yo solo –me pide echando el contenido en las copas hasta hacerlas rebosar.

– Se nota que no has servido muchas veces el vino, era mejor dejarlo en la botella dentro del recipiente fresquito.

– Entonces tenemos que beberlo rápido, para que no se caliente.

– Qué remedio...

Me acabo la copa del tirón y él se queda mirándome. E inmediatamente vuelve a llenarla, pero no hasta arriba porque la retiro antes.

No bebo hasta que lo hace él, no me fío demasiado. Tal vez quiera sonsacarme información

sobre el italiano. Antes ha hablado de él.

– ¿Te gusta?

– Está todo buenísimo, y más con el hambre que arrastramos.

Está bien que hablemos de banalidades, porque estoy a la espera de que pregunte algo sobre la venta del pazo.

– ¿No habrás echado algo en la copa? –pregunto mirándola fijamente, y lo veo asentir a través de ella cuando la levanto para ver el líquido amarillento de su interior.

– Claro, vino blanco. ¿Qué crees que hay?

– ¿El suero de la verdad? –pruebo, pero podría ser burundanga.

Él empieza a reír y ya puedo ver los efectos del alcohol en un cuerpo ya no tan acostumbrado. Él quería emborracharme pero le ha salido el tiro por la culata... Porque creo que está peor que yo.

– Nunca te había visto reír, si no era para burlarte de mí.

Él deja de reír y me mira con una seriedad que contrasta con la expresión anterior.

– Nunca me he reído de ti.

Yo alzo una ceja y sigo comiendo, prefiero no seguir conversando con él.

Estiro la mano para coger mi copa, pero su mano sobre la mía me detiene.

– Nunca me he reído de ti –repite y yo aparto la mano.

– De acuerdo. Sólo eran bromas...

– Nunca bromeé tampoco –asegura y no sé a dónde quiere llegar.

– Lo importante es que ya no importa.

El camarero vuelve para retirar los platos vacíos y veo a Jorge contenerse de añadir algo más.

A ver si la burundanga se la ha tomado él. Aún podría aprovecharme, aunque no sé cómo ahora mismo, pero algo se me ocurrirá.

Tal vez debería seguirle el rollo y ver qué le puedo sonsacar yo.

– Por mí es suficiente, no puedo más –me veo obligada a reconocer.

Él pide la cuenta y me sonrío dándole su tarjeta al camarero mientras yo sigo buscando el monedero en el interior del enorme bolso a lo institutriz mágica con poderes que tiene de todo lo necesario para sobrevivir ahí dentro.

– ¿Cuánto es? –pregunto para darle la mitad.

– Esta vez invito yo.

– No va a haber otra, pero por todos los bocadillos robados...

– Ya te he dicho que no era yo.

– ¿Y quién era?

– Creo que era la becaria de las prácticas, porque desde que se fue ya no ha desaparecido

nada más.

– Como ya no está le podemos echar la culpa a ella.

– Exacto.

– Es tu forma de trabajar, habitualmente.

Él se encoge de hombros y se levanta recogiendo la tarjeta que ha dejado el camarero en un platito de madera junto a la factura.

– Tal vez ahora no esté lloviendo –digo esperanzada caminando hacia la puerta.

– No me encuentro bien. Creo que me estoy mareando –asegura Jorge a mi espalda.

– Te has echado a ti mismo la burundanga.

– ¿Qué? –dice apoyando su mano en mi hombro para no caer cuando sale tras de mí caminando lentamente hasta el aparcamiento.

– Nada, que con la lluvia la tierra enfanga...

– ¿También te ha afectado el vino?

– Yo estoy perfectamente...

Entonces siento cómo él se apoya más sobre mí, y con su altura, bastante superior a la mía, pesa más de lo que yo puedo soportar. Si yo mido poco más de metro y medio, o poco menos... Creo que he encogido más en los últimos minutos.

– Quita de encima o jamás me aceptarán en el ejército por mucho que bajen la estatura mínima.

– ¿El ejército?

– Yo sólo quería defender mi patria, y tener un sueldo fijo, la verdad. Lo del sueldo me mola bastante. Y me darían casa y comida, así podría ahorrar para el chalet.

Él me mira como si hubiera perdido la cabeza, desde luego uno de los dos la ha perdido, sólo habría que averiguar cuál.

Se aparta de mí e intenta recuperar el control de sus piernas, pero parece peor de lo que creía.

– Será mejor que espere sentado a que se me pase, antes de coger el coche –dice dejándose caer en un escalón.

– Sé que me arrepentiré de esto –pienso en voz alta girándome hacia él–, pero vamos, te llevo.

– No suelo ponerme así por dos copas, o tres.

– O cuatro.

– ¿Qué has dicho del ejército? –pregunta todavía sentado en el último escalón del porche.

– Olvida el ejército y levántate, que vamos al hostal. Te llevo.

– El tono de sargento ya lo tienes –asegura levantándose para volver a apoyarse en mí, con todo su peso.

Su mano se desliza por mi cintura para apoyarse mejor y no me quejo porque estamos cerca del coche y quiero que acabe esto rápido, pero tomo aire sonoramente, expulsándolo del mismo modo. Y él, en lugar de quitar su enorme mano, la aprieta más contra mí. No sé si me está sobando

o realmente está en las últimas.

Al fin llegamos a mi coche e intento dejarlo contra la puerta del copiloto, pero él se apoya con las manos en la puerta para descansar su peso, a cada lado de mis hombros, quedando yo entre sus brazos.

Acerca su nariz a mi cuello y hunde su cara en mi pelo y mi cuello. Me he quedado paralizada.

– Hueles a vainilla.

– Será el desodorante, porque no uso perfume.

Él empieza a reír y no sé si es el alcohol o la burundanga.

– No me encuentro bien.

– Ya lo veo.

Vuelve a hundir su nariz en mi cuello y empiezo a notar que no está tan mal como dice, porque o es el móvil o está teniendo una erección. Y él móvil, ahora que lo recuerdo, lo ha metido en el bolsillo de su chaqueta...

– Jorge, entra en el coche –le ordeno como la sargento que podría haber sido, de haber sido más alta.

Él no responde, sino que permanece así, sin moverse. Hasta que aparta la mano izquierda del coche y la lleva a mi mejilla.

Mis ojos se abren de par en par cuando aparta la nariz del otro lado de mi cuello y me mira.

No sé de qué tendrá ganas esta noche, pero conmigo que no cuente. Sin embargo no hace nada, se queda quieto ahora, mirándome.

– Jorge. No deberías beber en tu estado.

– ¿Estado? –pregunta alzando una ceja.

– Estado de locura. No quería decir que pudieras estar embarazado...

Él me sonríe, y sigo notando su erección. No sé qué le pasa hoy.

– Vamos a la cama.

– Será lo mejor –me veo obligada a admitir.

Jorge, va sentado a mi lado mirando por la ventanilla mientras conduzco rezando por no ver a ningún agente de la autoridad, porque seguro que si me hacen soplar explota el aparato. Miro hacia él y no puedo evitar que se me vayan los ojos hacia lugares que no debería. Sólo es curiosidad por saber si sigue empalmado. Además, eso que tiene ahí parece más grande de lo que habría pensado nunca, no es que haya pensado jamás en ello, es decir, jamás he pensado en Jorge en esos términos. Que quede claro.

Sólo es simple y llana curiosidad, como ser humano que soy. Gracias a la curiosidad de los humanos se ha llegado al nivel de tecnología y de conocimiento actual... No significa que me interese en absoluto cómo la tiene Jorge. Es que estamos programados para sentir curiosidad. ¿Pero será grande?

De pronto él vuelve la cara hacia mí y tengo que apartar la vista de su cuerpo y centrarme en

la carretera.

– Estás muy callada.

– No hay mucho de lo que hablar.

Lo miro y veo que está conteniendo la risa.

– Eso jamás ha sido un problema para ti.

– No hablo todo el tiempo. También me gusta escuchar.

– ¿Qué te gusta escuchar? –pregunta incrédulo.

– A la gente, cuando dicen cosas que no sé y me dan una visión distinta. O cuando hablan de otros países, otras costumbres, ya sabes.

– ¿No has viajado mucho?

– Lo normal, pero no es lo mismo vivir en un sitio que visitarlo, y la gente que viene de otro lugar cuenta su propia experiencia... No sé, es interesante. Sólo hablo demasiado a veces y depende de con quien. Seguro que a ti todo eso te da igual. Habrás viajado mucho, con todo ese dinero que tiene tu familia.

– No mucho. Mi padre estaba en el paro y tuve que empezar a trabajar mientras estudiaba... Era difícil viajar trabajando seis días y estudiando cinco a la semana.

Ahora sí que me ha entrado curiosidad.

– Pero si tú... Tú.

– ¿Creías que había nacido en La Moraleja?

Soy incapaz de decir nada más.

– Eso es sólo una imagen, una fachada que quise dar cuando entré a trabajar en la agencia. Es más fácil que te contraten si piensan que tienes contactos, ya sabes.

– Al estilo, pequeño Nicolás...

– Sí –admite riendo–, pero no tan pequeño.

Lo cual me hace recordar una parte de su anatomía que me empeño en dejar de recordar moviendo la cabeza rápidamente de un lado a otro.

– Vaya... Hacía tiempo que nadie me sorprendía así.

Me concentro en la carretera cuando empieza a allanarse el camino y volvemos a la comarcal, mejor construida que ese camino que lleva al restaurante.

– Ahora sí que me he quedado sin palabras.

– No todo es lo que parece.

¿Será verdad lo que ha dicho o pretendía tomarme el pelo?, está claro que es un liante, pero no puedo creer que estudiara mientras trabajaba y que su familia fuera pobre. Esto es un cuento chino. Tiene toda la pinta del típico pijo que se divertía en fiestas en la universidad mientras sus papás pagaban para que le aprobaran. Aunque ahora ya no sé qué pensar. Estoy confusa, será la noche, que me confunde...

Dejo caer su cuerpo sobre la cama, porque yo no sé si está fingiendo o qué, pero ha entrado apoyándose de nuevo en mí.

Me mira antes de cerrar los ojos y decido dejarlo solo. Porque no me voy a quedar mirándolo como una tonta... Aunque no puedo evitar hacerlo unos segundos, es sólo que no pensaba que fuera así, es decir, tan distinto. Miro sin querer a su pantalón y niego con la cabeza. Será mejor que me vaya, se ha quedado dormido enseguida, tal vez sí que estaba tan mal como parecía.

Salgo de su habitación por el baño que compartimos y no me molesto en atrancar la puerta, creo que no corro peligro.

Capítulo 3.

No he recibido noticias del italiano, supongo que no estaba interesado al final. Pero tengo otros clientes esperando para hoy, así que no me vengo abajo. Es cuestión de tiempo que se venda. Si esa era la información que quería sonsacarme Jorge anoche la va a descubrir cuando me vea ir hacia mi coche dentro de unos segundos. De hecho le saludo cuando alzo la vista hacia la habitación antes de subirme al coche. Él abre la ventana y grita algo que no he podido oír, pero yo ya estoy dentro y el motor encendido. Y cuando el motor está encendido, no hay nada que hacer, ¡ya nada puede detenerme!

– Lo siento, Jorge, son negocios.

Llego al pazo y decido buscar los papeles que se dejó Jorge mientras espero a mis clientes. Sin embargo, no los encuentro por ninguna parte. He mirado en las zonas más lógicas para dejar papeles, las mesas del salón y la cocina, e incluso he entrado en las habitaciones que están presentables para enseñar a los clientes, porque algunas están para echar napalm y salir corriendo...

– Lo hizo para sonsacarme información, el imbécil seguramente lo tenía todo planeado.

– ¿De quién hablas? ¿Y por qué hablas sola?

– ¡La madre que...! –grito girándome y llevando mi mano al pecho para detener un posible infarto.

– No soy un fantasma.

– Me habría asustado menos –digo recuperando la calma con profundas inspiraciones–. Un momento, ¿cómo has llegado si no tienes coche? ¿Y tan rápido?

– Tengo poderes.

– ¿Poderes?

– Notariales...

Yo pongo los ojos en blanco por sus estúpidas bromas y niego.

– En serio, tengo curiosidad. ¿Cómo lo has hecho?

– Me ha traído José con la moto de enduro por un camino más rápido. Me ha dejado la espalda hecha polvo, pero aquí estoy.

– Podría haberte llevado José hasta tu coche en lugar de traerte aquí. Es más, ahora necesito que te vayas para cuando vengan mis clientes.

– Yo también estoy esperando a unos clientes. Luego me llevas al coche, me lo debes. Porque querías dejarme en el hostel, sin posibilidad de salir de allí...

– No me fío de ti, y la idea de que estuvieras en un sitio y no te pudieras mover de él, me gustaba... Pero si estás aquí y no hay solución, ves por un lado que yo iré por el otro.

Me doy la vuelta para organizar los papeles de mi carpeta e ignorarlo, pero él no se marcha, no oigo sus pasos alejándose. No es que tenga que organizar necesariamente mis papeles, sólo es una forma de hacerme la loca, es decir, ignorarlo y que me deje en paz.

– Por cierto, ¿qué papeles tenías que recoger anoche? No los he visto por ninguna parte.

– Entonces debió llevárselos alguno de mis clientes, porque los dejé exactamente aquí –dice acercándose demasiado a mi espalda.

Roza mi brazo y yo lo aparto.

– Todavía te afecta la burundanga...

– ¿Qué?

– Nada –corto de raíz esta extraña situación y recojo mi carpeta para apartarme de él cuando oigo a alguien llamar a la puerta.

Tras varias visitas repetitivas, en las que digo las mismas explicaciones sobre el lugar, me topo de nuevo con Jorge en el vestíbulo, donde despedimos a nuestros respectivos últimos clientes.

Él me mira con una sonrisa de satisfacción mientras mi expresión es pura decepción, porque no parecían muy convencidos de comprar, al menos mis clientes.

Alguien llama a la puerta y miro a Jorge buscando una respuesta, pero él se encoge de hombros. Si el que llama no es cliente suyo no sé quién puede ser. La puerta se abre y entra una luz cegadora que no nos deja ver quién está recortado bajo el umbral.

El rostro se me ilumina cuando veo a Marco, con un traje italiano de color blanco que lo envuelve como a un modelo, madre mía, cómo está este hombre. Un día de estos a mí me va a dar algo.

– Es como un Dios griego –dejo escapar de mi boca y Jorge refunfuña algo.

Los hombres siempre se quejan cuando una mujer habla bien de otro. Recuerdo en la agencia, cuando venía el chico que traía los bidones de agua para la máquina y todas empezábamos a babear como auténticas obsesas, y los chicos de la oficina se quejaban diciendo que tampoco era para tanto... Envidiosos, claro que era para tanto... Si había un charco en la oficina después de llegar ese hombre, y no era precisamente de las babas, ni del bidón de agua..., pienso riendo y Jorge me mira arqueando las cejas.

– Marco...

– Te he enviado un email con la propuesta, pero he preferido venir directamente para firmar ya, me gusta hacer las cosas así. Si me gusta algo, lo quiero ya –dice acercándose a mí y mirándome de una forma que me hace pensar que sus palabras tienen un doble sentido, aunque puede ser que no lo tengan y sean ilusiones mías.

– Me encanta la gente que sabe lo que quiere –afirmo acercándome a él y dejando un rastro por donde ando, un rastro imaginario, pero que seguro Jorge puede ver.

Ni siquiera miro a Jorge, porque con lo competitivo que es, seguramente se lo tomaría como un reto.

Envío cuatro audios de cinco minutos a Rocío y me responde sólo con unos emoticonos de risas.

Alguien llama a la puerta del baño y ya sé que no es “alguien”, es Jorge.

– Ni se te ocurra abrir esa puerta –digo levantándome de un salto de la cama.

– Sólo quería recordarte que no tenemos coche, ninguno de los dos, porque te has ido con ese

italiano... Y yo he tenido que volver andando... Ah, y otra cosa, también tengo un cliente que ha firmado.

Abro la puerta y le recibo con la mandíbula desencajada.

– No puede, mi cliente ha firmado antes.

– Tendrá que decidir el banco, quién le interesa más.

– Desde luego, juegas sucio, ya sabía yo lo que pretendías anoche, el problema es que te afecta más a ti que a mí porque te falta alguna neurona –resumo cerrando la puerta en sus narices de un golpe.

– No pretendía nada, y seguimos sin tener coche –grita desde el otro lado.

– Marco me llevará mañana –le grito yo también para que me oiga a través de la puerta.

– Marco se ha ido, le he oído hablar por teléfono con su socio.

Vuelvo a abrir la puerta y veo la sonrisa de mala persona que tiene Jorge.

– Pues ya me las apañaré, y tú también.

Vuelvo a cerrar la puerta y decido acostarme para ver si se me pasa el cabreo.

Le explico a Rocío todo sobre Jorge y le hago varias preguntas al estilo de: ¿Qué le pasa a Jorge? ¿Por qué tiene que estar en el mismo pueblo que yo? ¿Qué broma del destino es ésta? ¿Qué clase de brujería es ésta?!

Las respuestas son, tranquila, es casualidad, os dedicáis a lo mismo...

Y luego me pide fotos de Marco.

– Búscalo en internet, ya verás lo guapo que es... Con ese color moreno, esa sonrisa, si me cuesta concentrarme cuando está cerca.

Tras unos segundos, los que ha tardado en buscar a Marco por Internet, me responde que debo hacer lo que sea necesario para llevármelo a la cama. Que lo haga por todas las demás y que luego le cuente los detalles.

– Donde tengas la olla no metas la polla... Lo que voy a hacer es babear por él y pedirle a José que me lleve al coche.

– ¿Quién es José?

– El chico que está en la recepción del hostel.

– ¿Está bueno?

– Es un chaval... Es uno de esos que se pasan el día viendo youtubers –añado.

– ¿No hay otro medio de transporte?

– Que va, esto está dejado de la mano de Dios. Voy a ver si encuentro a José aún.

– Suerte. Nos vemos mañana.

Cojo el bolso y bajo corriendo por las escaleras hasta la recepción, porque con mi suerte se habrá ido ya. Tendría que haber bajado antes, pero me he liado con la hora cuando he visto a Jorge y luego hablando con Rocío, explicándole todo lo que ha pasado y escuchando también sus

problemas, que la pobre tiene unos cuantos.

Veo en la recepción a José, menos mal, pero me mira de una forma rara cuando empiezo a hablar.

– José, creía que no llegaba a tiempo, se me ha ido el santo al cielo. ¿Vamos al pazo? ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? –pregunto acercándome a la madera del mostrador para apoyarme y verle la cara mejor.

– ¿Cómo pensáis ir al pazo? –pregunta una voz a mi espalda.

Me giro y veo al compañero de Manolo, el guardia civil, de pie, mirándonos como si hubiéramos hecho algo malo.

Me acerco un poco a él y su metro noventa me parece más bien dos veinte. Como siempre lo he visto de lejos en la carretera, no me parecía que impusiera tanto, o pusiera, mejor dicho.

– ¿He dicho algo malo?

– ¿En qué vehículo piensan subir al pazo?

– Ennnnn... En –intento responder lentamente para que me dé tiempo a idear alguna cosa creíble, porque parece ser que la moto de ese chico no se puede usar, o eso entiendo–. En ninguno, íbamos a ir andando y él me acompaña para... Para protegerme, porque soy joven y bueno, no estoy nada mal, ¿o cree usted que puedo ir por ahí sola, por el monte, y no me pasará nada? –le pregunto frunciendo el ceño como si me hubiera ofendido.

Él va a responder algo, pero abre la puerta el otro agente, Manolo, y se queda mirándome.

– ¡Otra vez ésta! –exclama Manolo sorprendido y mirando luego a su compañero–. Carlos, vámonos.

– Terminamos el turno ahora, si quieres te llevamos –dice de repente el alto.

– Yo no la llevo, que seguro que nos cuenta toda su vida.

– ¡Oiga! –digo ofendida, esta vez de verdad.

– Quédate en el bar, yo la llevo y vuelvo –dice el alto, Carlos, haciendo un gesto con la mano para que pase.

– Está bien –digo estirando mi metro y medio de estatura con toda la dignidad para pasar por delante de Manolo.

Le dirijo una mirada a José, que me guiña un ojo cuando salgo y yo le devuelvo una sonrisa rápida, no quiero que se den cuenta de que estábamos tramando algo.

Mientras me lleva en el coche se mantiene callado y, aunque yo suelo hablar por dos o por tres, me siento un poco extraña en su presencia.

– Muchas gracias.

– Sé que te iba a llevar en su moto..., no debería.

– Bueno, es que Jorge tampoco tiene coche ahora, estaba complicado.

– Comprendo... ¿Va a comprar el pazo?, ¿el italiano de ayer?

– Seguramente.

– Eso daría vida a este lugar.

– Claro, se crearía trabajo, habría movimiento.

– Y vendría mucha gente.

– Ese sería el objetivo del hotel.

– Es que este pueblo es como un mundo aparte, cuando me destinaron aquí no me pareció tan malo, los paisajes, ya sabes, pero es demasiado aburrido, incluso he pensado en pedirme el traslado.

– Normal, pero ya verás como todo mejora –le animo y no sé muy bien por qué, supongo que si veo a alguien un poco triste me dan ganas de animar, es como si estuviera programada para ello.

– Eso espero... –responde con un tono de voz triste y me parece que contrasta una barbaridad con su aspecto, tal alto y tan duro...

Me quedo mirándolo un rato hasta que lo veo fruncir el ceño.

– Puedes llegar a ser muy irritante. Es un poco incómodo que mires así a la gente.

– Perdona señor agente –digo con retintín–. Es que no me imaginaba tener una conversación así...

– Porque estás acostumbrada a hablar únicamente tú... –asegura riéndose y yo me quedo mirándolo de nuevo boquiabierta.

– Pues también sé escuchar, por ejemplo a Rocío, que de hecho tengo unos audios aquí para analizar.

Él mira de reojo mi móvil y le oigo refunfuñar algo antes de empezar a ponerlos.

– ¿Audios de diez minutos? ¿Pero qué tenéis que deciros durante tanto tiempo?

– Los hombres no nos entenderéis jamás... –respondo y vuelvo a activar el audio mientras él conduce por una zona que no recuerdo, aunque al estar oscuro supongo que me he despistado.

– Es un camino más rápido, el que seguramente iba a usar José con la moto de enduro, que por cierto no debería usar porque ni siquiera tiene matrícula.

– Pues menos mal que habéis llegado vosotros, por nuestra seguridad –digo ya sin parar el audio, porque si no no acabará nunca.

– ¿Qué le pasa a tu amiga?

– ¿Se oye? –pregunto ahora parándolo, porque tampoco es que esté bien que un desconocido se entere de los problemas o preocupaciones de mi amiga.

– Algo.

– ¿Qué has escuchado? –pregunto alzando las cejas. Tenía el móvil pegado a la oreja, debe tener súper oídos este hombre...

– Ya hemos llegado al pazo –dice volviéndose hacia mí con una sonrisa que muestra todos sus dientes.

No sé qué habrá oído, si la parte en la que habla de los problemas en su trabajo, o de cuando se folló a dos tíos en la misma noche, o los detalles de esos encuentros... O la parte en la que me

recomienda que me folle al “payaso”, porque según ella, hay tensión sexual entre nosotros. No puede estar más equivocada, hay competitividad insana por parte de Jorge, y mucho odio por mi parte. No sé por qué la gente siempre dice que hay tensión sexual cuando sólo hay odio. ¡Qué manía! Por ejemplo, cuando en las películas quieren crear tensión sexual siempre hacen que los personajes se odien, y sólo hay odio, eso confunde a la gente y creen que cuando pasa en la vida real es igual, pero no. Está claro que entre Jorge y yo no hay nada de lo que ella ha dicho.

Lo peor de todo es que lo mencione y pasen las imágenes de Jorge haciendo guarradas inevitablemente por mi cabeza. Porque es normal que si alguien dice frases como: “deberías follártelo”, o “cómo la tendrá...” pues una, aunque no quiera, lo piensa un segundo. ¡Qué asco! ¡Es Jorge! Por favor...

– Si has oído algo debes hacer caso a esa norma que impide hablar sobre esas cosas personales con otra gente y olvidar lo que has oído –le reprendo antes de abrir la puerta de su coche.

– No hay ninguna norma así en la guardia civil.

– El secreto o confidencialidad, eso lo he oído en algún sitio –digo vagando mi mirada por el salpicadero.

– ¿Secreto de confesión? ¿La confidencialidad en medicina o con un abogado?

Pienso un momento y tengo que reconocer que no tengo ni puñetera idea de nada.

– Ambos –determino seriamente.

Salgo del coche y lo miro antes de cerrar la puerta.

– No digas nada, aunque no la conoces y yo duraré poco tiempo en el pueblo, espero.

– Mantendré el secreto sobre la sexualidad de tu amiga...

– Está bien, confío en ti... –digo apretando el puño con energía, para dar énfasis a mis palabras.

Lo veo poner los ojos en blanco antes de ir hacia mi coche y no entiendo a los hombres. Tal vez le parezcan estupideces nuestras conversaciones, pero son muy filosóficas, porque digo yo que en diez minutos de monólogo tiene que haber de todo, filosofía incluida.

Capítulo 4.

Dos días después.

– No quedan habitaciones, están esos dos madrileños y los turistas. Si es que todos los años lo mismo... se lo digo a mi madre, que habría que ampliar, pero como no sabe cómo... –dice José negando con la cabeza.

Yo me asomo alargando el cuello cuando bajo las escaleras y doy un grito agudo que se oye en todo el establecimiento.

– ¡Celeste!

– ¡¿Qué haces aquí?! –exclamo yendo hacia Rocío tan rápida que por poco me mato al bajar por las escaleras, tropezando en el último escalón.

– Era una sorpresa, como vas a estar un tiempo aquí y yo tengo vacaciones... –dice la última palabra en un tono más bajo—. Vacaciones forzosas y despido tras ellas... pero no quiero dramas, sólo comedias entretenidas... –dice cantando al final.

– Eso digo yo, no más dramas, sólo comedias –resuelvo abrazándola.

– No pienso soltar una lágrima más. ¿Qué hay que hacer por aquí?

– Pues hasta que llegue el italiano nada. Bueno, hay que acabar con la vida de Jorge para que no se lleve la comisión, pero por lo demás, pasar el rato.

– Me parece bien.

– ¿Acabar con mi vida o pasar el rato? –dice Jorge apareciendo al final de la escalera sin hacer ningún ruido.

– Odio a la gente sigilosa, que escucha lo que no debe –afirmo mirándolo de reojo.

– Lo que no debe... Planeando mi asesinato.

– Es un favor que le haríamos al mundo. Compréndelo.

– ¿Por qué no resolvéis esto en la habitación? –sugiere Rocío antes de dedicarle una mirada intensa. Breve, pero intensa.

– En la habitación me tiene puesta una silla para que no entre ni al baño, esta noche he tenido que ir al de abajo.

– Eras tú o yo... –reconozco alzando la cabeza y entrecerrando los ojos a modo de desafío.

– Al final todo se reduce a eso, o tú o yo.

– Estás loco, pero yo no te voy a recomendar ningún psicólogo, porque conozco a algunos, son amigos míos, y no quisiera que tuvieran que vérselas con un paciente como tú. Es que tengo buen corazón...

Rocío me pone la mano en el codo para llamar mi atención y me vuelvo hacia ella.

– Celeste, todo esto es muy raro, será mejor que nos vayamos a dar una vuelta, he traído el todoterreno para hacer rutas y eso por la zona.

– De acuerdo, será mejor.

– Yo conozco alguna ruta por aquí, me la enseñó José cuando fuimos al pazo –propone Jorge.

– Rocío, no –digo al ver su cara de aceptación ante la sugerencia de Jorge–. Es el enemigo. No querrás tener al enemigo en tu coche... ¿Verdad?

– Parece más simpático de lo que dijiste.

– Es un putito infierno estar con él. Hazme caso.

– Pero he traído el todoterreno y nos vamos a perder sin guía, y el gps aquí no va muy bien.

Miro atrás, a la recepción y veo a José asentir.

– No me parece bien, pero es tu coche, tú sabrás. En realidad como ya lo tienes lleno de trastos, uno más no se nota.

Rocío enseña todos los dientes en una sonrisa demasiado forzada y se encoge de hombros después.

Creo que sé qué pretende, cree que Jorge y yo podemos enrollarnos o algo así, y nada más lejos de la realidad. De hecho durante el trayecto voy a dedicarme a demostrarle lo equivocada que está.

Jorge, sentado atrás, empieza a responder a las preguntas de Rocío, sobre las cosas más variadas, su infancia en “La Moraleja”, que ya no sé si es verdad, porque dijo la otra noche que era todo mentira, pero también responde sobre eventos sociales a los que ha ido, hasta lo vio en alguna revista acompañando a la famosilla de turno.

Ya no sé qué pensar de él. Aunque creo que lo mejor es no pensar en él...

Miro por la ventanilla y la loca de Rocío nos ha metido en un sitio con unas piedras enormes que nos van a dejar atascados.

– Yo esto no lo veo.

– Tranquila, cada rueda vale una pasta, está preparado, si no que me devuelvan el dinero.

– Mientras te lo devuelven nos quedamos tirados en medio del bosque y sin cobertura... Y con Jorge de compañía...

– No encontraréis mejor compañía que la mía.

– Desde luego... Ni peor tampoco. Aquí no encontraremos ninguna otra que la tuya, y si nos perdemos nadie nos ayudará –digo sujetándome a la puerta porque empezamos a dar tumbos en el interior del vehículo.

– A esta zona sólo se puede acceder con todoterreno, no te quejes tanto, es un lugar idílico.

– Los que tenéis 4x4 siempre decís esas cosas, pero yo he visto burros y cabras paseando tan tranquilos por esas zonas, y humanos también.

Recibo un pufff a modo de respuesta de Rocío, y una carcajada que viene de atrás, de Jorge.

– Como sigáis con tonterías los que vais a ir a pie o como las cabras sois vosotros dos.

– Ahí están otra vez Manolo y el otro –advierdo observando a un lado del camino el todoterreno de los guardias civiles–. Ellos también llegan a estas localizaciones...

Rocío se detiene y la veo suspirar.

– ¿Hay algún problema? –le pregunto mirándola boquiabierta.

– Creo que no, pero tendré que usar todas mis armas.

– ¿Qué armas? –pregunta Jorge desde el asiento trasero con tan mala suerte que Carlos, el guardia civil macizorro, le oye.

Mira en el interior del vehículo y entrecierra los ojos.

– ¿He oído armas?

– Señor agente, no ha dicho arma, ha dicho karma, es que debe ser el karma por haber sido buenas chicas que hemos encontrado a dos agentes tan guapos... –dice Rocío añadiendo una sonrisa y Jorge empieza a aguantarse la risa mientras yo estoy haciendo lo mismo, con la misma dificultad.

– ¿Rocío? –pregunta Carlos.

Ella me mira frunciendo el ceño boquiabierta y yo me encojo de hombros. Ha reconocido la voz del audio que escuché cuando iba en el coche con él.

– Son buenos estos agentes –digo reconociendo el buen trabajo y sobre todo para hacerles la pelota, porque Rocío tiene algo que esconder, algo no está en regla. Y también para que Rocío deje de mirarme así, porque que ese agente la haya reconocido suena a que le he hablado de ella, o algo peor, como por ejemplo que haya escuchado sus audios locos...

– Señorita, no tiene ITV –dice el agente mirando una tablet en la que debe haber puesto la matrícula.

– Es que no me daban cita hasta la semana que viene, pero ya la tengo concertada para ir – asegura encogiéndose de hombros mientras Jorge y yo nos miramos atónitos.

– Comprendo, así que en tres meses no había cita... Carnet de conducir –le exige.

– Tome señor agente –dice ella obediente entregándoselo tras varios minutos rebuscando en el bolso-. Puede parecer increíble, lo sé, pero me anularon una cita por un problema en la nave, y luego han tardado en arreglar la maquinaria, y claro, había mucha gente en lista de espera, ya sabe, se había acumulado el trabajo.

– ¿Qué nave?

– Carlos, no te molestes en razonar con ella, es como la otra, es mejor dejarlas ir o echamos aquí la mañana.

– Pero son tres meses... –se queja él, aunque después echa un vistazo dentro y yo le dedico una sonrisa de hiena. Él suspira y niega con la cabeza.

– Tres meses, y los que te vas a ahorrar en psiquiatras –le aconseja Manolo.

Carlos nos mira otra vez y lo vemos dudar, pero finalmente cede.

– Si me la vuelvo a encontrar la multo –dice devolviendo a Rocío el carnet de conducir.

– Seremos buenas –asegura con un tono de voz algo aniñado.

Carlos pone los ojos en blanco y se separa del coche para hacer un gesto con la mano, la señal de que podemos circular.

Rocío parece dudar, es peor que yo, pero le doy un golpe en el hombro para que reaccione y vuelva a ponerse en marcha. Porque conociéndola debe estar pensando en salir a buscarlos y seguir hablando, se ha quedado con ganas de contarles sus problemas.

– Muévete –le advierto antes de que el agente cambie de opinión.

– Es que quería explicarle...

– Ahora te das cuenta de cómo eres, viéndote desde fuera –dice Jorge de repente y me hace pensar que tiene razón.

– Oye tú, que nosotras no tenemos nada malo. A lo mejor tú tienes un problema –se queja Rocío.

– Haya paz, Jorge es un poco... Un poco... Es Jorge –digo por toda explicación–. No tendríamos que haberlo traído, pero ahora no podemos dejarlo en medio del camino.

Si hace unos meses me hubieran dicho que acabaría defendiendo a Jorge no me lo habría creído, de hecho aunque me lo hubieran dicho hace unos días, u incluso horas.

– Bueno, le perdono porque sé que te gusta, pero que no se meta conmigo de nuevo.

– No digas tonterías. Te lo ruego.

– Así que estás enamorada de mí –añade Jorge con una sonrisa.

– Enamoradísima, de hecho no duermo desde hace varias noches, pensando en ti y en lo que te haría –digo en el tono más irónico del que soy capaz.

– Pues tienes suerte, porque ahora estoy soltero.

– ¿Es que alguna vez tuviste novia?

– Tengo que bloquearlas, porque se enamoran todas de mí y es agobiante... –asegura riéndose.

– Eres demasiado tonto.

Lo es, de eso no cabe duda, pero no negaré que tiene un atractivo que conoce o debe conocer, porque bueno, sólo hay que verlo. Lo que está claro es que no tiene novia porque no habrá quien lo aguante.

Jorge empieza a decir estupideces, como de costumbre, y Rocío, que es una persona algo inestable y bipolar a la que se le olvidan los cabreos bastante rápido, empieza a reír por las bromas que va soltando él sin ningún sentido. A lo mejor a quien le gusta es a ella, vete a saber...

Sin embargo prefiero mantenerme al margen de su conversación centrándome en el paisaje y en agarrarme bien a la puerta, que puede salir disparada con el traqueteo. No me extraña que este vehículo no tenga la ITV, si parece que se vaya a desmontar en cualquier momento. Si con el meneo que te dan en la ITV se le deben caer los retrovisores, por lo menos.

– Pasar la ITV es como ir de putas –dice Jorge siguiendo, creo, con sus chistes malos, pero logra captar la atención, porque hay palabras clave que siempre llaman la atención de la gente. Por ejemplo, recuerdo una vez en clase, que todas estábamos medio dormidas y uno de los profesores dijo las palabra “forma fálica”, respecto a una pintura, y todas de repente alzamos la cabeza y nos quedamos mirando el cuadro con mayor atención... Son palabras clave infalibles, como la que acaba de decir Jorge–, vas a un polígono industrial, te dan un meneo y sales con cincuenta euros menos –acaba él su chiste.

Las risas de Rocío deben escucharse en el pazo, el pueblo y hasta donde están los dos guardias civiles que han quedado atrás hace rato.

– ¿De dónde sacas esos chistes? Son buenísimos.

– Hombre, tanto como buenísimos... –intervengo yo molesta porque vuelvan a reír juntos. Es un enemigo..., ¿es que no se acuerda? Aunque antes lo he defendido, todavía no sé por qué.

– Cuando me aburro me paso el rato mirando memes en Instagram, ese es mi secreto – responde Jorge como si yo no hubiera dicho nada, ignorándome por completo.

– ¿Queda mucho?

– Ya casi estamos –me responde Jorge, porque evidentemente Rocío no sabe ni siquiera dónde vamos.

– Eso lo llevas diciendo todo el rato y nunca estamos.

– Es que si preguntas todo el rato...

– Esta noche voy a entrar a tu habitación y te voy a dejar tieso.

Un silencio se produce en el interior del coche y tardo unos segundos en darme cuenta de cómo ha sonado eso.

– Quiero decir que te voy a envenenar –aclaro-. Si estuviera en casa y pudiera acceder a mi colección de cuchillos... –me lamento.

– Cuando volvamos a Madrid voy a tu casa y me los enseñas –sugiere Jorge riendo.

– Ni loca te llevaría a mi casa... Te citaría en un descampado y contrataría a unos albanos, no sé, estoy planeando todo esto ahora, no puedo concretar más –me disculpo.

– ¿Y qué harías con el cadáver? –pregunta Rocío.

– Un momento. Dejad de hablar de mí, que estoy presente.

Después de llegar a la costa y gastar todo el depósito de gasolina, nos vemos obligados a comer en un pequeño bar del que no aparecen reseñas en internet, ni siquiera aparece en internet. Pero cuando el hambre aprieta, no hay nada que hacer.

– A saber... –digo quejándome por enésima vez.

– Huele bien –reconoce Rocío moviendo la cabeza.

Jorge me dirige una sonrisa y no entiendo qué significa, pero lo comprendo al ver a los dos guardias civiles sentados en una de las mesas del fondo.

– Será mejor que nos sentemos por aquí –sugiero dando un codazo a Rocío.

El único camarero se acerca a nosotros mirándonos a los tres de arriba abajo.

– Traiga lo que tarde menos en cocinarse –le ruego antes de dejar caer mi cabeza entre mis brazos.

– Me parece buena idea –dice Jorge sorprendiéndome, porque nunca le parecían bien mis ideas cuando trabajábamos en la misma agencia.

Aunque pensándolo bien no es que compartiéramos muchas ideas, sólo memeces como dónde

poner una planta entre las mesas, cuándo almorzar, y los turnos o cosas así.

El camarero trae un par de platos de las tapas que tiene preparadas para ir haciendo boca y cuando Rocío empieza a hacer ruiditos como si tuviera un orgasmo Jorge me mira buscando una explicación. Yo niego con la cabeza y me encojo de hombros, Rocío es así, no hay ninguna explicación.

– Esto está buenísimo. Me pregunto si tendrá esposa el cocinero.

– Le preguntamos cuando vuelva el camarero –dice Jorge riendo.

– Vamos, que me da igual, puedo ser su amante, con que me haga la cena cada noche... – asegura cogiendo un trozo de pulpo de uno de los platos.

– Rocío, deja de gemir, que están esos ahí y van a pensar que nos drogamos –digo indicando con la cabeza la mesa de los guardias civiles.

Pero no están sentados y me tranquilizo, deben haberse ido y no nos hemos dado cuenta.

– No es la primera vez que la oigo así, ya sé que no se ha drogado –dice a nuestra espalda Carlos.

Rocío se gira y lo mira boquiabierta y luego a mí.

– Escuchó sin querer un audio que me enviaste.

– ¡¿El de ayer?!

Yo asiento y la veo pasar del blanco al rojo en décimas de segundo.

– Lo siento, fue un accidente –me disculpo encogiéndome de hombros.

– Pero si te conté lo que pasó con Nico... Y lo de Manu...

– Es un profesional, es como ir al médico, te puedes desnudar delante de él y no siente nada.

Se oyen las risas contenidas de Jorge tras mis palabras y le dirijo una mirada de reproche.

– ¿En serio? –pregunta Rocío cruzando sus brazos bajo sus pechos y mirando elocuentemente a Carlos.

– No soy médico –dice con la voz ronca antes de colocarse la gorra para salir del restaurante seguido de Manolo.

Jorge no contiene más su risa y niega con la cabeza.

– Sois tremendas.

– Gracias –dice Rocío volviendo a colocar su escote como estaba antes de intentar sacar hasta casi la mitad de lo que llevaba dentro.

– Me encanta cuando son tímidos –admito riendo.

– Y a mí.

– No lo entiendo –dice Jorge.

– Y no lo vas a entender, son cosas de mujeres. Tendrías que operarte, hormonarte, tener relaciones con hombres, muy complicado. Y ni aún así lo entenderías.

– Exacto, no lo vas a entender nunca –apoya Rocío dando un mordisco al trozo de hogaza que

han dejado en medio de la mesa.

– Estáis locas, eso es lo que entiendo –acaba comprendiendo.

– Brindemos con albariño para celebrarlo –dice Rocío con una sonrisa.

– Sólo espero que los guardias civiles se hayan ido bien lejos y no nos los encontremos a la vuelta –dice Jorge alzando su copa.

– A esos dos no los volvemos a ver en tres días –reconozco riendo y juntando mi copa con la suya.

Es muy raro, porque es mi enemigo, no sé por qué estoy brindando con él, pero es como si hubiéramos decidido hacer una tregua en algún momento de la tarde.

O tal vez esté tramando algo, no debo fiarme por parecer simpático ahora, él es más listo de lo que parece y sabe cómo liar a la gente. En realidad su trabajo y afición es esa, liar a la gente. No debo fiarme, en realidad debería emborracharlo para descubrir qué jugada tiene con los clientes que también han firmado la compra del pazo.

– Y ya que me estoy perdiendo la película alemana de la uno y la siesta asociada a ella por vuestra culpa... brindemos por... por habernos librado de la multa de antes –invento alzando la copa para ver si consigo emborrachar a Jorge, mientras Rocío me mira frunciendo el ceño.

Jorge se encoge de hombros y acepta el brindis.

– Tengo que ir al baño, ¿me acompañas? Celeste... –deja caer mi nombre con un tono que esconde algo más, un mensaje secreto que se supone que yo debo entender.

– Pues si no tengo más remedio iré –acepto resignada levantándome y dejando la servilleta sobre el mantel a cuadros tan rústico.

Mientras caminamos hacia el baño me reprocha que no he disimulado nada bien y ya de paso me pregunta qué pretendo hacer con Jorge.

– Sólo quiero que beba y suelte por esa boquita la negociación con el banco, porque sé que tiene un as en la manga y que quiere joderme la venta. Puede que haya aconsejado a sus clientes ofrecer más dinero de lo que pide el banco para asegurarse la venta a sus clientes y ganar la comisión. Quisiera saberlo para aconsejar a Marco subir más que él.

– Mmm... Interesante... Podríamos atarlo a la cama esta noche y obligarle a hablar.

Yo la miro con incredulidad.

– Si lo ato a la cama lo dejo allí y un problema menos en mi vida.

– Sería más fácil que hacerle hablar emborrachándolo, por mucho que beba –reconoce ella y me temo que tiene razón. Es su trabajo, no va a soltar prenda por esa boquita.

– Si... –admito apesadumbrada.

– No te preocupes, encontraremos la manera.

Capítulo 5.

El día se ha complicado más de lo que había previsto. Además de tener un dolor de cabeza insistente, ha venido antes de tiempo el italiano, y él es más insistente que el dolor de cabeza, porque no le ha hecho ninguna gracia que otros clientes también hayan firmado con Jorge.

– No puede ser –se queja Marco otra vez–. Cuando pongo mis ojos en algo lo quiero ya. No llevo bien estas anomalías.

De pronto se pone a hablar en italiano para quejarse e intento calmarle hasta que suena su teléfono.

Yo decido llamar al banco, ya es hora de solucionar todo este embrollo tras el fin de semana en el que no he podido hacer nada. Y ya es hora de que se vaya Jorge.

– Llevo muchos años en esto y nunca he visto cosa igual –le digo al empleado que me ha cogido el teléfono tras explicarle la situación del inmueble.

– Tengo que comprobarlo, pero creo que sólo tengo una firma –responde el empleado del banco.

– ¿Cómo?

– Le llamo en diez minutos.

– ¡Un momento! No me puedes dejar así –me quejo cuando ya me ha colgado.

Ha usado el mismo truco que usaba yo cuando trabajé de telefonista. “Muchas gracias por llamar” y colgar rápidamente para no dar margen a divagaciones o respuestas...

– ¿Todo bien?

– Me parece que sí. Creo que el pazo es nuestro. Ese idiota de Jorge me ha querido liar. Y como era fin de semana no he podido comprobarlo hasta ahora.

Marco me mira frunciendo el ceño y hasta ese gesto es atractivo en él.

– Entonces no deberíamos esperar más, vamos a Madrid y arreglamos el papeleo. Mi gestoría ya ha comprobado todo, y mi socio y yo estamos dispuestos a firmar ya.

– De acuerdo, voy a hacer unas llamadas y lo hacemos cuanto antes.

Vuelvo a entrar en el hostel y subo hasta mi habitación mientras marco el teléfono de la agencia. Nadie me coge el teléfono y desisto cuando entro en mi habitación.

Abro la puerta del baño y luego la que comunica con la habitación de Jorge.

– ¡Eres un maldito imbécil, dijiste que habían firmado! –le espeto abriendo la puerta de un golpe.

– Están a punto de firmar –asegura defendiéndose ante mi acusación, para no admitir que ha mentado para joder la venta a Marco, porque estaba pensando en decirle que subiera el precio para no perderlo y puede que entonces él se hubiera retirado.

No soy capaz de pronunciar una sola palabra más, porque él está completamente desnudo. Trago saliva y no puedo dejar de mirarlo, concretamente una parte de su cuerpo que a pesar de lo tonto que es el pobre, digamos que es superdotado... Las mujeres me entenderán...

Él se acerca un poco a mí rodeando la cama y ni siquiera sé qué expresión tiene, si de satisfacción, de vergüenza o de asombro, es que no logro apartar mi vista de su cuerpo, de su “cosa”, para mirarlo a la cara.

– Aquí tengo los papeles –dice él cogiendo una carpeta que hay sobre la cama.

Entro en razón al fin y miro la carpeta, y luego sus ojos verdes.

Dudo si hablar o no, por temor a que me salga un hilillo de voz y hacer el ridículo. Y mientras dudo, él se acerca todavía más con su carpeta.

– No... No te acerques más –logro decir.

– Pero si has entrado tú en mi habitación, y como es mía puedo ir donde quiera –justifica acercándose hasta quedar a un palmo de mí, aunque yo he dado ya varios pasos atrás.

– Pero... –la verdad es que no sé qué decir.

– ¿Pero? –pregunta con una sonrisa ladina que me está aterrando ahora.

El móvil suena y ambos nos apartamos, bendito móvil...

Descuelgo y es el del banco, confirmándome que sólo ha firmado la reserva el italiano, y escucho todo lo que ha averiguado mientras miro confusa a Jorge. Mis ojos vuelven a su entrepierna y veo su erección, y sólo me limito a asentir con ruiditos a lo que dice el del banco.

No puedo ni moverme mientras Jorge sigue ahí plantado mirándome con esos ojos que no había visto antes de la forma en que los veo ahora. Con las ganas que tenía de hablar con el del banco y ahora no me estoy enterando de nada de lo que dice, sólo puedo mirar el cuerpo de Jorge, y cómo está, duro como una piedra, con esos ojos verdes y su pelo castaño despeinado, parece el protagonista de un anuncio de colonia... Dios mío.

El del banco dice señorita varias veces y yo digo algo, aunque no sé qué es. Debe ser alguna tontería, porque Jorge empieza a reír y el del banco dice: “¿Disculpe?”

– Le llamo en diez minutos, gracias por llamar –digo antes de despegar el teléfono de mi oreja para colgarlo. He acabado usando la misma técnica que él para colgarle, pero no era capaz de entender nada de lo que decía...

– ¿Sabes lo que has dicho?

Niego con la cabeza y él se acerca de nuevo a mí.

– He dicho que hay que tener precaución –pruebo.

– Has dicho que hay que tener erección.

Asiento con la cabeza pronunciando una “a” larga y me muerdo los labios sin darme cuenta de que a él le debe gustar eso, porque se me queda mirando sin decir nada mientras lo hago.

– Quiero que te vayas del pueblo hoy mismo, el pazo es mío y la venta también.

– Hablas como un sheriff en el viejo oeste... –dice cogiendo una toalla para envolverse, aunque se nota que sigue duro...

– No te soporto –le grito apretando el móvil en mi mano para darme la vuelta y salir de allí lo más rápidamente que puedo.

No sé si es bueno que Rocío haya salido a dar una vuelta con el todoterreno y no esté aquí para contarle lo que ha pasado. O tal vez sea mejor así, primero tengo que poner en orden mis pensamientos y calmarme.

Respiro profundamente y salgo por la puerta para ver de nuevo a Marco y confirmarle que hoy mismo podemos firmar en el banco y empezar los trámites. Tenemos que adelantarnos a la jugada de Jorge, porque de hecho en su habitación tenía esos papeles que ha dejado en la cama cuando me he ido.

Miro hacia la ventana de Jorge y veo la cortina descorrida, está mirándome desde allí arriba. Le ha salido mal la jugada, no sé qué pretendía, pero la venta es mía.

Le mando un mensaje a Rocío para informarle de que esta noche no dormiré en el hostel, me quedo en Madrid con Marco. Bueno, no es que vayamos a estar juntos, yo me iré a mi casa cuando acabemos con el papeleo.

La respuesta de Rocío es: “puta”, pero no se lo tomo en cuenta, porque si supiera lo que ha pasado en la habitación de Jorge, bueno no ha pasado nada, pero precisamente por eso me llamaría “monja”.

– ¿Preparada?

Me encogería de hombros ante la pregunta del italiano, pero en un coche deportivo donde prácticamente vas acostada, no hay mucho margen de movimiento y me limito a emitir un sonido parecido a un sí.

– Espero que no nos encontremos con ningún control –digo cuando empieza a acelerar de forma desmedida.

– Si nos multan... digamos que está presupuestado, y si es algo más grave, tengo un arma secreta en el coche.

– ¿Un arma secreta?

– Tú.

No sé si es un halago, pero le dedico una extraña sonrisa y él ríe a su vez, aunque ahora no sé si de mí o de qué.

Al día siguiente.

El italiano es un verdadero experto en dos ámbitos, el económico y el referente a camelar a las mujeres. Ni siquiera creo que tenga interés en mí, creo que le sale de forma natural, y sin embargo es agradable que alguien sea así con una de vez en cuando. No como ese estúpido de Jorge, que siempre ha sido tan puñetero conmigo, siempre haciéndome rabiar. ¿Pero qué le hice yo para merecer ese trato? Desde que empezamos en la agencia tuvo esa rivalidad conmigo. Aunque ya su sola presencia me irrita. No sé qué tiene pero me irrita.

Mientras observo a Marco sentado en la mesa frente al enlace del banco y los demás “testigos”, veo cómo sonrío a la notario y a la secretaria de la anterior. Ambas, muy profesionales, se derriten ante su sonrisa y su mirada. Supongo que no puede evitarlo, lo lleva a fuego en su ADN, pero aún así, cuando me sonrío a mí, también me derribo. Aún sabiéndolo, sabiendo el origen de su sexappeal es demasiado para el cuerpo.

Como estoy despistada mirando a Marco no me doy cuenta de que algo anda mal hasta que la

realidad entra por la puerta. Y la tranquilidad sale por la ventana.

Es Jorge, con una mujer que no había visto antes.

– ¿Qué hace ella aquí? –pregunta Marco mirándola directamente a los ojos y levantándose sin dejar de clavarle la mirada con un fuego abrasador.

Yo me levanto también para apoyarle, aunque no sé de qué va esto.

Jorge no deja de mirarme, supongo que quiere ver mi reacción ante su jugada, tal vez esté esperando que me ponga histérica y rompa algo. Si sigue así va a ver cómo rompo su cabeza de mendrugo.

– Scivolate via, non voglio vederti... –grita él y añade algunos insultos.

– Tranquilicémonos –añade Jorge a la retahíla de insultos que se profieren los dos italianos, porque la mujer de rojo que tiene al lado también es italiana, una italiana espectacular con un vestido tan ajustado que se podría estudiar anatomía con lo que se puede apreciar en su cuerpo.

Miro mi traje chaqueta y me gustaría haber elegido algo más sexy, aunque ahora no sé muy bien por qué. Debo parecer una niña disfrazada con la chaqueta de su padre.

Ambos siguen insultándose por unos minutos más y finalmente la italiana decide sentarse en la silla que le proporciona Jorge, y que ha arrastrado desde la pared hasta la mesa, haciendo hueco entre la notaria y uno de los del banco.

Marco me mira frunciendo el ceño y yo le devuelvo la mirada confusa porque no sé qué está pasando.

– Es mi ex-mujer –me susurra inclinándose hacia mi oreja y dejando un suspiro al final que me mueve el pelo alrededor de ella.

– Comprendo –susurro yo mientras me mira a los ojos de una forma demasiado sensual para el momento en el que nos encontramos–. ¿Supondrá un problema?

– Supondrá un problema –confirma él.

– ¿Qué hacemos? –susurro sin poder despegar mis ojos de los suyos. Como si estuviéramos enamorados.

– Sentarnos y escuchar sus insultos y amenazas –dice dedicándome una sonrisa que no creo que haya escapado a la vista de todos los presentes, incluida su ex-mujer. Seguramente piense que tenemos algún tipo de relación extra-laboral.

Jorge empieza a explicar por qué está aquí con esa mujer y cómo ha conseguido que ella meta sus zarpas en el negocio de Marco. Jorge es constantemente interrumpido por los improperios de Isabella, y los bufidos de Marco.

Algunos de los presentes tosen para mostrar lo incómodo de la situación mientras que yo intento centrarme en lo que dice Jorge y no en cómo me mira, esperando mi reacción, seguramente, mientras intento evitar a toda costa pensar en la última vez que le vi en el hostel, desnudo... Quiero borrar esa imagen o perderé e hilo de lo que dice. Al parecer había una usufructuaria con un pequeño porcentaje de la propiedad del pazo, y Jorge, que es bueno en su trabajo, todo hay que decirlo, ha conseguido encontrar a la mujer, removiendo cielo y tierra y ahora la ex-mujer de Marco tiene en propiedad esa pequeña parte. Y Marco se ve atado a quedarse la parte del banco porque ha firmado ya.

– Podríamos llevar al banco a juicio –le susurro a Marco inclinándome hacia él–, pero esto se podría eternizar, ya sabes cómo funciona...

– No te preocupes, Celeste, voy a continuar, no quiero que ella se quede con todo, es lo que pretende, y que pierda el dinero que ya he invertido. Pero no se saldrá con la suya.

Asiento y suspiro aliviada para acabar fijando la vista en Jorge, que me guiña un ojo, haciéndome recordar con su mirada otras cosas, como por ejemplo su cuerpo desnudo, algo que llevo intentando evitar pensar todo el día.

Y de pronto llegan a mi mente imágenes de su cuerpo, concretamente de una parte importante de él. Es demasiado para soportarlo, así que desvío la mirada de sus ojos verdes y no me doy cuenta de que la he llevado hasta su entrepierna.

También me doy cuenta de que hace tiempo que no echo un polvo, y de pronto miro a mi izquierda y veo al italiano como a un trozo de carne que podría servirme para quitar de mi mente esos pensamientos sobre el idiota de Jorge. Me conformaría con olvidar esas imágenes sobre su cuerpo desnudo cada vez que lo miro. Tengo que seducir a Marco cuanto antes, pienso mientras él y su ex entran en razón y firman juntos porque no les queda más remedio si no quieren perder el dinero que ya han invertido. No les ha salido tan mal la jugada, si son capaces de aguantarse juntos puede ser muy beneficioso para los dos.

Cuando todo acaba intento irme sin mirar a Jorge, pegándome al italiano todo lo que puedo.

Marco se gira y me mira confuso, pero rápidamente aprovecha la situación para darle a entender a su ex que somos amantes, ofreciéndome una sonrisa mientras toma mi mano para salir juntos del despacho.

Y a continuación me sujeta por la cintura de una forma que no deja lugar a dudas sobre una hipotética relación más allá de la laboral.

Marco me abre la puerta con una amabilidad a la que ya me tiene acostumbrada, pero tengo que reconocer que ahora lo hace para que nos vean todos, de hecho me acaricia la cintura y el hombro para hacerme entrar en el coche. La escena podría ser preciosa si no fuera porque entrar en un deportivo no ha dejado de ser incómodo y ridículo por mucho que hayan cambiado las circunstancias y su ex y Jorge nos estén mirando y queramos darle un punto de sofisticación... De hecho, tropiezo al entrar y me doy en la cabeza con el techo del coche. Oigo los susurros de Jorge y afortunadamente, Marco, que tiene experiencia en salir airoso de las situaciones ridículas, me hace volver hacia él y me sujeta la cabeza para besar mi frente con una delicadeza desmedida. No puedo evitar sonreírle y dejar que haga lo que quiera. Tiene carisma este hombre, no sé si son así todos los italianos o éste en particular, pero con esa mirada cálida una se dejaría hacer cualquier cosa. Es como hipnótica. Marco es como el protagonista de una de esas películas de vampiros, que te miran y ya te tienen en la palma de la mano, te hipnotizan con los ojos.

Finalmente entro en el coche y me siento, y no puedo evitar echar una mirada rápida a Jorge e Isabella, que echa chispas por los ojos tras ver la escena.

– Creo que no les ha gustado mucho... –reconozco en voz alta lo que ambos estamos pensando.

– No, pero era lo que pretendíamos, ¿verdad?

– Tal vez –admito con una sonrisa.

– Conociendo a Isabella intentará seducir a Jorge para restregármelo cada vez que lo vea.

Sus palabras hacen que mi ceño se frunza y lo mire confusa.

– ¿Crees que lo ha hecho ya?

– No, pero no tardará, la conozco muy bien, siempre que se enfada conmigo se folla a un amigo o a alguien que no me gusta –admite mientras dirige su deportivo hacia la Gran Vía.

– Pero apenas conoces a Jorge.

– Sí, pero ella debe pensar que le odio por haberme jodido el negocio.

– ¿Y no es así?

– No tengo nada personal contra él. Sin embargo creo que tú sí.

– En absoluto –me defiende rápidamente.

Él sonríe y no me gusta que lo haga, es como si supiera todo de mí sin conocerme. Y no me gusta que se me note todo tanto.

– ¿En serio?

– Antes trabajábamos juntos... –dejo caer mirando hacia mi lado de la ventanilla tras revelar esa información.

– ¿Mucho tiempo?

– Demasiado –digo escuetamente.

– ¿Hubo algo entre vosotros?

– ¡Claro que no! Es un imbécil, me odia, sólo me hacía la vida imposible, por eso me fui de la agencia. Y yo también le odio.

– Pues no te mira como si te odiara...

Yo le miro boquiabierto y niego con la cabeza.

– Claro que nos odiamos, está clarísimo.

– Te aseguro que reconozco una mirada de deseo en cuanto la veo.

Vuelvo a negar con la cabeza y pongo los ojos en blanco.

– Estaría mirando a Isabella.

– ¿Tú también mirabas a Isabella?

– ¿Cómo?

– También mirabas a Jorge con deseo –aclara y yo me quedo sin palabras por un momento, cosa rara en mí.

– Pues mira por donde te miraba a ti –aseguro porque jamás podría mirar con deseo a Jorge. Marco debe haberse confundido.

Marco detiene el coche en seco y gira lentamente su cabeza con una sonrisa.

Me quedo mirándolo con una premonición de lo que va a ocurrir en el hotel...

– Hemos llegado.

Giro la cabeza y veo las columnas de la entrada del hotel de lujo en el que dormimos anoche.

Yo podría haberme quedado en mi casa, pero él insistió en que nos alojáramos juntos, y no hay nada que me guste más que alojarme en un hotel de cinco estrellas y no pagar nada. Pero lo que más me gusta es el buffet del desayuno. En mi vida había visto algo así... Cómo negarme a eso, y a su sonrisa...

Cuando bajo del deportivo de Marco con más dificultad que la que encontré para entrar, veo a Jorge frente a mí, mirándome boquiabierto junto a Isabella. Entonces veo que ella también me mira, aunque frunciendo el ceño. Y me doy cuenta de que para salir se me deben haber visto hasta las anginas desde el bajo de la falda que se me ha subido al arrastrarme por el asiento.

– Tendría que haber traído un vestido –expongo mis pensamientos en voz alta y Marco me dedica otra sonrisa.

– Eso se puede arreglar –dice descolgando el teléfono para llamar a su secretaria y pedirle un vestido negro de mi talla.

No entiendo cómo puede saber mi talla, debe ser que los italianos saben de moda, o saben de cuerpos, o de ropa. Aunque éste en concreto me parece que sabe más de quitarla.

– Seguro que sacaste buenas notas en anatomía... –digo riendo cuando pasamos por delante de Isabella y Jorge, que están esperando aún a que el botones descargue todas las maletas que lleva esa mujer.

– Todo lo que sabe de anatomía lo aprendió de mí –susurra Isabella tras mi comentario.

– De ti aprendí también lo que es la traición.

Jorge acaricia el hombro de Isabella y ella se calma al instante dedicándole una sonrisa.

Marco tira de mí agarrándome de la cintura y sobándome, cosa que hago yo también, no sé por qué, sólo porque esos dos me dan mucha rabia.

– ¿Cómo se habrá enterado de que nos alojamos aquí? –me pregunta Marco y yo ya sé qué ocurre.

– Jorge es como el pequeño Nicolás, está en todo y se entera de todo –digo sin soltar a Marco, aunque él se ha relajado en su abrazo porque Isabella ya no nos ve en el interior del hotel.

– ¿Quién es el pequeño Nicolás?

– Cosas que sólo pasan en España... Pero imagino que habrá cogido la habitación de al lado o alguna mierda así. Lo conozco.

– ¿Jorge o Nicolás? –dice sin entender nada pero riéndose.

– Jorge, y abrázame que vienen por ahí –le recomiendo al ver por el rabillo del ojo cómo entran rodeados de personal llevando maletas y adulándolos como si fueran de la nobleza del siglo XVIII...

Marco pone los ojos en blanco y niega resoplando.

– Le encanta que la traten como a una princesa... No la soporto.

– Entonces Jorge le va como anillo al dedo. No sé cómo se las arregla para conseguir siempre

todas esas cosas.

Marco tira de mi brazo y me hace quedar frente a él delante del ascensor. Me mira con unos ojos intensos y cálidos y me dice:

– ¿Quieres seguirme el juego?

Imagino de qué va esto y asiento, no sé por qué, sin la capacidad de hablar, son esos ojos.

Él me atrae con fuerza hacia su cuerpo, sujetándome con una mano la espalda y con la otra el cuello... Un gemido sale de mi garganta por el impacto y él aprovecha que abro la boca para meterme la lengua hasta la campanilla. Desliza su lengua por la mía una y otra vez con una dulzura que se contradice con su abrazo posesivo y duro. Siento las miradas de todos, especialmente la de Jorge y la de Isabella clavadas en nosotros, a pesar de tener los ojos cerrados... Tan intensas son esas miradas de rabia de esos dos.

El ascensor se abre y tardamos unos segundos en percatarnos de ello, pero antes de que se cierren las puertas doradas de nuevo, él detiene su beso y entramos con rapidez, como si fuéramos a continuar lo que estábamos haciendo en el interior del ascensor, y en la habitación, posteriormente.

– Creo que les ha quedado claro... –reconozco satisfecha rompiendo el silencio.

Marco no dice nada, sigue mirándome, con la boca abierta frente a mí, apoyando su cuerpo en la pared del ascensor.

– A mí también me lo parece.

Últimamente me quedo sin palabras muy a menudo, cosa rara en mí.

Él se acerca y dejo que me vuelva a besar, y él deja que lo apriete contra mi cuerpo mientras me lleva hasta la barra que hay detrás de mi trasero y me sube encima para abrirme las piernas. Las puertas del ascensor se abren y vemos a Jorge e Isabella abriendo las dos habitaciones contiguas a las nuestras.

– El pequeño Nicolás –es lo único que se me ocurre decir tras abrirse la puerta y verles, mientras Marco aún sigue entre mis piernas.

– Y la bruja.

– Están viendo porno en streaming y sin pagar la suscripción –afirmo bajando de donde me había subido Marco, básicamente para dejar de tenerlo entre las piernas y poder bajar la falda.

Creo que Marco está pensando lo mismo que yo, ni planeándolo habría salido tan bien.

Jorge se acerca y nos damos cuenta sólo cuando está frente a mí, porque la moqueta que hay en el pasillo ha amortiguado los sonidos de sus zapatos.

– ¿Puedo pasar? Tengo que bajar a por mi maleta...

Yo ya tengo los pies en el suelo, afortunadamente, y Marco sonrío y me tiende la mano para que le acompañe.

– Sei cattivo –dice Isabella cuando pasamos por delante de ella.

Marco no le dedica ni una mirada, haciéndome entrar en su habitación como si no pudiera esperar ni un segundo para empotrarme contra la pared.

– ¿Sigues creyendo que Jorge te odia? –me pregunta Marco caminando hacia el mueble-bar de su suite. Yo todavía estoy intentando comprender qué ha pasado cuando proceso su pregunta apoyada en la puerta.

– Parecía enfadado, como cuando trabajábamos juntos. Debe estarlo porque no ha conseguido que su clienta compre la totalidad de la propiedad y se ha quedado sin la comisión del banco.

– Diría que eso es lo que menos le importa –asegura sirviendo un martini en una copa que me ofrece tendiendo la mano hacia mí para que me acerque.

Me bebo el contenido de la copa en un santiamén y se la devuelvo mientras él me mira atónito.

– No quiero hablar de Jorge.

– Me parece buena idea –dice sirviéndose una copa para sí mismo.

Él tarda poco más que yo en acabarla mientras me mira con una sonrisa. Hay que reconocer que sabe posar, siempre está impresionante. Espero no haber suspirado mientras pensaba esto último...

Se acerca como un felino tras dejar su copa. Yo soy incapaz de moverme. Tengo tantas ganas como él de saber qué pasará, cómo será.

Cuando está a un centímetro de mí, más o menos, porque ahora no tengo un metro a mano, empieza a desabotonar la blusa que no debería llevar, si lo sé me pongo un vestido... Porque después de ver a Isabella, Jorge habrá pensado... Un momento, ¡a mí me da igual lo que piense Jorge...!

– ¿Quién demonios será? –pregunta Marco interrumpiendo el momento íntimo.

No me había dado cuenta de que alguien había llamado a la puerta hasta que él la abre dejándome en medio de la habitación con la blusa abierta hasta la mitad.

Marco sale corriendo tras escuchar lo que el botones le dice y yo me quedo mirando la escena boquiabierto cuando de pronto veo pasar a Jorge, que se queda clavado en la moqueta del pasillo.

– ¿Tengo monos en la cara?

Él no dice una palabra, sólo niega con la cabeza mientras paso por delante de él intentando taparme, porque yo no soy como él, al que no le importa estar desnudo si entro en su habitación.

– ¿Os han interrumpido? –pregunta a mi espalda cuando he alcanzado al fin la puerta de mi habitación, aunque es la de al lado.

Giro lentamente la cabeza, como la niña del exorcista, qué difícil es pronunciar esa palabra para una persona de ascendencia andaluza..., pienso conteniendo mi enfado.

– Has sido tú –afirmo, no pregunto.

– ¿Yo? –dice con una sonrisa que le delata totalmente.

– Eres un manipulador –le acuso volviéndome hacia él–. Y un liante.

– Nunca he dicho que no lo sea –admite con toda la cara del mundo antes de deslizar su mirada hacia mi escote.

– No me vas a amedrentar con tus miraditas de idiota –le aseguro alzando la cabeza con toda la dignidad de alguien que lleva la blusa abierta hasta el ombligo e intenta taparse sujetando los

bordes en el centro del escote.

En ese momento sale de una habitación un hombre que podría ser mi abuelo y nieto con la cabeza antes de meterme en mi habitación, conteniéndome para no darle una paliza a Jorge, porque ahora hay testigos.

– No se fie de él –le advierto al señor, que me mira negando con la cabeza–. Es todo un personaje –añado ante el silencio del hombre, que vuelve a negar acercando su espalda a la pared del pasillo para alejarse de mí y llegar sano y salvo hasta el ascensor.

– Disculpe a la señorita, tiene problemas mentales, pero no es peligrosa –le asegura riendo al final.

El caballero acaba yéndose prácticamente corriendo y ni siquiera espera al ascensor, sino que abre la puerta de emergencia para bajar por las escaleras.

– Lo has asustado –le reprocho.

– Lo has asustado tú.

– Aquí el único que tiene problemas mentales eres tú, pequeño Nicolás... O debería llamarte pequeño Jorge...

– El pequeño Jorge está descansando, y ya sabes que no es tan pequeño –responde haciendo referencia a lo que ya he visto en su cuerpo y de lo que no puedo negar que realmente sea grande.

Ahora sí que me he quedado sin palabras, porque las imágenes de él desnudo en la habitación de aquel hostel me llenan la cabeza hasta invadir cada pensamiento.

Doy un paso atrás e intento encontrar el pomo de la puerta para comprobar, y recordar, que va con una tarjeta que debería buscar en mi bolso, el cual está en la habitación de Marco, la cual está cerrada...

Jorge me mira complacido, sabiendo lo que estoy pensando y lo que me acaba de ocurrir.

– ¿Algún problema?

– ¿Qué has hecho con Marco?

– Yo soy completamente inocente, pero si quieres puedes esperararlo en mi habitación... O puedes esperararlo en el pasillo, aunque te recomiendo que te abotones la blusa antes...

– No sé qué pretendes, pero no vas a conseguir robarme ninguna información aunque acepte entrar en tu habitación.

Él me mira alzando las cejas y después se encoge de hombros aceptando mi propuesta.

– No sé qué información... Pero pasa, no te quedes ahí –me invita abriendo su puerta con la tarjeta. Si yo tuviera la mía...., pienso exhalando un suspiro, lo mandarí a la mierda tan rápido como se ha ido el abuelo de antes por las escaleras.

– ¿A dónde lo has hecho ir?

– Yo soy completamente inocente, pero de haber recibido una noticia así, habría actuado con más calma y te habría llevado a tu habitación, incluso habría dedicado más tiempo a terminar lo que estaba haciendo –acaba diciendo cuando entra en el baño, y no sé si lo he escuchado bien.

– ¿Cómo?

No me responde, creo que está fingiendo que no me ha oído, por eso me acerco hasta la puerta del baño, para repetírselo y que no pueda seguir fingiendo que no me oye.

– ¿Qué quieres de mí? –pregunta quitándose la camisa y enseñándome por segunda vez su torso firme y suave. No sé si se depila o es que no tiene pelo, pero me dan ganas de pasar la mano por su piel para comprobarlo.

– No quiero nada de ti, bueno, tal vez que desaparezcas de mi vida, no verte más, ya sabes. Es que hay una cosa que no entiendo, y es: Cómo puede ser que me vaya a otra agencia para no verte, ¡y vuelva a verte!

– Eso es muy feo Celeste –dice con un tono de riña acercándose a mí con la toalla en el hombro.

– ¿Qué haces? Creo que mejor espero fuera a que vuelva Marco.

– ¿Acaso me tienes miedo?

– Miedo no es la palabra –respondo alzando las cejas y asintiendo con la cabeza.

– ¿Deseo? –pregunta ahora y entonces sí me asusto, no sé qué pretende, pero no va a conseguir sonsacarme ninguna información sobre los planes de Marco con el pazo, con esta técnica de acoso y derribo que está usando.

– Frío, más bien lo contrario al deseo –aseguro saliendo del baño tan rápido como puedo.

– Voy a ducharme, no mires –dice sacando la cabeza del baño para comprobar que no le miro desnudo.

Yo emito unos quejidos tales como “Uf” y “Arg” y lo oigo reír desde la cama, donde me he sentado para soportar mejor la espera hasta que por fin regrese Marco del lugar donde el idiota de Jorge lo ha enviado. Encima no tengo siquiera el móvil, porque está dentro del bolso, el cual está en su habitación. No me puedo identificar en la recepción para coger otra copia de la tarjeta, no puedo hacer más que esperar aquí acostada, con ganas de llorar. Y por si fuera poco me aburro.

Jorge no tarda en aparecer de nuevo por la habitación, paseándose con una toalla en la cintura para tapar sus partes nobles mientras empieza a desenvolver sus cosas de la maleta abierta sobre uno de los sofás. Como no he encontrado el mando de la tele me dedico a mirar lo que hace, como si estuviera viendo una película. Él actúa como si no estuviera presente hasta que de pronto dice:

– Tu subconsciente te traiciona.

– ¿Qué?

– Has ido directamente a la cama –explica deteniéndose con dos camisas perfectamente dobladas en las manos.

– Los sillones están ocupados por tus cosas.

– Podrías haber bajado la maleta al suelo...

– Si lo hubiera pensado lo habría hecho, idiota.

– ¿Por qué tanto insulto? –pregunta dejando las camisas en el interior del armario vacío y acercándose a mí para sentarse en el borde de la cama.

Me mira de una forma extraña y yo echo la cabeza hacia atrás.

– No sé qué te pasa, si el aire puro de Galicia te ha afectado a la cabeza o simplemente te estás volviendo loco, pero haces cosas muy raras, y con ello no vas a conseguir sonsacarme nada sobre Marco.

– Entendido, no te preguntaré nada sobre él –dice levantándose de la cama.

Yo también me levanto y busco el mando del televisor, porque me aburro ya de ver a Jorge andar de aquí para allá.

– Lo que buscas está debajo de la toalla –me dice con una sonrisa y mis ojos van directamente a la toalla que tapa sus partes...

Él empieza a reír y sé que me estaba tomando el pelo cuando levanta otra toalla, la que hay en la mesa, y descubre el mando del televisor bajo ella.

Yo estoy empezando a dudar sobre si lee la mente, porque era eso lo que estaba buscando, pero es que además también estaba pensando en el doble sentido de lo que ha dicho...

– ¿Dónde has enviado a Marco?

– Ya te lo he dicho, soy completamente inocente.

– ¡Pero si tienes la palabra culpable escrita en la frente! No se puede ser más culpable que tú –le espeto cogiendo el mando cuando él también dirige su mano hacia él y roza la mía.

– Últimamente te quedas sin palabras muy a menudo, a ver si estás enfermita –dice alzando la mano hasta mi frente y comprobando que no tengo fiebre–. Mi madre comprobaba la fiebre con los labios –dice sin dejarme tiempo a pensar en lo que dice y dándome un beso en la frente que dura unos segundos–. Parece que estás bien –afirma todavía sujetándose la cabeza con las manos y clavando sus ojos verdes en los míos.

– Estás loco –diagnostico sin ninguna duda, pero incapaz de separarme de él.

– Un poco –reconoce bajando sus ojos a mis labios, que abro temblando, no sé por qué.

Los gritos de una italiana entrando en la habitación de Jorge nos interrumpen y ella me mira de arriba abajo pensando Dios sabe qué...

– ¿Qué ha pasado? –pregunta Jorge soltándose la cara y con el tono de voz que emplearía en un salón inglés del siglo XIX para hablar del tiempo mientras está tomando el té.

– ¡Marco me ha acusado de rayarle el coche!

Yo miro inmediatamente a Jorge con los ojos muy abiertos. Lo ha hecho él, no cabe la menor duda, es que ni siquiera se sorprende. Ni finge hacerlo.

– Celeste hablará con él y lo arreglará todo.

– ¿Yo?

– Tú le calmarás.

– No no no, ella no –dice Isabella cerrando de nuevo la puerta.

– Yo quiero mi tarjeta –le grito saliendo detrás de ella.

Jorge me sigue y Marco nos ve salir de la habitación de Jorge y nos mira confuso.

– ¿Qué estabais haciendo? –pregunta Marco boquiabierto.

– Un trío –responde Jorge y yo niego sin decir nada y entro en la habitación de Marco para coger mi bolso rápidamente y entrar en mi habitación.

El problema es que pensarlo es más fácil que hacerlo, y con los nervios se me cae el bolso en medio del pasillo y sigo sin encontrar la tarjeta. Todas mis pertenencias básicas se han esparcido por el suelo, incluido un consolador que me regalaron mis amigas por mi cumpleaños, que ha sido hace poco y se me olvidó sacarlo de ahí..., y que casualmente ha salido rodando hasta llegar a los pies de Jorge, y todos han seguido con la vista fija en él mientras rodaba por el suelo.

En mi vida he pasado más vergüenza.

– Interesante lo que una mujer lleva en su bolso... –dice Jorge agachándose para cogerlo.

– Fue un regalo de cumpleaños –explico con la cara roja como un tomate, porque aunque no tengo un espejo para comprobarlo sé que es así.

– A mí no me regalan esas cosas, yo las tengo de forma natural –agrega Isabella alzando la barbilla tras echar una mirada a Jorge que nos da a entender a todos que se lo ha follado.

– A lo mejor es que ningún hombre tiene energía suficiente para satisfacerme –respondo guardando el objeto de la discordia en mi bolso tras quitárselo a Jorge de las manos y buscando la tarjeta.

– Entonces deberías buscarte otro más joven, que sepa cumplir... –dice mirando a Jorge.

Yo no me quería meter en este tipo de conversaciones, no sé ni por qué he dicho lo que he dicho.

– A lo mejor ya no necesito este juguete –añado sin dejar de buscar en el bolso, sin mirar a ninguno de los presentes, pero dando a entender que entre Marco y yo hay algo-. ¡Aquí está! –digo sacando la tarjeta al fin del lío que tengo en el interior del bolso.

Supongo que Isabella iba a responder alguna grosería sobre mí o sobre Marco, pero al fin meto la tarjeta y cierro la puerta, tan rápidamente que no doy tiempo a réplicas.

Capítulo 6.

Rocío no me deja hablar y como he vuelto al hostel con Marco, en su coche, no he podido mandarle los típicos audios de cinco minutos para explicárselo todo. Contener todo lo que tengo que soltar por mi boca es horrible. Han sido demasiadas horas conteniendo y me siento mal, físicamente incluso. Así que estoy sentada en uno de los sofás de la recepción mientras Rocío suelta todo lo que le ha pasado sin dejarme margen para abrir la boca. Lo que hace que me sienta peor.

– Nico me llamó, vaya capullo, tía, me dijo que no me enamorara cuando le conocí, y ayer me dice que me follé a 300 después de él. ¡Y me lo echa en cara!

– ¿Y qué le dijiste? –pregunto intentando centrar mi vista y mi cabeza en el suelo.

– Que creía que estábamos en Esparta, ¿qué le iba a decir? Ante preguntas estúpidas no puedo ser razonable. Y le colgué... –asegura enfadada-. Pero... sí, me follé a los 300 –acaba su relato riendo-. Vaya tela...

José, desde la recepción, la mira boquiabierto y yo le dirijo una mirada de advertencia. Aunque el pobre muchacho no va a decir nada, debe estar flipándolo.

Tengo que sacar a esta mujer de aquí...

– Pues yo también tengo que contarte algunas cosas, pero será mejor subir a la habitación, porque eso sí tiene tela marinera.

La empujo hacia arriba por las escaleras cuando me doy cuenta de que hay alguien más en recepción y ha escuchado todo lo que hemos dicho, bueno lo que ha dicho Rocío.

– Pero, ¿que... –intenta preguntar ella cuando se da cuenta de que Carlos está apoyado en la pared y se despega de ella cuando Manolo sale del restaurante del hostel, que al fin está abierto.

Rocío consiente que la siga empujando hacia la habitación donde le explico todo lo que ha pasado en los dos días que hemos estado en Madrid.

Tras una explicación concienzuda de media hora, con flashbacks incluidos en mi relato, con idas de olla repentinas, gemidos y gritos, acabo tomando aire y esperando a que me dé su veredicto, su opinión.

– ¡Qué fuerte! –responde ella al fin.

No esperaba una respuesta distinta, pero necesito más.

– ¿Qué te parece?

– Pues que no me has explicado cómo la tiene Jorge... Eso me parece.

– Eso es lo de menos, ni siquiera me fijé.

– Eres mala, me dices que le viste desnudo y no me cuentas esos detalles –me acusa sentándose en el borde de la cama.

– Está bien, la tiene... Es grande... No tiene ninguna relevancia.

– Eso lo dirás tú, creo que lo veré con otros ojos a partir de ahora.

Y yo, pero no se lo voy a decir. De hecho esa información me está matando, esa imagen, saber

que guarda eso ahí...

– De todas formas mañana volvemos a Madrid y se acabó la historia.

– Con lo divertido que ha sido –dice resignada–. A lo mejor podemos continuar mis mini-vacaciones en otro sitio. Podríamos ir al sur a comer tapas, o ir por el norte bebiendo sidra y comiendo pinchos...

– Yo creo que lo que tienes es hambre –respondo riendo, aunque es buena idea.

– ¡Y no sabes cuánta! Que después de “los 300”, ha habido una sequía...

Un ruido al otro lado de la puerta del baño nos alerta de que hay alguien ahí.

Me dirijo con pasos firmes y decididos hasta la puerta y la abro de golpe para sorprender a Jorge, pero al abrirla no está ahí.

– Vaya, qué raro..., pensaba que...

– Aquí pasan cosas muy raras, anoche oía unos ruidos..., y por más que miré por todas partes no vi nada. Llegué a pensar que había alguna rata. Aunque pueden ser las vigas de madera que crujen... Como no estoy acostumbrada a estos sitios tan antiguos.

– ¿Ratas? –pregunto con los ojos abiertos de par en par.

– Será mejor que hablemos con José, o mejor con su madre, que ya ha abierto el restaurante, debe estar allí.

Mientras bajamos de nuevo para hablar sobre ratas, vemos una, una bien gorda, Jorge.

– He aquí una bien gorda –digo trasladando mis pensamientos a Rocío, que me mira boquiabierta.

– ¿También la tiene gorda?

– Quería decir una rata, que todo hay que explicarlo.

– Madre mía, pues especifica, que con el hambre que hay lo primero es pensar mal, chica.

– Señoritas... –dice él pasando a nuestro lado por la estrecha escalera y rozándome al pasar. Se podría haber esperado abajo al vernos bajar, pero el muy idiota sólo quiere incomodar a la gente. Incluso se detiene para molestarme más tiempo del necesario.

– ¿Quieres apartarte?

– Es que ocupas todo con esas tetas que tienes, no puedo pasar.

Oigo a Rocío emitir unos sonidos, creo que se está riendo, pero no me giro para comprobarlo, estoy echándole una mirada de odio a Jorge y una maldición gitana incluida. Y no quiero interrumpir ninguna de esas acciones.

– Cuando trabajemos juntos en el pazo no tendremos tantos problemas, porque las escaleras son más amplias.

– ¿Trabajar juntos? –ahora sí que me ha sorprendido.

– Estoy deseándolo.

– Yo mañana me voy, he cumplido con mi trabajo –le aseguro–. Y no volveremos a vernos

más, a no ser que coincidamos casualmente en Madrid, pero es muy grande y yo uso más el metro, así que lo veo poco probable –digo pensando en voz alta todas las tonterías que se me ocurren mientras miro al vacío, calculando en porcentajes las probabilidades que hay de que nos encontremos.

– Habla con tu jefe.

– ¿Cómo?

Jorge no responde a mi pregunta, sino que entonces me deja libre el paso para poder bajar por la angosta escalera, no sin rozarse con todo el culo, porque me he girado para que no me tocara ni me mirara, pero al final lo ha hecho. Ha conseguido molestarme al final, siempre lo hace.

Rocío me sigue escalera abajo sin decir una palabra. Y yo intento analizar lo que ha dicho Jorge.

– Creo que le gustas, y mucho –dice cuando ya no oímos los pasos de Jorge.

– Creo que es como un torturador, simplemente disfruta jodiendo al personal. Voy a llamar a mi jefe, tú pregunta lo de las ratas.

– Ni de coña, que le den por culo a las ratas, yo quiero la info en streaming.

Me veo obligada a salir al aparcamiento y llamar a Jaime Ortiz in situ, un poco alterada y con la mirada expectante de Rocío sobre mí.

– ¡¿Cómo?! –exclamo en un tono más agudo de lo normal–. Señor Ortiz, es que tengo algunos problemas personales, ya sabe, lo que le conté –digo bajando ahora el tono a modo de confidencia–. No sé si se acuerda.

Él me responde que se acuerda de todas y cada una de las historias que le cuento, pero que Marco ha pedido expresamente que me encargue yo de todo.

– Pero yo soy comercial, no me he encargado nunca de ese tipo de cosas, además, pensaba que un tipo como él buscaría una empresa más... “especializada”...

El señor Ortiz me echa la charla sobre hablar así de su empresa, sobre que esto le dará caché a Inversiones Ortiz, y sobre mi problema de incontinencia verbal. Además de sugerir al final un aumento si sale bien, cosa que me convence y me hace claudicar, cambiando el tono de voz a uno súper alegre.

– Claro, señor Ortiz, tiene toda la razón. Esto va a impulsar la empresa, seremos referentes a nivel nacional, incluso podríamos atraer la inversión extranjera...

Él me cuelga y me quedo mirando a Rocío muy confusa.

– Creo que me ha liado.

– Bueno, es el mayor liante, por eso es el jefe de todos los liantes.

– Pues también es verdad –admito resignada.

Marco regresa con su deportivo rojo, que siempre impresiona cuando llega a cualquier sitio, sea ciudad o sea campo, y a Rocío y a mí por poco se nos cae la baba.

– He hablado hace poco con tu jefe –dice él cerrando la puerta y caminando hacia mí, y entonces me pregunto cómo se había enterado Jorge de todo. ¿Tal vez conozca a alguien en la

agencia donde trabajo? Porque si no, la otra opción es que tenga poderes, y eso, unido a los inexplicables ruidos que hay en el hostel, podría quitarnos el sueño esta noche. Es posible que sea capaz de leer el pensamiento, eso explicaría por qué es tan bueno como comercial, eso explicaría muchas cosas. Tal vez me haya leído el pensamiento y por eso se ha acercado tanto a mí en la escalera, hace unos momentos, porque sabe que por alguna razón me acuerdo a cada instante de cómo es su cuerpo desnudo, de cómo la tiene. ¡Qué cabrón! Es un jodido brujo. A saber si hace rituales de esos con heavy metal y gira los discos al revés para hacer invocaciones.

– Hay que averiguar si Jorge tiene un tocadiscos –digo en voz alta, y Rocío y Marco me miran frunciendo el ceño.

Marco e Isabella coinciden en el aparcamiento del pazo, bueno, en la zona más despejada que hace las veces de aparcamiento, porque el lugar está invadido por la naturaleza. Yo me asomo desde el interior del edificio, por una de las ventanas y veo que ha traído también a Jorge... A saber las que quieren liarnos esos dos, con lo tranquilos que habíamos estado durante la mañana reunidos con el arquitecto y los concejales. Conociendo a Jorge, seguro que se opone a todo lo que hemos planeado, y conociendo a Isabella..., también. Sólo quieren llevar la contraria, no piensan más allá de eso, y es muy difícil negociar nada con gente así, gente que no quiere escuchar ni propone tampoco nada, ya estoy saturada de cuando trabajaba con Jorge...

Recuerdo una vez que le propuse al jefe cambiar los turnos de oficina para reducir gastos, y Jorge se opuso, como siempre. Aunque esa era la excusa que le di al jefe, en realidad con esos cambios de turnos me iba a librar de coincidir con Jorge... Pero él siempre se oponía a todo lo que yo decía, incluso a lo que decía alguna compañera mía que sabía que se llevaba bien conmigo. El caso era llevar la contraria. Y ahora está ahí plantado con Isabella, asintiendo a todo lo que dice ella, que desde mi posición no consigo escuchar, pero seguro que están mareando al pobre Marco... Tal vez debería salir y ayudarlo a lidiar con esos dos.

De hecho, lo hago. Salgo airada por la doble puerta y oigo cómo Isabella habla en italiano mientras Jorge asiente, como si la entendiera, aunque conociéndolo habrá aprendido para hacerle la pelota...

– No, ya hemos hablado con todos, no va a haber ningún cambio –le responde Marco y se gira cuando oye mis pasos.

– ¿Algún problema? –pregunto mirando directamente a Jorge, porque sé que es el causante de todos ellos.

– No, querida –responde Marco y me atrapa entre sus brazos demostrando que lo nuestro es algo “oficial”.

Entonces Isabella ataca con todo lo que tiene y agarra a Jorge por el cuello y le planta los labios en los suyos. No creo que Jorge se lo esperara, porque ha puesto una cara... Yo miro a Marco boquiabierto y él pone los ojos en blanco, no debe ser la primera vez que hace algo así...

– Pues si todo está correcto yo voy a recoger el papeleo y nos vamos –le digo a Marco con una sonrisa ignorando a esos dos.

Sin embargo, mientras camino hacia el edificio y pienso en los labios de Jorge tocando los de esa mujer despampanante, pienso que el vestido que llevo puesto y que muestra mis encantos más que ayer, no es lo suficientemente provocativo, necesito algo más duro, contundente, y todavía no sé por qué. El problema es que esto no es el Caribe y aquí empieza a hacer un frío que te cagas a

partir de cierta hora del día...

Y a pesar del frío sé que en cuanto llegue al hostel voy a buscar lo más sexy que tenga y me lo voy a plantar mañana.

– Señoritas –dice Manolo porque nos topamos con él de frente al salir del bar del pueblo. Esos dos no saben dónde meterse cada vez que nos ven, sobre todo si vamos juntas.

– Señores agentes –responde Rocío enseñando todos los dientes y dando un repaso a Carlos, que se pone rojo como la grana al verla. Deduzco que ha pasado algo mientras he estado en Madrid, pero lo mismo son imaginaciones mías.

– ¿Qué ha pasado en mi ausencia? –inquiero en cuanto el hombre se aleja lo justo para que no nos oiga.

– Nada, que siempre me pilla hablando de guarradas. Y aunque va de duro, ya sabes.

– Guarradas, ¿con quién ahora?

– Con uno que está en Madrid, nada del otro mundo, es que paso hambre en este pueblo... – dice mirando alrededor-. Sé que vine a desconectar, pero no soy de piedra –intenta justificar.

– Bueno, no has hecho una promesa de celibato, haz lo que te apetezca.

– Pero quería aprender a mantener la calma, ya sabes...

– Sí –admito ensimismada bajo mis propios pensamientos-, pero demasiada calma...

– Sí –dice alargando la “I” pensativa y mirando a su alrededor, porque en estas zonas en cuanto anochece no hay tanta vidilla como en Madrid o el sur.

Sin embargo cuando vamos a subir al coche vemos que empieza a entrar cada vez más gente en el bar.

Nos miramos frunciendo el ceño y consideramos la opción de volver. Hasta que veo a Jorge entrar y cambio de opinión.

– Espera, no tengo ganas de verlo otra vez, ya lo he visto bastante.

– Sí que lo has visto bastante –responde riendo, aludiendo claramente a cuando lo vi desnudo. Yo resoplo poniendo los ojos en blanco como respuesta.

Al día siguiente decido trasladarme al pazo aunque esté en obras. Por dos razones: así estaré al tanto de todo lo que ocurra y, en segundo lugar, podré dejar de dormir en la habitación contigua a Jorge, el cual he encontrado esta noche dos veces en el baño. Creo que lo hace aposta para ponerme nerviosa.

Y aquí estoy con mis maletas, en el vestíbulo, pensando dónde me instalo.

– Bienvenida a casa –dice Jorge desde lo alto de la enorme escalera central.

– ¿Qué haces aquí? –pregunto atónita al ver que va vestido con un pijama.

– Lo mismo que tú, ahorrar. Teniendo este palacio tan bonito no voy a gastar en un hostel, porque esto puede durar meses.

– ¿Meses? –pregunto ahora con miedo en mis ojos al ver cómo baja las escaleras y se acerca a mí.

Y cuando está a mi altura dice:

– Muchos meses...

– Pero Isabella no tiene apenas nada aquí, sólo tiene que limitarse a volver a Italia y esperar a que le lleguen los beneficios, la mayor parte de la propiedad es de Marco, por eso estoy aquí.

– Isabella me ha contratado para que vigile que todo sale de acuerdo a sus intereses, además si crees que se va a ir y dejar todo esto en vuestras manos, estás muy equivocada.

Él se acerca más y niega con la cabeza.

– Yo creo que queréis arruinar a Marco y llevarme a mí por delante, no me gusta esto, Jorge, te estás pasando.

Él niega con la cabeza y me sonrío acercándose más a mí hasta que yo empiezo a dar pasos atrás y él entrecierra los ojos.

– ¿Por qué te has puesto tan sexy? ¿Es para Marco?

– ¿Acaso tú no haces lo mismo con Isabella? –sugiero alzando una ceja.

– No negaré nada, pero debo añadir –dice bajando el tono y acercándose a mi oreja izquierda–, que estás muy sexy... –y acaba dejando caer el aire sobre mi piel.

Y de pronto recuerdo su cuerpo desnudo y el pedazo de equipamiento que tiene entre las piernas, y no puedo ya pensar en otra cosa aunque se aleja hacia la desvencijada mesa central, a unos metros de mí.

– ¿Has elegido ya habitación? –pregunta Rocío, que acaba de bajar también sus maletas del coche y ha conseguido entrar con una de ellas.

– Están todas desnudas... Quiero decir, desamuebladas.

– Creo que nos vamos a sentir como okupas –acierta arrastrando la maleta, que es más grande que ella.

Entonces repara en Jorge y me mira confusa.

– Pensaba que estaríamos solas.

– Y yo, pero no lo puedo echar, el okupa es él en realidad.

– Conozco a unos tíos en Madrid que se las arreglan con este tipo de gente.

– Pásame el número que les “wasapeo”.

– Estoy presente –nos recuerda Jorge–. Y yo también conozco a unos tíos que se pueden encargar de unas chicas pesadas, de hecho estoy en el grupo, “Anticansinas y criticonas acosadoras de hombres”.

– No me lo creo porque es muy largo, y ninguna aplicación de mensajería aceptaría un nombre tan largo –le responde Rocío sacándole la lengua después.

Jorge pone los ojos en blanco mientras ella deja de hacerle caso y vuelve a tirar de la enorme maleta.

– Un caballero ayudaría a una dama con las cosas pesadas –digo yo y vuelve a pasar por mi mente una cosa pesada que tiene él y de lo que no quiero ni pensar ni hablar, pero es que no sé qué

me pasa últimamente. Tal vez debería llamar a Marco y acabar lo que empezamos como un juego para molestar a Isabella y a Jorge. Porque como tenga que estar mucho tiempo con este tío en este lugar... No sé qué será de mí, tal vez acabe tirándome por alguna de las ventanas y revalorice la propiedad haciendo del lugar un pazo encantado con una fantasma que estaba loca. La historia, seguramente la transformarían en un amor imposible o de desamor o un trío o cuarteto amoroso. Y con los años me recordarían como la loca que se suicidó en el pazo porque estaba enamorada de Jorge, y eso no puedo permitirlo, ¡no me pueden recordar así! Tengo que tirarme a Marco, ¡no por la ventana!

Y el objeto de mis pensamientos aparece, afortunadamente, tras la maleta de Rocío, y mi sonoro suspiro retumba en todo el pazo.

– Cómo nos gusta a los italianos que nos reciban así las mujeres –reconoce con una amplia sonrisa.

– Porque nosotras los recibimos así –dice Isabella a su espalda dándole un empujón para pasar con sus maletas de marca italiana y precio desorbitado.

– A mí también me gusta que me reciban así –dice Jorge a mi espalda y yo le empujo como respuesta.

– ¿Así...? Querido.

– Decía la forma española.

– Pues mira, hoy te ha tocado la italiana –le digo enseñando todos los dientes en una sonrisa falsa.

– Haya paz, y que alguien me ayude con esto –dice Rocío tirando de la maleta mientras Marco hace el movimiento de acercarse a ella.

Sin embargo aparece un hombre enorme bajo el marco de la puerta y Rocío se queda mirándolo desde su pequeña estatura con la boca abierta.

– No pensarán quedarse aquí... –dice él.

Y como si no pesara nada coge la maleta de Rocío y la lleva hasta la mesa que hay en el centro del vestíbulo.

– Señor agente, ¿puedo llamarle Carlos? –digo adelantándome a todos, que se han quedado mudos–. Le voy a explicar lo que ha ocurrido –bajo el tono a modo de confianza y él pone cara de horror–. Aquí se está cocinando algo, un círculo amoroso, comprende... Porque esa señora de allí es la ex-mujer del italiano, y como puede comprobar, tenemos que estar todos juntos porque si los dejamos solos se matan, no querrá que se maten entre ellos, ¿verdad? Aunque legalmente usted no tendría culpa alguna, moralmente... no puedo decir lo mismo –añado con los ojos cerrados y asintiendo con la cabeza–. Además, yo creo que cuanto más viajemos en coche por los caminos desde el hostel hasta aquí, más peligro representaremos para el resto de ciudadanos... ¿No cree que es mejor que estemos todos aquí sin movernos y sin molestar a nadie?

Carlos está pensando que mejor se hubiera quedado en el cuartel esta mañana, pero finalmente claudica y respira hondo.

– No me acordaba de lo cargante... –empieza a decir el agente.

Sin embargo Rocío se adelanta a mí y le acaricia el brazo como una caricatura de sí misma

agradeciéndole que haya llevado su maleta hasta el interior y halagándolo de una forma que al resto nos parece exagerada, pero necesaria, por supuesto. Porque este lugar no cumple ni medianamente las condiciones de habitabilidad. Para eso van a ser las obras, evidentemente. Pero como ninguno de nosotros quiere ceder terreno, pues aquí estamos. El tiempo que haga falta.

– No es nada, señorita –responde a las muestras de gratitud de Rocío, rojo como la grana.

– Es que es usted tan fuerte, y varonil y..., bueno, seguro que se lo dicen todas.

Yo no sé dónde meterme ahora mismo, incluso miro a Jorge y pienso en agarrarlo para ponerlo delante de mí para no ver esa escena, porque me está dando vergüenza esta mujer.

– Comprobaré en el ayuntamiento las condiciones del lugar... Hasta entonces pueden quedarse.

– Oh, gracias Carlos –dice Rocío ya tuteándolo–. Tenemos que invitarlo a cenar como agradecimiento –propone ella y el resto nos miramos pensando que ya si eso que lo invite ella o incluso ponemos nosotros el dinero y que se queden a solas, porque me parece que a ninguno le gustaría cenar con los demás, nos llevamos todos fatal, salvo Marco y yo, y bueno, Isabella y Jorge... Por supuesto.

– Claro, esta noche en el restaurante del hostel –propone Marco ante el silencio de todos.

– No podría aceptar una invitación a nada por dejarles hacer algo ilegal.

– Pero no es por dejarnos hacer nada ilegal –me adelanto yo–, es por ayudar a Rocío con la maleta.

– Y si me ayudas a subirla a la habitación –dice ella melosa–. Todos estos no vendrán a la cena.

El pobre hombre, que debe medir dos metros, se ha puesto más rojo todavía y se le oye hasta tragar saliva.

– No tienen por qué invitarme a nada –dice acercándose hasta la maleta para cogerla de nuevo y subirla ante la atenta mirada de todos.

Rocío nos sonrío y le sigue, dando dos pasos donde él da uno...

– Esto es lo más raro que he visto nunca –admite Marco mirando hacia la escalera por la que han desaparecido esos dos.

– Al menos nos podemos quedar y disfrutar de nuestra mutua compañía –resumo.

– Desde luego yo no pienso moverme de aquí –confirma Isabella alzando el mentón y dando pasos decididos hacia la escalera con sus tacones de quince centímetros.

Observo cómo la mira Jorge y me giro hacia Marco, que me dedica una sonrisa, tal vez está pensando lo mismo que yo, hay que seguir adelante con aquel plan de joderles aparentando que estamos juntos.

– ¿Has elegido habitación? –me pregunta él, y yo le devuelvo la sonrisa.

– Sí, la que esté al otro lado de donde estén esos dos –afirmo en un tono que seguro que ha podido escuchar Jorge–. O me saldrán más canas...

– ¿Canas? –pregunta Jorge, aunque nosotros no le estamos haciendo el menor caso desde que

ha subido Isabella detrás de Rocío y Carlos.

– Sé lo que ocurre, parezco más joven, lo comprendo –afirmo con autosuficiencia echando una mirada furtiva a Jorge.

– Porque vistes como una niña, pero yo he visto tu contrato y sé la edad que tienes –responde Jorge a mi espalda.

– No te soporto –digo alzando la vista al techo desesperada, y comprobando que el yeso está que se cae.

Niego harta de lo que todavía no hemos empezado, es decir, las obras, y decido subir y buscar alguna habitación con una cama que esté mínimamente decente para instalarme.

Una hora después un camión lleno de mobiliario, y de hombres fuertes, de los que podrían protagonizar una novela erótica, aparece en la entrada y empiezan a descargar un montón de cosas, que apreciamos desde nuestras ventanas. Rocío llega a mi habitación y la miro como si fuera una loca.

– ¿Qué has hecho con Carlos?

– Nada, sólo ha subido la maleta y se ha ido después, ya sabes cómo son los pueblerinos...

– Yo creo que está asustado... Es que esta mañana viniendo iba escuchando tus audios en el equipo del coche y estaban los dos en la carretera... Puede que hayan oído algo –confieso encogiéndome de hombros–. De hecho creo que han oído cuando has dicho que venías con tus cosas para acá para intentar guardar celibato. Por eso sabía Carlos que pensábamos instalarnos aquí.

– Yo te mato, ¡dos etapas y un subwoofer para escuchar cotilleos de amigas! ¡Se va a enterar todo el pueblo de lo que hacemos! –me reprocha y yo intento justificarme encogiéndome de hombros.

– Así tienen algo de qué hablar, que si no se aburren.

Ella resopla y gira la cabeza hacia la ventana para observar cómo esos hombres descargan todos los muebles y trastos que ha pedido Isabella. Y tras el camión aparece otro más, y vemos a Marco acercándose hasta él con una sonrisa.

– Bendito sea –susurra Rocío.

– Desde luego... Ojalá todos los clientes fueran así –digo en un suspiro apreciando la sensualidad que desprende.

– Es todo fachada –dice una voz masculina desde el pasillo.

– Jorge, no seas envidioso, ese hombre tiene algo que no tiene nadie más.

– Un deportivo rojo, yo también tengo uno.

– De lego, lo tenías en tu mesa, lo recuerdo de cuando trabajábamos juntos.

– No todo es de ese tamaño –deja caer y Rocío me mira boquiabierta.

Cuando se me ocurre la respuesta apropiada, tras volver a mi mente los recuerdos de su cuerpo desnudo, Jorge ya no está.

– Estamos muy mal para oír estas cosas –dice ella y yo me veo obligada a asentir–. Y no me

habías dicho nada sobre el tamaño –me reprocha.

– Tengo que seducir a Marco.

– No creo que te haga falta mucho esfuerzo... Y más si está Isabella por aquí rondando.

Me parece que tiene razón, de hecho me envía un beso con la mano desde abajo cuando repara en nosotras asomadas por la ventana.

– Hay que reconocer que tiene un polvo...

Ella asiente sin dejar de mirar hacia abajo, tal y como hago yo.

Jorge aparece también frente a los camiones y acaricia la cintura de Isabella, que no pierde un segundo en darse la vuelta y darle un morreo de película al pobre Jorge. Lo va a matar, ¿es que nadie se da cuenta de que no puede respirar?

– Dios mio, lo va a matar –pienso en voz alta–. Alguien debería parar esto.

– ¿Cómo? –pregunta Rocío, pero yo ya estoy en la puerta de la habitación cuando lo dice.

Y puede que haya dicho más cosas, pero no sé qué me pasa, estoy como movida por el fantasma del pazo, que no soy yo, es otra fantasma, que me lleva escaleras abajo y me hace cruzar el camino de grava hasta llegar a Marco. Gracias al fantasma al menos Isabella ha dejado de atosigar a Jorge y ambos empiezan a verme como si de una aparición se tratara. Y Marco, como era de esperar, no espera ni un segundo para meterme la lengua hasta la campanilla. Tal vez sobreactuamos un poco cuando me sujeta por la espalda y me mete la otra mano por el borde del escote y luego me acaricia el cuello mientras me besa como en una película... Y no sé qué nos da más placer, si el beso o saber que nos están mirando esos dos idiotas.

– Querida, sé que te gustan los jacuzzis, mañana tendremos instalado uno en nuestra habitación.

Yo intento recuperar el sentido después del apasionado beso y las palabras jacuzzi y habitación calan en mi cerebro entrando como una sinuosa serpiente.

– Jacuzzi –me limito a decir con ojos enamorados, no de Marco, sino de la bañera.

– Pasaremos momentos mágicos ahí dentro... –dice con una mirada oscura que seduciría a cualquiera, y en un tono más alto de lo que haría un amante real, pero no puede permitir que no nos oigan...

Asiento sin decir una palabra y rezando por ser fuerte y no girarme para mirar a Jorge e Isabella. Porque me está costando la vida no hacerlo.

Un hombre baja del camión con unas cajas de un aspecto más elegante, es decir cajas de cartón brillante. Marco abre una de ellas y me muestra lo que hay en su interior.

Se oyen bufidos y quejas más atrás, por parte de Isabella.

– A mí me regalaba vestidos mucho mejores –dice sin poder contenerse cuando saco de la caja el sexy minivestido.

– Es para la inauguración –explica Marco ignorando a Isabella y bajando sus gafas de sol para echarme una de sus miradas–, aunque te lo puedes poner antes, esta noche, si quieres –sugiere en un tono sensual que podría derretir el acero.

- Esta noche –repito con un suspiro, tal vez algo exagerado, sin dejar de mirarle a los ojos.
- Tenemos que invitar a Carlos, ya hemos quedado –recuerda Jorge apartándose de Isabella para acercarse a nosotros.
- Íbamos a enviar a Rocío –responde Marco sin dejar de clavarme la mirada. Tal vez sobreactuamos un poco, pero se lo merecen.
- Pero se puede sentir abrumado –interviene Jorge de nuevo.
- Yo paso de cenar otra vez con ese –le digo a Marco cogiendo el vestido de la caja.
- Cenaremos a solas, cariño –dice con un tono de voz meloso que sugiere que no sólo cenaremos.

Entonces me sujeta la cara con ambas manos dispuesto a darme otro de esos besos que dejan kao a una mujer.

- Por allí viene el alcalde –nos advierte Jorge interrumpiendo nuestro momento romántico.
- Yo me encargaré –adquiero la responsabilidad preparando mentalmente mi estrategia de no parar de hablar hasta que se canse–. Sólo tengo que ser yo misma –reconozco en voz alta y oigo la risa de Jorge a mi espalda–. Tú cállate, que aún recibes.
- Suena bien tu propuesta –asegura sugiriendo alguna guarrada que me hace refunfuñar, pero que a la vez me hace recordar lo que pasó en su habitación hace unos días.

Y también me recuerda cómo la tiene y cómo se le puso dura cuando le encontré desnudo días atrás. Me cuesta hasta tragar saliva y concentrarme en ser pesada y comerle la cabeza al alcalde para conseguir todos los permisos que necesitamos para convertir este lugar en un hotel de lujo. Algunas de las cosas que queremos hacer tal vez toquen demasiado la fachada, esto de lidiar con ricachones y políticos es más difícil de lo que había pensado, si al menos me ayudara Jorge... Pero creo que prefiere disfrutar viéndome sufrir, además Isabella no quiere que toquemos la fachada, por alguna razón, tal vez para oponerse a Marco, le gusta tal y como está.

Llevo todo el día pensando algo en lo que no había reparado antes: Jorge tiene un problema, problema mental, porque cuando entré en su habitación y lo encontré desnudo, se le empezó a poner dura y allí sólo estaba yo. Pero él me aborrece, tanto como yo a él, no tiene sentido. De hecho sigue haciendo cosas para molestarme. Cada vez que lo encuentro en alguna habitación o en la cocina hace alguna referencia a guarradas, sobre todo cuando estamos a solas, y mi mente me juega malas pasadas y no sé cómo mantener la calma en su presencia. Lo hace aposta para ponerme nerviosa y que no dé una.

Me he puesto el vestido que me ha regalado Marco, un vestido negro que une el escote en el ombligo. Y la espalda la une en el rabillo del culo... Resumen: voy a pasar frío. Cosa que me recuerda Jorge.

- Te vas a congelar.
- Me pondré una chaqueta.
- Ya estás helada –susurra a mi espalda mientras recojo todos los papeles que hay esparcidos en la mesa del vestíbulo, donde he estado toda la tarde reunida con los arquitectos y demás gente que se encargará de hacer de este lugar un verdadero placer para los sentidos.
- ¿Qué haces? –digo dándome la vuelta confusa.

Él, por alguna razón que no logro comprender, se acerca tanto que siento su miembro duro pegado a mí, lo que me hace recordar por enésima vez cómo es, y sobre todo, que está excitado, y de nuevo aquí no hay nadie más. ¿Es que le pongo? Este tío está enfermo.

Jorge no me responde, se limita a mirarme unos segundos de una forma que no había visto antes. Entonces caigo en la cuenta de que debe ser este vestido. Demasiado revelador...

Y cuando le voy a decir que se aparte no me sale la voz, sólo soy capaz de abrir la boca mientras sigue mirándome así, como si sus ojos verdes me traspasaran.

– Te... ¿Te encuentras bien?

– Nunca he estado mejor –responde acercándose a mi boca y rozando sus labios con los míos.

No me da tiempo a reaccionar, sólo a sentir la punta de su lengua en mis labios y luego junto a la mía. Acariciándome suavemente, tanto que me derrito frente a él. Tanto que mi cuerpo se aprieta contra su sexo para sentirlo más aún.

Su mano derecha se acerca hasta uno de los tirantes del vestido y lo aparta para que caiga a un costado y deja mi pecho descubierto y a su merced. No me ha visto desnuda antes, yo estaba en ventaja, o tal vez en desventaja, por ese hecho, pero ahora me está mirando de una forma... Niega con la cabeza y abre la boca.

– Dios mío... –se limita a decir.

Lleva el pulgar hasta mi pezón y me hace suspirar mientras me besa de nuevo y yo lo miro atónita con los ojos muy abiertos. Él tiene una mirada de deseo que me hace suspirar cuando veo sus ojos, que de pronto cierra, y hasta se da el lujo de suspirar mientras me besa. Definitivamente este hombre no es el mismo. A ver si es que el fantasma del pazo lo ha hecho su esclavo y en realidad está tocándome uno que murió hace cien años. ¡Qué asco!

Claro que cuando mi mano va a su pantalón para tocar esa cosa, esa bendita cosa que tiene entre las piernas, me da bastante igual que hayan poseído su cuerpo, a lo mejor también estoy poseída yo, quién sabe... Porque no puede estar ocurriendo esto, es muy raro. Y sin embargo se me nubla la mente cada vez más, no queda una sola neurona en su sitio capaz de poner orden.

Él se separa de mis labios y me mira cuando ya he empezado a dejarme llevar por la respiración acelerada, de ambos.

Jorge me mira de una forma muy rara. Sí, es el fantasma del pazo, pero qué más da, pienso agarrándole del cuello y acercándolo a mis labios para besarle otra vez.

– Me voy a... –dice Rocío desde lo alto de la escalera.

– Quita Patxi –suelto yo sin pensarlo demasiado.

– ¿Quién es Patxi? –pregunta Jorge separándose de mí.

– Pues tú, sal del cuerpo de Jorge, maldito, yo te libero –digo pensando, en algún momento mientras lo digo, que eso podría colar como excusa.

– Estás peor de lo que creía –susurra Jorge mirándome como lo haría a una loca de verdad.

– El alcalde me lo ha contado todo esta mañana –me justifico caminando lentamente alrededor de la mesa redonda–, aquí murió un hombre, un emigrante vasco, llamado Patxi... Es una historia macabra... El pobre fantasma se ha adueñado del cuerpo de Jorge, y tiene un sexappeal que

hipnotiza –le explico a Rocío que sigue bajando las escaleras aguantándose la risa.

– ¿Cómo murió Patxi?

– Pues le hacía la puñeta a una joven sirvienta del pazo, aunque él era un huésped, así que ella lo sedujo y lo mató, no sin torturarlo antes, en el sótano –digo mirando directamente a los ojos de Jorge–. Pero lo más tenebroso de todo es... –me detengo en el relato para crear expectación–, que él se dedica ahora a poseer los cuerpos de los hombres que se atreven a pasar la noche aquí, evidentemente hombres no muy listos, todo el mundo sabe que es más fácil poseer el cuerpo de uno tonto que de uno listo... Y bien, posee los cuerpos de los hombres tontos –digo con voz tenebrosa–, para seducir a su asesina y acabar con ella, pero siempre se equivoca, y una vez que la besa descubre que no es la doncella que lo mató... Y es la doncella la que entonces posee el cuerpo de la chica y lo mata, pero Patxi ya no está en su cuerpo. Entonces la historia vuelve a repetirse una y otra vez, este lugar está maldito –acabo de explicar cruzándome de brazos y apoyando el culo en la mesa, bastante satisfecha con mi relato.

– Vaya, no está mal para haberte inventado todo eso en medio minuto –me reconoce Rocío alzando las cejas y dando el último paso para bajar de la escalera.

– Lo sé, muchas gracias –admito encogiéndome de hombros–. Era una buena historia para justificar que a este hombre se le haya ido la cabeza y se haya echado así sobre mí.

– Pero si tú casi me violas –se queja Jorge mirándome atónito.

– ¿Violarte? Si usamos la definición de esa palabra como acto de violencia hacia otra persona sí, quiero violarte.

Isabella llega cuando digo la última frase y se queda a cuadros mirándonos a todos. Y luego sonrío..., a saber qué estará pensando.

– Una mujer de verdad no tiene que abalanzarse sobre un hombre para que le haga caso –dice al fin y Rocío resopla ante el comentario.

– Pues esta mañana te has abalanzado bien sobre Jorge, por poco lo matas ahogándolo, y no es que me caiga bien del todo, pero no quisiera que hubiera más fantasmas en este lugar, que vaya nochecita vamos a pasar.

– ¿Qué fantasma?

– Patxi –le aclara Jorge y ella lo mira boquiabierta.

– Non mi piace –dice con el rostro asustado.

– Puede que vaya esta noche a la habitación de cada una de nosotras y nos bese para comprobar quién es la doncella a la que quiere matar.

– Celeste, déjalo ya que al final te lo vas a creer –me aconseja Rocío.

– Y hazle el favor de llevarla, ¿cómo se va a presentar a la cena con el guardia civil sin haber pasado todavía la ITV? –sugiere Jorge.

– Pero he quedado para cenar con Marco... –me quejo, pero se me ocurre una idea–. ¿Por qué no la llevas tú?

– Yo también he quedado con Isabella.

Pero cuando se da la vuelta, Isabella ya no está, por lo que sube las escaleras tan rápido que

no me da tiempo a protestar.

– Vas y vienes –dice Rocío, si no vas a tardar más de diez minutos.

Yo la miro alzando una ceja y no entiendo nada, pero me toca claudicar.

Capítulo 7.

A veces todo me sale mal, porque cuando una cosa va mal, se suele pensar, bueno es una y el resto van bien, pero de pronto otra sale mal también, y ya es una cadena. Y la única solución que queda es aceptar todo lo malo y sentarse a un lado de la carretera mientras el motor del coche echa humo.

Y por si fuera poco no me queda apenas batería, así que cuando me llame el de la grúa se va a apagar el móvil y no voy a poder explicarle, ¡dónde cojones estoy!

Ha dicho entre cuarenta y cinco minutos y una hora... pero cuando entro en el coche porque ya me aburro de esperar fuera y está empezando a hacer un frío que te cagas, veo que ha pasado hora y cuarto y por la carretera no ha pasado un alma. Y cuando decido desbloquear el móvil veo que se ha apagado solo y no me he dado ni cuenta.

Me estoy planteando dormir en el interior del coche cuando oigo un motor que sí funciona y me alegro estirando el cuello para ver si es la bendita grúa.

Es un coche...

Se detiene a mi lado y resoplo, es el tonto de Jorge. Camina hacia la ventanilla de mi coche y da unos golpecitos para que la abra.

– ¿Te llevo?

Algo en su mirada me hace sospechar, pero no me queda otra que aceptar su ayuda.

– Está bien –acepto resignada.

– Oye, si quieres te dejo aquí. Aunque puede que te congeles... con tan poca ropa...

– Si no hubiera sido por tu culpa no habría pasado todo esto.

Él me mira con cara de culpable y niega.

– Yo no he hecho nada –dice demasiado rápido y me hace fruncir el ceño.

– Convenciste a Rocío para que la llevara a la cena cuando ya me había vestido así.

– ¡Ah! Sí –reconoce rápidamente abriendo la puerta de mi coche y dándome una chaqueta que agarro con desconfianza.

– ¡Qué previsor!

Jorge no responde y me deja entrar en el coche en silencio, realmente cuando está calladito está más guapo, tal vez debería decírselo a ver si se conciencia de ello y no habla más.

Se queda mirándome cuando entro y no entiendo qué le pasa hasta que observo en el espejo que tengo arriba que se me ha visto más de lo que se mostraba en el escote.

– ¿Eres Patxi o Jorge?

Él empieza a reír y niega con la cabeza poniendo el coche en marcha de nuevo.

– Desde luego estás muy raro –añado girando la cabeza para no verlo.

– Llevo raro desde que te conocí.

Lo último que dice hace que me vuelva hacia él con una expresión que no tiene desperdicio,

pero él hace como si no se diera cuenta.

– Agárrate, hay algo en el camino –me advierte y gira el volante de golpe.

– ¿Por qué ibas tan deprisa? ¡Si no se ve nada! –le grito.

– A lo mejor te callas así –dice frenando el coche de golpe.

Me mira como Patxi y me agarra por la nuca para meterme la lengua hasta la campanilla, prácticamente. Y luego se calma y me besa de una forma tan sensual, tan suave, con esa lengua que tiene y que, aunque me cuesta reconocerlo, me está gustando demasiado.

Él se aparta y yo lo miro confusa.

– Regresemos al pazo –dice con la respiración acelerada mientras apoya los brazos en el volante.

– Regresemos...

Lo miro de reojo y no entiendo nada.

– ¿Qué ha pasado? –pregunto intentando entender por qué me besa, por segunda vez, porque desde luego no es que esté poseído.

– Llevamos demasiado tiempo aislados, ya sabes.

– Lo mismo me ha pasado a mí, demasiado tiempo sin ya sabes qué...

– Entonces no ha pasado nada con Marco... –dice girando la cabeza para mirarme en la oscuridad.

No quiero darle explicaciones de mi vida sexual a este tío, pero ya he admitido para justificar que le haya besado también que tengo una acusada falta de sexo. ¿Su explicación significa que él también ha admitido que no ha tenido nada con Isabella?

Y, ¿qué me importa? Que haga lo que quiera, de hecho ambos deberíamos desahogarnos antes de que cometamos un error fatal.

– Eso no es de tu incumbencia –respondo al fin, porque no le da la real gana de ponerse en marcha hasta que le conteste.

– Claro –dice tras una larga mirada que me ha puesto bastante nerviosa.

– Tendría que haber esperado al de la grúa –susurro para mí, pero Jorge me oye.

– No creo que llegue nunca.

– ¿Cómo? –pregunto confusa porque lo ha dicho como si supiera algo más, y conociéndolo me hace sospechar.

– Es un camino muy apartado.

– No lo es.

– Sí lo es.

– No.

– Sí.

Acabo resoplando porque estamos entrando en una dinámica muy pueril.

– Esto me recuerda a cuando trabajábamos juntos.

– ¡Qué buenos tiempos! –exclama metiendo tercera y acelerando con una sonrisa en los labios.

– Buenos tiempos... –menudo infierno, pienso aunque repito lo que él ha dicho, claro que con la incredulidad apropiada.

– Fueron los mejores.

– Yo creo que no tenemos la misma percepción de la realidad.

– Será eso. Yo recuerdo levantarme cada día con unas ganas tremendas de ver a mis compañeros, sobre todo una que se paseaba en minifalda por toda la oficina... Recuerdo cómo el jefe la sacaba de su despacho porque hablaba demasiado y no la soportaba.

– Pues mis recuerdos de aquella oficina eran de un compañero irritante que se pasaba todo el día diciendo: “Celeste” “Soy súper infantil y todo lo que haces me molesta” –imito su voz ridícula con el tono de haber respirado helio-. Se me ponen los pelos de punta.

– Qué pena que sólo sean los pelos –asegura riendo y yo vuelvo a resoplar.

A pesar de sus intentos de llevarme al límite de la paciencia, decido seguir intentando estar callada durante el resto del trayecto.

Al fin llegamos y como era de esperar Marco ya ni me esperaba, de hecho no lo encuentro por ninguna parte. Maldito coche y maldito Jorge. Isabella está en su habitación con la música tan alta que se oye en todo el pasillo de las habitaciones donde nos hemos asentado, porque la otra parte está más inhabitable, por decirlo de alguna manera.

– Yo te habría esperado, de hecho habría ido a buscarte –dice Jorge cuando estoy ya bajo el umbral de la puerta de mi habitación.

– No sé qué pretendes, pero déjame en paz –acabo la conversación y doy un portazo que hace que caiga el yeso suelto de las paredes y el techo alrededor de la puerta.

No esperaba que Marco estuviera ni siquiera mínimamente preocupado, sólo estamos actuando para fastidiar a Isabella y a Jorge por haber metido el hocico en este negocio, no sé por qué Jorge tiene que insinuar nada. Y no entiendo por qué estaba en la carretera. Un momento, Jorge podría haber llevado a Rocío, pero insistió en que fuera yo, ¿y luego va hacia el pueblo igualmente? No tiene sentido, a no ser que...

Vuelvo a abrir la puerta y caen más trozos de yeso, esta vez sobre mi cabeza, pero nada me impide irrumpir en la habitación de Jorge para pedirle explicaciones.

– ¿Qué demonios has hecho?

– Si me dices de qué me acusas tal vez pueda confesar, o defenderme... –dice con la actitud calmada de siempre.

– Te acuso de estropear mi coche e ir a buscarme y no sé qué habrá pasado con la grúa, pero seguro que tú estás detrás de todo eso. Y todo esto lo has hecho para hacer desaparecer a Marco.

– Y también tengo la culpa de la lluvia que está cayendo ahora mismo... –dice empezando a desabotonar su camisa.

– ¿Qué haces?

– Estás paranoica, nadie es capaz de hacer todas esas cosas.

– Tú sí, eres como el pequeño Nicolás.

– ¿Qué pruebas tienes? –pregunta acercándose con una sonrisa maliciosa.

– ¡Pero si lo estás admitiendo! –me quejo aguantándome la rabia.

– No admito nada, pregunto por las pruebas para acusarme de todas esas cosas inverosímiles que se te han ocurrido.

– Vi una película antigua en la que le iban moviendo todas las cosas a una tía y le iban diciendo que no habían pasado cosas que sí habían pasado para volverla loca, y es justo lo que estás haciendo. Y tengo clarísimo, porque te conozco desde hace años, que estás tan mal de la cabeza como para romper un coche y liarla, las pruebas son que me has hecho llevar a Rocío porque tú no podías, y sin embargo te he visto en el camino, porque has ido al pueblo igualmente. Y además sabías que el de la grúa no iba a ir.

– Interesante, yo también he visto esa película, pero no me acuerdo bien. Y respecto a tu coche, ¿para qué iba a estropearlo?

– No lo sé, a lo mejor estás loco. Y has hecho que Marco se vaya. ¡Ya sé!, todo cuadra, querías que me alejara de Marco –empiezo a deducir y él abre la boca unos milímetros confirmándome que voy bien encaminada–. Y así podías manipular a Marco de alguna forma para que desaparezca y poder así hacer con el pazo lo que te dé la gana. Así Isabella y tú haréis lo que queráis aquí, como dueños y señores del castillo...

– Eres buena, tengo que admitirlo –afirma acercándose y quitándose la camisa delante de mí–. Sin embargo no es con el pazo con lo que quiero hacer lo que me dé la gana.

– No te acerques.

– Entonces no estés en mi habitación.

– No me iré hasta que me digas dónde está Marco.

La sonrisa ladina que se le marca a Jorge en la cara me deja sin palabras.

– Tendrás que ganarte esa información.

– ¿Ganarme la información? Llamaré a la policía.

– Es más rápido lo que yo propongo –dice colocando su mano en mi antebrazo para que no me vaya.

– Te escucho.

– Quiero verte desnuda –dice con la voz ronca.

– Mmmm... –digo pensativa poniendo la mano bajo mi mentón y de pronto finjo que me acabo de decidir–. No.

– Espera –vuelve a sujetarme del antebrazo cuando me giro para salir de su habitación–. Era broma.

– Lo imaginaba, sólo quieres molestar, parece que lo disfrutas.

– Quiero que cuando te diga dónde está Marco no te vayas corriendo detrás de él, que te

quedes en mi habitación una hora más.

– Me estás asustando.

– ¿Aceptas? Porque Marco no tiene cobertura ahora mismo, y nadie más sabe dónde está.

Me gustaría negarme, pero siento una gran curiosidad ahora mismo.

– No me queda más remedio. Temo que lo hayas metido en un zulo... Pero quisiera pensar que hay algo menos macabro. ¿Has dicho sin cobertura?

– Está en un avión –me aclara cuando empiezo a decir demasiado rápido incluso para mí.

– ¿A dónde lo has enviado?

– No es un paquete, no lo he “enviado”, ha tenido que irse precipitadamente a ver a su abuela en un pequeño pueblo de la costa amalfitana.

– La madre que te parió.

Él se encoge de hombros y me sonrío.

– Ha sido todo casualidad.

– Ni siquiera te creo.

Me giro para salir de ese lugar que ya me está quitando el oxígeno, pero él coloca sus manos en mis hombros.

– Has prometido quedarte una hora aquí.

– No lo he hecho. He dicho que no me quedaba más remedio, pero no he llegado a formalizar la promesa.

– Entonces, ¿te vas a ir?

– No sé qué sentido tiene que me quede una hora aquí.

– Me gusta tu compañía.

– Sé que estás tramando algo, pero ya es que siento curiosidad de las barbaridades que eres capaz de hacer. Me quedo si me dices qué tramas.

– De acuerdo, hagamos otro trato.

Lo miro con desconfianza, es que sé que es un liante, lo conozco bien.

– Te escucho.

Él parece dudar, de hecho se aleja de mí y empieza a caminar de un lado a otro.

– Juguemos a algo –propone al fin.

– No tengo ganas de juegos, tengo hambre.

– Entonces cenemos primero.

– Pensaba que ibas a cenar con Isabella.

– No está de humor –dice encogiéndose de hombros.

– Eso nunca te ha detenido. Desde que te conozco siempre has conseguido lo que querías.

– No siempre, era así hasta que te conocí –admite volviendo a abotonar lentamente su camisa mientras me mira fijamente.

– Yo sólo hacía mi trabajo, tú te lo tomabas todo como una competición.

– Tal vez tienes un concepto de la realidad un poco distorsionado –dice con una sonrisa, acercándose a la puerta que está a mi espalda.

Abre la puerta y hace un gesto con la mano para que le siga.

– Hueles muy bien –susurra en mi oído cuando paso delante de él.

Yo no sé qué le pasa a éste.

Bajamos hasta la cocina y veo que tenía preparada la cena para Isabella, incluso había puesto unas velas. ¡Qué payaso!

El lugar no está muy “habitabile”, al igual que el resto del palacio, pero lo ha dejado medianamente bien, incluso tiene su encanto. Tan rústico...

– La verdad es que es una cocina enorme, muy de la época. ¿Pensabas dejar toda esta comida aquí?

– No lo tenía muy claro.

– A veces me pregunto qué se te pasa por la cabeza. Haces cosas tan raras –añado rodando los ojos y negando.

Voy a apartar una de las sillas, pero él se adelanta y lo hace por mí. Lo miro con desconfianza y no me atrevo a sentarme por si me hace alguna broma quitando la silla.

– No te fiarás nunca de mí, ¿verdad?

– Es que nunca sé qué estás tramando, y tú siempre tramas algo. No creo que hagas nada sin un objetivo.

Se mantiene en silencio mientras coge la silla que había en frente del lado de la mesa donde me he sentado yo y la arrastra hasta colocarla a mi lado.

– No tengo ningún objetivo, sólo quiero cenar.

Él empieza a cortar un trozo de empanada y me sirve primero.

Me aguanto las ganas de preguntar si está envenenado porque esto estaba preparado para Isabella y deduzco que no.

– Me pregunto si alguna vez te fiarás de algo que provenga de mí –dice mirándome fijamente.

– Voy a pensarlo, mientras mastico y compruebo si sigo respirando dentro de unos minutos.

– Bueno, la verdad es que tardará unas horas en hacer efecto.

– ¿Qué lleva?

– Harina y bonito del norte.

– ¿Y cuál es el efecto?

– Va directamente a tus caderas –asegura riendo.

Niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco. En realidad tiene razón, por una vez estoy de

acuerdo con él, esto va a ir justo a las caderas.

– Bueno, tiene sitio ahí –reconozco concienciada de mi realidad y alargando la mano para coger otro trozo. Total, de perdidos al río...

– A ver si te tranquilizas un poco con el estómago lleno.

– Yo siempre estoy tranquila, en todo caso eres tú el que me pone histérica de vez en cuando.

– ¡Pero si no hago nada!

– A lo mejor es sólo tu presencia –pienso en voz alta mientras desenfoco la vista mirando hacia la empanada.

– No decías eso antes, en el coche..., o cuando nos besábamos esta tarde en el vestíbulo o cuando me viste desnudo en mi habitación –añade sin mirarme, cortándose un trozo de empanada.

Yo dejo caer sin darme cuenta la empanada en el plato e intento tragar saliva.

– Es que hace tiempo que no... ya sabes. Sólo es que somos como animalitos, nos pueden los instintos, pero sabes que te aborrezco, de hecho me daba mucho asco mientras me besabas –aseguro hablando más rápido de lo normal.

– No sabía que se podía gemir y sentir asco a la vez.

– Sentiría lo mismo si me besara un mono –aclaro con desgana, como si todo esto no me afectara lo más mínimo.

Él imita el sonido de un mono y empieza a reír después mientras lo miro con incredulidad.

– Al final vas a ser capaz de sorprenderme –admito sin poder aguantar la risa. Es demasiado ridículo incluso para él.

Cuando ya no puedo más y necesito aire porque no puedo dejar de reír, de pronto veo a Jorge de pie junto a mí, tendiéndome la mano.

Me mira con esos ojos verdes de siempre, pero ahora más oscuros y no soy capaz de razonar demasiado en este momento.

– ¿Qué quieres?

– Tengo una botella de Albariño en la habitación. ¿La compartirías con un mono?

– Si pretendes que te dé información sobre los planes de Marco con el pazo la llevas clara.

– A lo mejor he encontrado otros medios para conseguir esa información... –dice él y parece más sospechoso que nunca.

– No sé si quiero saber qué has hecho. ¿Es que nunca podrás ser medianamente normal?

– ¡Oye, yo soy muy normal! –exclama ofendido y retira su mano.

Yo me levanto y le miro dudando de sus palabras.

– Entonces, ¿por qué he visto en tu correo otro apellido? ¿Quién eres en realidad?

– Soy Jorge, eso seguro –admite omitiendo su apellido real.

Yo me cruzo de brazos y me mantengo firme en el suelo sin ninguna intención de seguirle.

– Está bien, te lo contaré todo si así confías en mí.

– ¿Y bien?

– En mi habitación...

– Explícamelo aquí. ¿Y por qué esa manía de llevarme a tu habitación?

– Tengo una estufa –aclara, pero no le creo en absoluto.

– ¿Y para qué quiero la estufa?

– Para que te calientes, que estás muy fría –susurra en mi oído cogiéndome de las manos, que aunque quería retirar no he sido capaz, sobre todo cuando empieza a acariciármelas.

Un grito femenino e italiano se escucha alto y claro retumbando en todas las paredes.

Yo aparto las manos de Jorge y salgo corriendo de la cocina en dirección al vestíbulo del palacio. Isabella baja con una camisa con manchas de sangre en la mano gritando en su idioma aceleradamente.

– Cálmate, Isabella. ¿Qué ha pasado? –le pregunta acercándose hasta ella y quitándole la camisa de las manos.

– Marco no está en la habitación y eso estaba en el suelo –explica con la voz temblorosa.

Mis ojos se agrandan y se dirigen hacia Jorge con una acusación implícita en ellos. ¿Qué es capaz de hacer este hombre y por qué? ¿Estará actuando Isabella para no parecer culpable?

En ese mismo instante entran Rocío y Carlos, vestido de paisano, riéndose, ajenos a lo ocurrido.

Sin embargo sus rostros cambian rápidamente de expresión en cuanto ven las caras de todos, especialmente la mía.

– ¿Qué... –intenta preguntar Rocío boquiabierto, pero se detiene cuando ve la camisa en el suelo.

Carlos se adelanta, no sin antes darle una ligera caricia a Rocío en el brazo.

– Han sido ellos –digo alto y claro, señalando a los posibles culpables con el dedo y el brazo estirados, como si hubiera visto tierra firme desde una carabela, ante la mirada de Carlos que busca una explicación.

Jorge e Isabella me miran boquiabiertos como si quisieran matarme. Lo cual les hace parecer más culpables.

– ¡Pero si he encontrado esto en su habitación! –exclama Isabella roja de la ira que empieza a subir por su cuello.

– Normalmente la persona que encuentra el cadáver es la principal sospechosa... –dice Carlos encogiéndose de hombros.

– No hay ningún cadáver, sólo hay esto –insiste ella.

Rocío y yo empezamos a mirar a uno y otro hablando sobre el posible asesinato de Marco hasta que Jorge interviene.

– No hay ninguna prueba de nada, lo mejor será llamarlo por teléfono –propone marcando el número en su móvil.

Decía que donde estaba no tenía batería... Y, ¿por qué tiene su número de teléfono? Es todo muy raro, y Jorge tiene una cara de culpabilidad...

A los pocos minutos de intentar llamar a Marco varias veces, desiste y admite que no le coge el teléfono.

– ¿Dónde han estado todos en las últimas cuatro horas? –pregunta Carlos mirándonos a cada uno de nosotros.

– Yo he llevado a Rocío y luego me he quedado tirada con el coche y me ha recogido Jorge – me adelanto a explicar antes que los demás para poder salir del saco de los sospechosos cuanto antes, es evidente que Jorge e Isabella son los que tienen todas las papeletas... Para un viaje de ida a la cárcel.

Carlos frunce el ceño, no entiendo el por qué, si está clarísimo que yo tengo todas las coartadas del mundo.

– ¿Qué le pasó al coche? ¿A qué hora te recogió Jorge?

– Un momento, yo no soy sospechosa, en absoluto, estuve esperando a la grúa como media hora o tres cuartos, no sé.

– Así que nadie te vio durante casi una hora.

– Buenoooo –me quejo echándome una mano a la frente y caminando de un lado a otro–. Pero si está claro que son ellos –vuelvo a acusar a Jorge e Isabella negando otra vez con la cabeza.

– Nadie está acusando a nadie –aclara Carlos–. Sólo intento esclarecer y situar a cada uno.

– Carlos sólo hace su trabajo –lo defiende Rocío acercándose a él y acariciándole el brazo. Sólo le falta babear, a saber lo que han hecho esos dos desde que la dejé a ella en el pueblo...

– Está bien, pues estuve esperando al de la grúa y no venía, me quedé sin batería y menos mal que apareció Jorge, porque aún estaría allí, de hecho podéis comprobar cómo mi coche sigue en el camino.

– Lo he visto –confirma Carlos–. ¿Qué le pasaba al coche?

– No iba cuando aceleraba, no sé, como si no entrara la gasolina en donde tiene que entrar.

– Comprendo –dice Carlos frunciendo los labios, que a saber qué está pensando.

Después de mi explicación y de varias miradas sospechosas de Jorge y de Isabella, la cual creo que está metida en el ajo junto a él, Carlos decide preguntar a Jorge en privado, y después a Isabella. Seguramente sospeche de ellos y quiere contrastar sus respuestas por separado. Mientras esperamos Rocío y yo en el vestíbulo con unas ganas tremendas de saber qué habrán dicho esos dos, llegan Manolo y dos guardias civiles más. Nosotras nos quedamos mirándolos como dos lobas y ellos nos miran con miedo. Seguramente han oído hablar de nosotras... Aunque cuando veo nuestras caras reflejadas en el enorme espejo junto a la puerta principal lo comprendo todo.

– Rocío, control –susurro dándole un codazo.

– Es que ni me ha tocado en toda la noche, y mira que me arrimaba. Lo único que hace Carlos es ponerme a cien y dejarme así –me responde hablándome también en un tono bastante bajo, aunque no lo suficiente para que no nos oigan.

– Es que son de pueblo. Son otro carácter –le explico como si no estuvieran presentes.

– No sé si podré soportarlo –afirma con un suspiro al final–. A ver si la próxima vez te envían a Ibiza...

– Dios te oiga –me limito a decir observando a esos dos guardias que parecen tan asustados, como si temieran por su integridad física a causa de dos mujeres con un porcentaje de necesidad sexual un poquito mayor que el del resto de la población. Un poquito.

Rocío se lame los labios y les gruñe después para comprobar las caras de susto que ponen ellos.

No puedo evitar reír ante ellos mientras que Manolo nos echa una mirada de reproche.

– ¿Dónde está Carlos?

– ¿Está con Isabella? –le pregunto a Rocío entrecerrando los ojos y sosteniendo mi mentón con la mano derecha.

– No, acabó con ella hace rato... Acaba con ella pero no conmigo... –añade pensativa y con rencor.

– Entonces está en la cocina, con Jorge –le indico señalando con el dedo.

Manolo hace un gesto con la mano y los otros dos agentes le siguen, sin dejar de mirarnos como si fuéramos de una especie distinta.

De acuerdo, vamos vestidas como dos putas, pero de ahí a que nos tengan miedo... En realidad, si estuviéramos en Ibiza como ha propuesto Rocío, iríamos demasiado tapadas. Todo es perspectiva en esta vida. Además, les vamos a parecer unas santas en cuanto conozcan a Isabella, que menudo mujerón...

– Llevad cuidado con la que está en la biblioteca... –les advierto cuando ya se creen a salvo de nosotras.

– Yo quiero volver a Madrid –se queja Rocío.

– Pero si la única que tiene obligación de estar aquí soy yo, podrías haber vuelto cuando hubieras querido.

– Ya, es que me aburro allí sola. Quería despejarme. Además, estoy trabajando con el ordenador, y puedo estar aquí o allí, me es indiferente. Y aquí está Carlos...

– Pues como no nos controlemos nos van a nombrar personas non gratas en el pueblo.

– Seremos buenas.

Pongo los ojos en blanco cuando de repente aparecen todos de nuevo en el vestíbulo, Jorge, Isabella y los cuatro guardias civiles.

– ¿No se los llevan esposados? –pregunto ante la expresión atónita de Jorge.

– No hay ningún detenido –afirma Carlos y yo frunzo el ceño.

– Bueno pero debería ponerle las esposas a Jorge aunque se quede aquí, o dejármelas por si tengo que ponérselas yo –sugiero sin pensarlo demasiado.

Todos me miran como si hubiera dicho algo muy raro y yo miro a Rocío buscando una respuesta. ¿Acaso he dicho algo malo?

– ¿Para qué quieres que me dejen esposado? –pregunta él con una sonrisa.

– Por si eres peligroso andando suelto por aquí, ¿qué pensabais? –miro a mi alrededor y niego con la cabeza–. En serio, ¿es que nadie ve el peligro? Podría entrar en nuestra habitación por la noche, cuando estamos dormidas... Y abusar de alguna de nosotras... –acabo diciendo en un susurro.

No sé qué digo para que Jorge me mire de esa forma, en realidad hasta los guardias civiles o Isabella me miran como si no dijera más que tonterías.

– Bueno nosotros hemos acabado aquí –dice Carlos antes de girarse para marcharse y volver al cuartel con sus compañeros.

Sin embargo no se me escapa la mirada de deseo que le dedica a Rocío, aunque ella no se ha dado ni cuenta.

Isabella sube a su habitación y Rocío, la muy traidora la sigue con la mala intención de dejarme a solas con Jorge. Pero yo no voy a quedarme aquí con él.

– Si quieres unas esposas puedo conseguirlas –dice cuando paso rápidamente por delante de él–. Y si quieres que vaya a tu habitación esta noche... Puedo arreglarlo.

– Claro que no quiero que vayas –le respondo girándome para encararlo.

– Yo creo que es justo lo que estás deseando. Se te ve muy nerviosa cuando me acerco –dice haciendo precisamente eso, acercándose–. Te traiciona el subconsciente.

– No me traiciona ningún subconsciente, es que eres sospechoso de asesinato, es normal que me ponga nerviosa.

– Llevas nerviosa desde que me viste desnudo.

No puedo negarlo, mis labios se abren pero no emiten sonido alguno. Tiene razón, desde que vi lo que tiene ahí, entre las piernas, mi cerebro se colapsa cuando está cerca, aunque intente no pensar en ello. Pero es que vaya lo que esconde ahí... Es demasiado para una chica de ciudad. A lo mejor si hubiera nacido aquí, pues no lo pensaría tanto.

– En qué estarás pensando...

– En que el problema es que soy de ciudad –admito mis pensamientos sin dudar.

– ¿Qué problema supone eso?

– ¡Pues que estamos totalmente salidos! ¿Es que no has visto cómo se contiene Carlos con Rocío? –pregunto sin esperar ninguna respuesta y negando con la cabeza.

– Comprendo... Así que te sientes atraída por mí sólo porque eres de ciudad.

– ¡Exacto! –exclamo con un brillo en los ojos que no se le escapa. Y a mí no se me escapa la sonrisa de ganador que muestra al escucharme–. Es decir, no, claro que no me atraes. Pero soy humana. Evidentemente.

– Y tienes necesidades.

– Ahora lo vas pillando. Claro, no me atraes, sólo es que esas malditas feromonas nos rodean –le explico entrecerrando los ojos.

– Así que si hago esto no sientes ninguna atracción por mí –dice alzando la mano para llevarla

a mis labios y rozarlos con la yema de sus dedos.

Niego con la cabeza y noto cómo se me aceleran las pulsaciones. Y de pronto, con la velocidad de un gato me atrapa la cabeza y me roza los labios con los suyos metiendo después su lengua entre mis labios, tan suavemente que sólo me provoca, sólo consigue hacerme desearlo más. No llego a entender qué es lo que tienen sus labios para encenderme como una cerilla, pero su simple roce me está volviendo loca. Lo noto en cada extremidad, en cada poro de mi piel, en cada uno de los vellos erizados de mi cuerpo. Siento esa excitación en mi cuello, en mis brazos, en la punta de mis pechos, en la cara interna de mis muslos y en mi palpitante sexo. Aparta sus labios unos centímetros de los míos y mi cuerpo se lamenta y le sigue, me traiciona, y mis labios aún le buscan cuando pierden el contacto con los suyos, sabiendo dónde está aún sin verle, porque mis ojos siguen cerrados.

– Bueno, creo que te equivocas –afirma separándose de mí y dejándome excitada y cabreada, no sé si todo eso se puede sentir a la vez, pero siento muchas cosas.

– Tendrían que haber dejado esas esposas –refunfuño.

Y entonces él se da la vuelta desde el último escalón, ya en la planta superior y me sonrío de una manera que me deja con la boca abierta. Nunca me había parecido tan seductor, tan atractivo como ahora, pero sin embargo es el mismo de siempre. ¿Es el mismo de siempre?

– No te doy lo que quieres –insinúa aludiendo claramente a su entrepierna– porque me has acusado de asesinato hace unos minutos, si no, te daría el premio –asegura satisfecho de sí mismo y agarrándose su entrepierna después.

Es el mismo de siempre, sí, no hay duda.

– Pero, ¿qué dices? Ni en tus mejores sueños, eres un...

Lo que digo después no es apto para que salga de nuestra intimidad, así que lo omito, pero le digo palabras duras que intentan tumbar su hombría, su autoestima y si le queda algo de amor propio, también.

Subo tras él, pero evidentemente no para verle, sino para entrar en mi habitación, a la que le atrancaré la puerta para que no se pueda abrir, ni desde fuera... ni desde dentro. Porque este cuerpo traidor..., bueno, ya no me fio ni de mí misma.

A saber dónde está Marco y qué le habrá hecho este idiota, es que no sé qué está pasando, parece que todos se han vuelto locos menos yo. Rocío aguantándose las ganas por un pueblerino paleta. La pobre está más salida que la pata de una mesa y tiene que esperar... Isabella que no parece afectada por lo que haya podido pasar, salvo por algún grito inicial después parecía la mar de tranquila. Y Jorge ya es otro nivel, no sólo parece que nada le importa o que es el asesino, sino que encima se atreve a ponerme las manos encima, a regodearse en mi situación de escasez sexual y restregarme en la cara, metafóricamente hablando, por su puesto, su polla.

Esta noche no me queda otra que dormir aquí, pero mañana volveré al pueblo y a la civilización y no pararé hasta que encuentre a Marco, porque si le ha pasado algo, no trabajaría más para él, evidentemente, ni con Jorge... Lo cual no estaría tan mal.

Capítulo 8.

Llego a algo parecido a la civilización gracias a una grúa y al tío que la llevaba, al que le he contado todo lo que pasó anoche en el pazo, según él Jorge está tramando algo. ¡Pues claro! Este chaval es tan inteligente como yo...

Tras varias llamadas a la agencia para la que trabajo y una visita al cuartel de la guardia civil en el pueblo, descubro que Marco dio señales de vida anoche, por eso Isabella estaba más tranquila, y esta mañana ha hecho una llamada a la agencia, pero en realidad nadie le ha visto. ¿Podría ser que Jorge llamara a la agencia haciéndose pasar por Marco imitando su acento italiano?

Me quedo mirando al vacío a través del cristal de la puerta del cuartel pensando en cómo puede haber actuado el que para mí es el principal sospechoso de un asesinato. Me doy la vuelta y miro al agente que está en la recepción y que me mira con terror, pero no voy a dejar que su mirada me enterezca y me haga marchar, no, éste va a volver a escucharme.

– A ver, empecemos desde el principio... El sospechoso puede haber hecho la llamada a la agencia esta mañana imitando el acento de Marco, con lo cual no consta que esté vivo, nadie lo ha visto realmente –suspiro intentando contener las ganas de llamar inútil a alguien y haciendo el esfuerzo de calmarme–. Será mejor que llame al otro agente que me ha atendido antes, tenemos que averiguar dónde está ese italiano, porque si no tendré que volver a Madrid y no sé aún para quién trabajaré...

– Volver a Madrid –dice alguien a mi espalda, y no es otro que Manolo, seguido por Carlos.

– Me temo que sí.

– Entonces será mejor no averiguar dónde está ese italiano –responde Manolo, demasiado jocoso–. Si así se va...

Lo miro boquiabierto y muy ofendida, ¿pero qué les pasa a estos pueblerinos?

– Un momento...

– Señorita, he tomado nota de su teoría y le trasladaré la información a mi superior en cuanto termine la reunión.

– ¡No está en ninguna reunión! Se ha metido en ese cuarto de ahí, del que ha salido uno con un café y un croasant –me quejo negando con la cabeza y resoplando. Aquí nadie me hace caso, y no entiendo por qué–. Pues que sepáis que también se irá Rocío conmigo –le espeto a Carlos que me mira encogiéndose de hombros antes de salir por la puerta con el cuello estirado para parecer más digna.

Espero que ese comentario final haya surtido efecto y busquen a Marco, porque parece que les importa menos que a todos los que habitan actualmente el pazo. Y ya es poco...

Ya estoy en la calle mirando a un lado y otro buscando a alguien a quien contarle mi vida y mis penas, que por cierto he visto a una abuela que me ha mirado con la misma intención... Y cuando ya nos estamos acercando la una a la otra, e incluso ella me ha dicho que vaya tiempo más raro que hace, aparece Carlos a mi espalda y desvía mi atención sobre esa mujer que ya había empezado a decir algo más aparte del tiempo e iba a contestarle que en Madrid también hace un tiempo demasiado caluroso para la época, para a continuación explicarle que los hombres de

Madrid son muy distintos a los del pueblo y empezar a criticar a todos los hombres en general.

– Tengo que hablar contigo.

– Soy toda oídos.

– Lo dudo –responde alzando una ceja.

Lo miro entrecerrando los ojos, esperando que hable y conteniendo mis ganas de decir algo.

Él se detiene esperando no sé qué, pero al poco tiempo sonrío y niega con la cabeza.

– Te está costando cerrar la boca –reconoce y siento una gran rabia en mi interior–. No sufras, vayamos a un lugar más tranquilo –me ruega con un tono cordial ahora.

Algo está tramando, pero le seguiré, porque conoce mi punto débil, va a soltar algún cotilleo interesante y en mi mente sólo hay un montón de preguntas circulando de un lado a otro.

Se detiene en medio de la calle, donde está aparcado su coche y me ruega amablemente que entre en él.

– En este pueblo hay muchas cotillas –se justifica tras cerrar la puerta.

– En todos, en la ciudad también, aunque nos vestimos más modernas para mezclarnos con el resto de la población.

– Hablaré claro, Marco no ha desaparecido.

– ¿No?

– No –repito y decido dejarle continuar en el intervalo que usa para aclarar sus ideas antes de exponerlas–. Está en Madrid, Jorge lo tramó todo... No debería decirte esto, pero no quiero que Rocío se vaya, y si no detengo todo ahora os iréis...

– No sé cómo lo hace Jorge para conseguir siempre lo que quiere.

– Conoce a mucha gente. Ha movido algunos hilos para llamar la atención de Marco y que se vea obligado a ir a Madrid. Conoce al socio de Marco y ha conseguido que le llame exagerando un problema.

– Es como el pequeño Nicolás...

Carlos no me hace ni caso y prosigue.

– Bueno, lo importante es que Marco sólo ha tenido que ir a Madrid para resolver un problema con el hotel de allí, volverá dentro de dos días, que es el tiempo que nos ha pedido Jorge para llevar a cabo sus planes.

– ¿Planes?

– Planes contigo.

– ¿¡Qué quiere hacer conmigo!?! –pregunto alarmada.

– Está enamorado de ti. Quiere seducirte sin la presencia de Marco cerca.

– Ja –es mi respuesta a esa frase tan absurda–. ¿Eso es lo que os ha dicho? Algo está tramando, de eso no me cabe la menor duda, pero te aseguro, Carlos, que no es lo que os ha contado.

– No he trabajado siempre en este pueblo, estuve en otras ciudades antes de que me destinaran aquí, tengo experiencia con gente como Jorge, y sí, me parecía sincero anoche.

– No lo creo.

– Sólo nos ha pedido que no te digamos dónde está Marco porque quiere tener ese margen de tiempo para conquistarte y que no te vayas detrás de él, aunque es precisamente lo que ibas a hacer, volver a Madrid, así que no le habría salido bien. Anoche nos dijo que había hecho algunas llamadas, a su socio en Madrid y algunos inversores, por eso Marco tuvo que irse precipitadamente. No pudimos localizarle en el móvil que nos dio pero está alojado en el hotel, llamamos allí y hablamos con él delante de Jorge. Marco está perfectamente. Sólo me pidió que no te dijéramos nada para poder conquistarte.

– No quiere conquistar nada, a Jorge sólo le interesa el trabajo, lo conozco desde hace años. Siempre compitiendo, es horrible. No sabe disfrutar de la vida. ¿Y por qué Marco no responde a mis llamadas? ¿Dónde está su móvil?

– Eso no lo sé, pero es posible que Jorge tenga algo que ver en eso. Y estoy seguro de que él estropeó tu coche para recogerte.

– ¡La madre que lo parió! Ahora que lo pienso tiene bastante sentido.

– Pero no tengo pruebas de todo eso.

– Y te aseguro que no las encontraremos, es demasiado listo... Pues no sé qué trama, pero no lo va a conseguir.

Desde luego que no, va a sufrir.

Salgo del coche de Carlos y me quedo parada en la calle pensando. Un momento... Vuelvo a entrar y él me mira confuso.

– ¿Te gusta Rocío? Es decir, tienes real interés en ella... –le pregunto entrecerrando los ojos.

– Claro –afirma como si no hubiera posibilidad de otra respuesta con respecto a mi amiga–. Al principio parecíais dos locas–. Afirma y no puedo evitar poner los ojos en blanco–. Pero me gusta, mucho –añade pensativo–. No está tan loca como parece, me siento tan bien cuando estamos juntos –confiesa y yo cambio totalmente mi expresión, a la que tendría si viera uno de esos vídeos virales de gatitos tiernos...

– Tienes que follártela –suelto sin medida tras el momento tierno.

Carlos me mira boquiabierto y yo me encojo de hombros.

– ¿Cómo?

– Somos de ciudad, eso se da por sentado, y si no lo haces la pierdes, es lo definitivo para que se enamore de ti –le explico–. Porque me consta que le gustas mucho.

– ¿Y tú qué vas a hacer con Jorge? –pregunta tras el shock inicial por mi consejo, sabio consejo.

Dudo un momento y acabo preguntándole a él.

– ¿Alguna idea?

– A lo mejor deberías follártelo también.

– Vaya idea.

– Así sabrías si tengo razón y era lo que tramaba.

Frunzo el ceño más confusa que antes. Está claro que así desmontaría ese argumento y tal vez descubriría qué es lo que trama. Y no lo diré ni en mis pensamientos, pero con ese pedazo de rabo que tiene, la idea se ha asentado en mi cabeza de una forma... Es que desde que vi el aparato que gasta no puedo apenas pensar en otra cosa cuando no le veo, pero es que cuando le veo mi mente se bloquea. Y me pone tanto cuando acerca sus labios. Mejor no lo pienso.

– Definitivamente debo hacerlo, para demostrar que te equivocas –decido saliendo del coche por segunda vez ante el sospechoso silencio de Carlos.

Pues claro que se equivoca, Jorge es un idiota, tiene todos los defectos del mundo, siempre se quiere salir con la suya. Es insoportable. Lo único que tiene bueno es esa pedazo de... Si es que sólo de pensarlo, me pongo mala, y cada vez es peor. Si pudiera drogarle, follármelo y que luego no recordara nada...

¿Venderán algún tranquilizante en la farmacia que no necesite receta? Aunque si se me queda dormido poco voy a poder aprovechar de su cuerpo... No, mejor descarto esa opción.

Mientras sopeso las posibilidades, que ya digo yo que no hay muchas, aparece Jorge frente a mí, caminando como si no me hubiera visto. Está claro que sí me ha visto, pero algo trama.

– ¿Qué estás tramando ahora?

Se detiene y se da la vuelta.

– Celeste –pronuncia como lo hacía antaño, cuando trabajábamos juntos. Con esa voz que tanto me irritaba–. No te había visto.

– Claro –es evidente que me ha visto, pero no lo admitirá–. ¿Dónde vas?

– ¿Te interesa lo que hago y dónde voy?

– Si tiene que ver conmigo, sí.

– No tiene que ver contigo –se limita a decir y desaparece de mi vista.

Decido seguirle como si fuera hacia el mismo lugar que él por pura casualidad, pero a cierta distancia, no quiero que se dé cuenta de que le estoy siguiendo. Sin embargo la abuela de antes, la que empezó a hablar del tiempo, me intercepta aunque he intentado advertirle de la situación con insinuantes miradas.

– ¿Se encuentra bien? –me pregunta tras los gestos con mis ojos y mis cejas en dirección a Jorge.

– Estoy bien, pero ese hombre no, y me gustaría saber qué hace cuando viene al pueblo y dónde va.

La pobre mujer no se entera de nada, que triste, me ha decepcionado.

– Ese madrileño no trama nada bueno –responde sorprendiéndome gratamente y dejándome sin palabras. Últimamente me sucede de forma más habitual que de costumbre... Tendré que hacérmelo mirar cuando vuelva a Madrid.

– ¿Qué sabe del madrileño? –pregunto con los ojos abiertos de par en par.

– Lo que todas en el pueblo, que es un liante –admite con autosuficiencia.

– ¿Qué hace cuando viene al pueblo?

– Siempre va camino de la ermita y luego vuelve una hora después.

– A ver si ha metido ahí a Marco y ha hecho algún truco para convencer a la guardia civil de que está en Madrid –pienso en voz alta mientras la mujer, vestida toda de negro al estilo vieja del visillo, me mira entrecerrando los ojos.

– El italiano está perfectamente –asegura–. A no ser que se haya matado por ir tan deprisa con ese coche rojo.

– ¿Cómo lo sabe?

– Porque anoche pasó por el pueblo camino de Madrid y casi atropella a la Anduriña.

– Comprendo... Pues voy a ir a la ermita a ver qué pasa ahí.

– Hará bien, de paso podría llevarnos a mí y a la Anduriña, que todos los años nos lleva el cura, pero este año lo han cambiado y el nuevo no está por la labor.

No me parece mala idea, porque esas dos deben saber mucho más de lo que ocurre con Jorge y sus planes, y supongo que estarán deseosas de la información que puedan sacarme cuando esté desprevenida.

– No sé si estará reparado mi coche...

– Mi nieto es el mecánico, si no lo ha reparado ya lo estará antes de que se vaya el madrileño.

Decido permanecer más tiempo en el pazo, sólo para descubrir qué hace Jorge en el pueblo. Ya tengo los teléfonos de la Anduriña y la Matilda, y hemos hecho un grupo de wasap para comunicarnos en cuanto sepamos algo del “madrileño”, es decir, de Jorge. En la ermita no había nada, vaya viaje más tonto hemos hecho. Encima he tenido que esperar en silencio mientras esas dos abuelas estaban ahí metidas. Al menos son como yo y no han estado mucho tiempo en silencio, el estrictamente necesario para cumplir. Enseguida han empezado a hablar sobre Jorge, que no saben a qué viene a la ermita y han estado especulando sobre las viviendas cercanas o los lugares donde podría ir cuando coge esa carretera.

– ¿Quieres entrar en el grupo? –le pregunto a Rocío que está sentada en mi cama mientras miro mi móvil pegada a la ventana como si fuera la vieja del visillo, esperando que llegue Jorge junto a Isabella, que han salido para Madrid, según ellos para hablar con inversores que están interesados en meter dinero aquí, para participar de los beneficios futuros del hotel de lujo en el que se convertirá... Si algún día terminamos las obras, claro. Y también para construir alrededor urbanizaciones y, por raro que parezca, un campo de golf. Conociendo a Jorge puede ser verdad, porque este hombre no sé cómo lo hace que siempre consigue lo que se propone, y como tiene amigos hasta en el infierno, pues eso le ayuda.

– ¿El grupo de viejas del visillo? Para lo que hemos quedado... –afirma finalmente asintiendo con la cabeza.

– He visto a Carlos esta mañana, en el pueblo... –digo sin mirar a Rocío, con la vista puesta en el camino de grava que lleva hasta el pazo, esperando que aparezca el coche de Isabella–. ¿Crees que Marco estará bien? –pregunto ante su silencio.

– Os estáis montando unas películas, las viejas del visillo... ¿Y qué te ha dicho Carlos?

– Que está interesado en ti.

– Pues no entiendo, no me ha llamado.

– Es que es de pueblo, paciencia. No sabe cómo gestionar lo que siente, es todo demasiado intenso para él.

– No sé, yo creo que pasa de mí, de hecho es lo que estoy haciendo yo, pero me da rabia. No creo que aguante mucho más, llevamos aquí una semana, como pase otra... Sólo diré que me voy a Madrid y en esa semana me paso el tinder dos veces, y hasta subo de nivel a súper sayan...

– Estás loquísima... Ni que fuera un videojuego... ¡Ahí viene! –exclamo exaltada.

– ¿Carlos?

– No, Jorge... No, no es él, es Isabella –afirmo agudizando la vista y acercándome tanto al cristal de la ventana que me doy un golpe en la frente.

– Se le ha perdido Jorge por el camino –sugiere Rocío riendo.

– O a lo mejor no lo aguantaba más, es muy pesado. Puede que lo haya abandonado en una gasolinera... Yo habría hecho lo mismo –reconozco, aunque no creo que lo hubiera hecho en realidad. Y si lo hiciera sería para no pensar más en ciertas cosas que no deberían haber pasado entre nosotros. O no pensar más en cierta parte de su cuerpo que me está volviendo loca.

Es que el problema es que ya no veo a Jorge, cuando le veo, sólo veo lo que recuerdo que vi cuando estaba desnudo, ese pedazo de aparato...

– ¿Crees que deberíamos preguntarle por Jorge?

– No lo sé, si tienes interés...

– No tengo ningún interés, sólo es que soy cotilla y tengo curiosidad.

– ¿Tengo que levantarme? –pregunta Rocío despegando su vista del móvil.

Yo alargo el cuello mientras me acerco y veo que tiene puesta la aplicación para conocer algún tío.

– ¿Hay algo interesante?

– No, me parecen todos muy feos –dice pasando todas las fotos hacia el “no me gusta”.

– ¿Sabes qué significa eso? Que te has pillado de Carlos... Porque ese no está mal –observo alargando el cuello para ver la pantalla de su móvil.

– Tiene pinta de ser un creído –asegura pasando la foto al saco de los “no me gusta” otra vez-. Y éste está casado.

– ¿Cómo lo sabes? ¿Lo pone ahí?

– Sólo hay que verlo, sólo se le ven los abdominales y la foto de la cara está borrosa, ni siquiera será él, habrá sacado la foto de Internet, y ese nombre es falso, seguro.

– Tiene sentido... –reconozco frunciendo el ceño-. Vamos a preguntar a Isabella, no te va a gustar ninguno de esa aplicación –la obligo a levantarse tirando a la vez de su brazo para que salga de una vez de esa cama.

Bajamos las escaleras lentamente y vemos a Isabella en el vestíbulo vestida como la viuda negra. ¿Habrá acabado también con Jorge? ¿Habrá sido ella la que mató a Marco y también a Jorge? Así todo será suyo... Tiene sentido... O tal vez del socio de Marco, que debe ser su amante... No, esto ya es especular demasiado. Ni siquiera conozco a ningún socio.

– ¿Dónde está Jorge? –pregunta Rocío ante mi indecisión arrebujándose en su bata de estampado en frutas tropicales.

Isabella nos mira a ambas volviendo a coger el bolso que había dejado en la mesa del vestíbulo como si no hubiera nadie. Yo me limito a poner los ojos en blanco.

– ¿Quién está interesada en él? ¿Cuál de las dos en realidad? –pregunta con ese acento grave que tiene cuando está dándoselas de interesante.

Nosotras nos miramos confusas y luego a ella, que se ha quedado plantada en medio del vestíbulo.

– Las dos, porque podríamos correr peligro –le suelto sin pensarlo.

– No es nada vuestro, así que la que quiera hablar con él que le llame –responde despegando los pies del suelo y caminando decidida hacia la escalera, ignorándonos por completo.

Yo saco el móvil y pregunto en el grupo de viejas del visillo si han visto a Jorge por el pueblo. No tardan en responder que no, pero que van a preguntar. Es como una red, supongo, es como aquello de los familiares de la inquisición: Hay una vieja del visillo en cada manzana...

– Pronto averiguaremos dónde está, si es que ha pasado por el pueblo.

– Madre mía, cuánto aburrimiento hay en el mundo –resuelve Rocío mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

– Calla, que ya está escribiendo la Anduriña.

Rocío pone unos ojos dignos de un meme viral y yo niego con la cabeza volviendo la vista al móvil.

– Dice que ha cogido el coche y se ha ido a la ermita, que le ha visto otra abuela que vive a las afueras. Al parecer había dejado el coche allí para que no supiéramos dónde estaba. Y debe estar compinchado con Isabella... El cuerpo de Marco está en un lugar cercano a la ermita. Será mejor coger el todoterreno, no vaya a ser que mi coche se atasque con alguna piedra.

– Anda que... Tú te lo dices todo. No sé si debería mover el coche sin la itv, si veo a Carlos va a ser un poco incómodo que me haga el favor otra vez. Es que es muy estricto.

– Pues conduzco yo y si ves a Carlos te bajas y te quedas con él, yo me ocuparé de gestionar la multa.

– ¿La vas a pagar tú?

– No seas agorera, no habrá multa... ¡A Dios pongo por testigo que hablaré sin parar hasta que no haya multa! –juro con el puño en alto antes de agarrar mi chaqueta colgada junto a la puerta principal–. Además, dudo que nos lo encontremos a esta hora, ya es tarde, tendrá hambre y habrá parado a merendar o cenar o lo que sea que se haga a esta hora.

Rocío mira confusa la hora en su móvil y me sigue, cogiendo también su chaqueta, de la que saca las llaves aceptando así mover el todoterreno.

– ¿Cómo sabes que cena a esta hora? ¿Es que también cotilleas sobre él con esas viejas? – pregunta, seguramente considerando mejor entrar en el grupo y así enterarse de los movimientos de la guardia civil, de un agente en concreto.

– No, es que tengo hambre y he pensado que era posible que él también –admito sacando del bolsillo de mi chaqueta una barrita de esas que calman el hambre en momentos desesperados. Porque éste es uno de ellos.

Capítulo 9.

Me llamo Jorge García, pero todos me conocen como Jorge de la Gracia, cosas del marketing casero que ideé cuando salí del pueblo. No lo pensé mucho en su momento, era joven, pero me dio la impresión de que los apellidos con “de” sonaban mejor, y García y Gracia se pueden confundir bastante bien, sólo hay que mover la r. Me limitaba a decir que se habían equivocado al escribir mi nombre en algún documento si alguien veía mi verdadero apellido en algún sitio. Porque lo bueno de haber nacido en un pueblo manchego que nadie conoce, es que uno puede reinventar su vida según le parece.

Este sistema siempre me fue bien hasta que conocí a Celeste, con quien todo lo que había hecho hasta entonces no parecía servir de nada, al menos con ella. Y he estado a punto de tirar la toalla, porque soy perseverante, de hecho no me detuvo que desapareciera de mi vida cuando dejó la agencia para irse a otra, pero tengo mis límites. Es decir, cuando se marchó de la agencia desistí, me lo pensé dos veces, pero luego la vi en el metro por casualidad y volví a sentir lo mismo que cuando la vi por primera vez. Y por casualidad, o porque me acerqué en el vagón del metro sin que se diera cuenta, descubrí que iba a meterse en esta venta. Lo vi claro en ese momento, tenía un objetivo y de paso me llevaría una buena comisión. Claro, que tenía que averiguar todo sobre este lugar. Lo ideé todo en ese vagón de metro, y esa misma semana envié al pueblo a un detective para que descubriera todo lo que hay que saber. Como por ejemplo que cerca de la ermita que hay a más de media hora del centro urbano, hay una casa rural donde vive una mujer, que tiene el apellido de los anteriores dueños del pazo, una cosa llevó a otra y pude averiguar más cosas sobre esa propiedad, y aquí estamos. Y sé que Celeste se muere por saber cómo lo averigüé, pero se va a quedar con las ganas.

Todo estaba planeado al milímetro, sin embargo cuando estaba alojado en el hostel del pueblo me di cuenta de que ella me odiaba de una forma que no podría superar. De hecho lo había dado todo por perdido, hasta que entró en mi habitación en ese mismo hostel, del que tuve que encargarme de compartir el baño, sobornando previamente a la dueña, la madre de José, una semana antes de venir, y entonces me vio desnudo, y supe que la tenía, no sabía cómo pero su mirada me lo dijo todo.

Cada vez que veía a Celeste en la oficina salía corriendo prácticamente, era como si huyera de mí. Recuerdo cuando la vi por primera vez... Unas de las trabajadoras más antiguas cuchicheaban a su alrededor en la sala del café cuando llegué a la oficina tras enseñar unos pisos a unos clientes. Iba cargado de llaves, pero las iba moviendo en mis manos jugando con ellas con una sonrisa en los labios sabiendo que algo había vendido ese día. Las dos mujeres se callaron y Celeste me miró entrecerrando los ojos, como si le hubieran hablado mal de mí, pero sé que Amparo y Carmen no lo harían jamás, de hecho me echaban unas miradas... Sin embargo, lo que ellas le contaron de mí no parecía agradar a Celeste.

Y esa escena marcó el resto de años que sucedieron a su llegada a la agencia. Dos años concretamente en los que pasaba de mí como si tuviera una enfermedad infecto-contagiosa. Todo lo que había construido desde mi época de universidad con tanto esfuerzo y que me había servido para entrar en los mejores círculos y conseguir lo que quería, no me servía en absoluto con ella.

Todo lo que decía le parecía mal, a veces no sabía qué había dicho que tanto la molestaba. Siempre me llevaba la contraria, si proponía algo para estar juntos, ella proponía algo para no estarlo. Hasta se quejó ante el jefe por querer quitar una maceta que había puesto para no verme.

Sin embargo todo eso pasó, y ahora he descubierto cómo acercarme a ella. He descubierto su punto débil, su talón de Aquiles, su criptonita.

De hecho su mirada cambia cada vez que hago mención a aquel día que entró en mi habitación y me encontró desnudo. Ya sé cuál es su punto débil, y por esa debilidad se siente atraída por mí. Y la siento, no puede controlarse cuando nos besamos. Y siento sus manos temblar, acercándose, acercando sus manos con la tentación de tocar mi polla. Y ese es su punto débil. Se ve que le gustan grandes... Si lo llego a saber antes, se la saco en la oficina el primer día en lugar de intentar impresionarla con otras cosas que parecen no importarle en absoluto, como puede ser el dinero o las influencias o lo que sea capaz de conseguir en el trabajo.

Cuando he salido esta mañana del pazo me estaba vigilando desde la ventana, no sé si cree que me he liado con Isabella y está celosa o piensa que he matado a Marco. Sin embargo creo que es lo primero, está celosa, como aquel día en que me besó Isabella y ella bajó corriendo con la cara descompuesta. Cómo me gustó verla así...

Puede que me pasara tirando al río el móvil de ese guaperas italiano, antes de que se fuera a Madrid, pero no quería que le pidiera ayuda a él cuando se quedara tirada en medio de la carretera. Sólo lo hice porque quería rescatarla yo. Aunque tampoco me han salido tan mal los planes, ahora está tan pendiente de mí... Al fin he conseguido llamar su atención. De hecho, veo el todoterreno de Rocío siguiéndome desde hace media hora, aunque intentan mantener la distancia...

Esta mañana no paraba de espiarme por cada rincón de ese palacio hecho polvo que hemos conseguido encasquetar a esos italianos. La verdad es que somos buenos vendiendo, si uniéramos nuestras fuerzas podríamos incluso montar nuestro propio negocio. Siempre intentaba proponérselo cuando trabajábamos juntos, pero ella se ponía tan a la defensiva cuando le decía que había vendido tanto como ella. Creo que se lo tomaba como una competición.

Y ahora me están entrando unas paranoias, no sé si tengo manía persecutoria o realmente me están vigilando, pero he visto a unas abuelas en el pueblo mirándome con el móvil en la mano. Antes, cuando he pasado por el pueblo estaba prácticamente desierto aunque todavía caían los últimos rayos del sol, y sólo estaban en la calle esas dos abuelas que me han dedicado una mirada entrecerrada mientras pasaba por la carretera que cruza el pueblo. Se me han puesto los pelos de punta. Decido volver a pasar por el pueblo, por la carretera principal para comprobar si son paranoias mías o realmente me están vigilando.

Desde el espejo retrovisor observo que el todoterreno reduce la velocidad y se detiene delante de esas dos viejas. Entonces acelero para ver qué hace y las dos mujeres señalan con el brazo, por lo que el todoterreno acelera también para no perderme de vista.

Era tan previsible...

No todo lo tengo planeado, a veces las cosas simplemente pasan como tienen que pasar.

Decido variar mi camino, desde luego no les voy a llevar a donde pensaba ir. Así que empiezo mi ruta ideada para visitar los alrededores y volverlas locas hasta que se me ocurre una idea.

Tras media hora conduciendo al despiste llego a la ermita y me detengo en la puerta. No veo el todoterreno, pero está oscuro y estas dos locas son capaces de conducir de noche sin las luces... Y conociéndolas debe ser cosa de Celeste.

Salgo del coche y camino entre los matorrales hasta llegar al camino despejado de piedras planas que hay en el suelo. La humedad aquí es brutal, si lo llego a saber vuelvo a casa y no les

hago perder el tiempo. Ni el suyo ni el mío.

Sin embargo sé que he hecho bien viniendo cuando giro la cabeza arrodillado frente a la reliquia y ellas me miran atónitas.

– ¿Jorge? –pregunta Rocío boquiabierta.

De hecho me cuesta un mundo no reír a carcajadas al verlas. Las miro conteniéndome con tanta dificultad que incluso mi expresión es más afectada de lo que pretendía.

– No puede ser –dice Celeste.

Yo me limito a alzar las cejas y sin querer se me escapa una sonrisa, pero es que no he podido evitarlo, es demasiado para mí.

– ¿Vas con el pijama? –pregunto de repente observando una bata estampada con frutas tropicales por debajo de la chaqueta de Rocío.

Ella se mira bajando la vista y acaba encogiéndose de hombros y girando la cabeza hacia un lado.

He conseguido dar su merecido a ese par de cotillas, pero ahora el problema es que ayer tuve que acompañar a Isabella a Madrid para negociar con los inversores y no pude cumplir mi plan con Celeste, claro que el dinero es el dinero... Sin embargo acabo de recibir un mensaje del socio de Marco diciéndome que ha salido de Madrid hace dos horas. Apenas tengo tiempo antes de que llegue y vuelva a convertirse en un problema para mí, pienso mirando el reloj de mi muñeca. Porque ese guaperas puede seducirla en cinco minutos si se lo propone. Aunque no estoy tan seguro de que se lo proponga, creo que Isabella le puede. Sin embargo no quiero arriesgar.

Celeste sigue en su habitación desde anoche, debe estar rabiando por no haberme “descubierto”, a pesar de las abuelas del pueblo y todas la cotillas que le informan. Lo siento, Celeste, pero ese todoterreno canta mucho...

Mientras preparo el desayuno con la intención de subirlo a su habitación, es el mejor plan que se me ha ocurrido, noto una presencia a mi espalda, espero que no sea el fantasma del que tanto habla Celeste para justificar que me desea...

No puedo evitar sonreír al recordar ese fantasma de su imaginación cuando me doy la vuelta con la bandeja que pensaba subir con unas tostadas y un zumo.

– Me ha llamado Marco –dice Celeste con los ojos entrecerrados.

– Me alegro –miento aún con la bandeja en las manos.

– Dice que dejó su móvil en la mesa del vestíbulo antes de irse, y sólo estabas tú en casa.

– También estaba Isabella aquella noche.

– No creo que ella lo hiciera.

– Las italianas son muy pasionales y ella todavía siente algo por su marido.

– Ex-marido –me corrige.

– Bueno, yo no he visto los papeles.

Ella me dirige una última mirada que no sabría cómo interpretar y luego resopla para caminar hacia la alacena.

– No entiendo nada –dice de espaldas a mí cuando decido quedarme en la cocina porque a donde iba era a su habitación...

Dejo la bandeja en la mesa y la miro haciéndole un repaso. No lleva el pijama como hace Rocío, que va todo el día por casa con él... Celeste se ha vestido como si quisiera seducir a alguien, no diré más. Lo que no sé es si se ha vestido así por mí o por Marco, ya que sabe que no tardará en venir.

Mientras la observo sentado sujetando mi barbilla con la mano apoyando el codo en la mesa de la cocina, deduzco que algo tengo que ver yo en la elección de su ropa. Mi teoría se confirma cuando se agacha para coger la cuchara, que “accidentalmente” ha tirado al suelo, y veo más de lo que debería.

– Estás preciosa hoy –digo con el tono más despreocupado que encuentro aunque me cuesta lo mío, porque me estoy poniendo malo de verla.

– ¿Habla Jorge o Patxi?

– Mmmm... Los dos. Pero el que la tiene más dura soy yo –añado para hacerle recordar algo que sé que le cuesta ignorar. De hecho se queda paralizada al levantarse, con la cuchara en la mano.

No me responde, ni tampoco se da la vuelta, sino que camina hacia el grifo para dejar la cuchara allí. Después va hacia la nevera sin mirarme y coge el brick de leche para verterla en una taza con una lentitud que me confirma aún más que está pensando en lo que le he dicho.

– Me gustaría enseñarte una habitación que encontré ayer.

Logro captar su atención y me mira de nuevo con su habitual desdén.

– ¿Qué habitación? ¿La del placer?

No puedo evitar reír ante lo que dice, incluso se me escapa el zumo de la boca.

– ¿Del placer?

– Claro, como eres como ese tío salido...

– Eso te lo has sacado de la manga.

– No sé, se me ha ocurrido, voy dando palos de ciego. Con tanta sombra...

– Cree el ladrón que todos son de su condición –me limito a decir antes de terminar de beber el zumo para levantarme y ver cómo se pone nerviosa al hacerlo-. Por eso querías que te dejaran las esposas esos guardias civiles... –recuerdo todavía ofendido por cómo me acusó, ¡con qué facilidad!-. Sólo es una habitación llena de trastos en el último piso. Pensé que te gustaría lo que hay ahí –digo levantándome con el plato en la mano-. Como eres tan cotilla.

– ¿Qué haces?

– Pretendía fregar los platos, pero si quieres hacerlo tú... –digo antes de chocarme con ella dejando caer el plato al suelo, porque se da la vuelta muy nerviosa y yo he aprovechado la confusión para acercarme más de lo que debería, sin calcular que ella haría ese movimiento, por supuesto. El plato se rompe en varios pedazos pero ella no se mueve de donde está.

– Sé lo que pretendes, me lo dijo Carlos –dice mirándome directamente a los ojos.

– ¿Qué te dijo?

– Me confirmó lo que ya sabía.

¿Sabe que estoy hasta las trancas por ella? ¿Ya lo sabía?

– ¿Desde cuándo lo sabes?

– Lo sé desde que llegamos a este pueblo.

– Bueno, si lo sabes no tengo por qué ocultarlo más, ¿no?

– ¡Exacto! –exclama satisfecha.

Me acerco hasta pegarme a su cuerpo y que sienta lo que me provoca y veo cómo sus ojos se abren de par en par y cómo su boca también se abre, pero no logra decir nada. Sujeto su nuca y acerco todavía más mi sexo al suyo. Y de pronto me sorprende metiendo su mano entre nuestros cuerpos. Ha habido un momento en el que creía que iba a apartarme, pero cuando siento su mano en mi polla sé que es mía. Cierro los ojos unos segundos porque no puedo más. He deseado que me deseara durante demasiado tiempo. Dejo escapar un gemido al notar sus dedos deslizándose por toda la extensión de mi sexo y cuando los abro tiene una cara de viciosa que me pone todavía más. No puedo evitar todo lo que hago después, ni siquiera sé lo que hago, sólo sé que deseo sus labios cada vez más, su lengua, sus dedos aún en mí. Aprieto mi cadera contra ella y la oigo exhalar un suspiro.

– Creo que encontré tu punto débil.

Ella abre los ojos y veo una mezcla de odio y deseo, y me arrepiento de haber dicho eso, así que decido restregarme contra ella para que la sienta todavía más. Noto sus dudas pero su mano vuelve a acariciarme.

– Quisiera que supieras una cosa –dice entre suspiros cuando dirijo mi boca a su cuello.

– Dime.

– A pesar de que me folles ahora mismo en esa mesa, te seguiré odiando.

– Me parece bien –miento, porque sé que es su orgullo el que le hace decir eso, y no creo que me odie tanto.

Sin embargo sus palabras me vuelven loco, da por hecho que la voy a empotrar en la mesa de la cocina. Se ha montado ella sola la película, pero voy a seguir el guión sin oponerme en absoluto.

Alzo las manos y le meto la lengua hasta la garganta mientras ella se acerca más para restregar su sexo contra el mío a pesar de la ropa. No puedo más, me está volviendo loco con sus gemidos y sus movimientos. Cuando dirijo mis manos a su trasero con la idea de subirla y empotrarla, noto cómo intenta subir a la encimera de la cocina para agarrarme con sus piernas y acercarme más.

– ¿Quieres esto? –pregunto ayudándola a desabrochar mis pantalones.

Ella no contesta, sino que echa su cuerpo hacia atrás para acercar más su sexo al mío.

Cuando libero mi polla de la ropa, ella vuelve a incorporarse para observármela.

– Si pudieras ver tu cara ahora... –me limito a decir y sé que cuanto más hablo más lo estropeo, así que la sujeto por la nuca y la atraigo hacia mí para volver a besarla mientras ella con

sus manos atrapa mi polla y se la acerca a su sexo apartando hacia un lado sus braguitas. No quiero analizarlo ahora, pero son unas braguitas de encaje que me hacen pensar que las ha elegido para la ocasión, o tal vez siempre usa esa ropa interior... No quiero ni pensar que andaba así por la oficina cuando trabajábamos juntos... Cada vez me pone más cachondo.

De hecho ya estoy a punto, y no quiero correrme todavía, pero ella está restregando mi polla contra su clítoris y eso me está haciendo perder la cabeza. Sus gemidos, sus labios húmedos, su sexo hinchado y rosado cuando consigo abrir los ojos para verla. Todo me está volviendo loco ahora.

Creo que va a seguir restregándose cuando me ruega con un hilillo de voz que se la meta. No sólo con la voz, también sus piernas entrelazadas a mi espalda me empujan para no tener otra opción. Y está tan húmeda que no hay que usar siquiera las manos, mi sexo entra en el suyo con una suavidad y una facilidad que parece que estén hechos para estar así.

No quiero correrme todavía, así que intento moverme lentamente, aunque ella me pide que lo haga más rápido apretándose con sus piernas en mi espalda.

– No te muevas así, por favor –le ruego casi al borde de las lágrimas.

Ella se detiene un segundo y niega.

– No puedo parar ahora –dice con una cara de viciosa que me dificulta más no correrme.

Entonces me agarra del cuello y empieza a besarme como una poseída mientras sigue moviéndose contra mí. Creo que me siento violado en este momento... Y eso me vuelve loco.

Sus movimientos son cada vez más rápidos y su cuerpo empieza a convulsionar, y de repente me gira la cabeza con las manos y me muerde el cuello. Ahora sí que ya no puedo controlarme y yo también empiezo a gritar al mismo tiempo que lo hace ella en mi boca. Ambos nos sujetamos la cabeza sin dejar de mirarnos entre gemidos y convulsiones que siento en mi polla, de su sexo apretándose contra mí.

Ella cierra los ojos aunque no se mueve ya, es como si no quisiera verme, pero a la vez su cuerpo me desea porque sigue unida a mí. Yo tampoco soy capaz de separarme de ella. Me gustaría que me dejara hacerlo de nuevo y poder demostrarle que puedo aguantar más, es que me ha vuelto loco ahora, y llevaba tanto tiempo deseándola... Pero explicarle todo eso en este momento creo que sobraría.

Oigo unos ruidos, concretamente alguien bajando la escalera. Como este lugar es tan silencioso se oye todo, además de que la escalera y todo lo que hay aquí, como puertas, muebles o suelos, chirría.

Celeste me mira, ahora consciente de lo que ha pasado. Veo su rostro cambiar del vicio a la desesperación. Y sin embargo aún seguimos unidos, mi polla sigue dentro de ella durante unos segundos más. Creo que nos pasa lo mismo, se está demasiado agusto así como para poder separarnos. Sin embargo al fin la razón puede con nosotros y ambos nos separamos y nos volvemos a abrochar la ropa en mi caso y bajar la falda en el suyo, saltando de la encimera rápidamente.

– ¿Qué está pasando aquí? ¿Habéis vuelto a discutir? –pregunta Rocío entrando en la cocina con la misma bata de frutas y el mismo pijama de gatitos que lleva ya hasta para salir a comprar al pueblo. Al final la fantasma del pazo va a ser ella... A ver si viene Carlos y le hace un apaño y se

la lleva de aquí..., pienso mientras me agacho para coger el plato roto del suelo. Mi cabeza choca contra la de Celeste porque ella ha pensado lo mismo y también se ha agachado.

– ¡Mamma mia! –exclama Isabella entrando también en la cocina, vestida como si fuera a pasar por el photocall...

– Ha sido un accidente –aclaro mientras Celeste se restriega la frente por el golpe que nos hemos dado al chocar.

– Non è un accidente –dice Isabella entrecerrando los ojos con una media sonrisa que delata que sabe lo que puede haber pasado realmente. Creo que está más atenta que Rocío, que parece estar dormida aún.

– Tengo que prepararme para recibir al arquitecto y a los demás trabajadores... –alega Celeste para desaparecer a continuación sin mirar a nadie.

Rocío la sigue confusa no sin antes coger el brick de leche de la nevera.

– Huele a sexo aquí –dice Isabella con una sonrisa cuando esas dos han desaparecido.

– Encontré su punto débil –admito ante ella.

– ¿Averiguaste el de Marco?

– Estoy en ello... Es muy hermético –reconozco que es difícil saber qué piensa ese hombre y qué hace, a pesar de mis contactos, de conocer a su socio desde hace bastante tiempo, *etc.*

– Lo sé –dice ella demostrando algo de debilidad a pesar de su aspecto de tigresa.

– A título personal creo que tú eres su debilidad –acerto a decir ante sus ojos tristes.

– Al menos Celeste ya no se interpondrá en mi camino –dice algo más optimista.

– Ya te dije que me ocuparía de ella –digo satisfecho recordando lo que ha pasado entre nosotros. Aunque no las tenía todas conmigo, he pensado varias veces que me iba a rechazar y que iba a salir corriendo... He tenido suerte de que le guste algo de mí, aunque sea sólo esa parte de mi cuerpo...

– Pues ocúpate de Marco, porque yo ya no sé qué hacer. Sólo se me ocurre seducir a ese arquitecto delante de sus ojos.

– Isabella, ¿y si pruebas a seducir a Marco directamente? Creo que ese es el problema. Tenéis demasiado orgullo y os hacéis daño continuamente.

Ella me mira con la duda en sus ojos, al principio algo ofendida, luego se detiene tras dar unos pasos a un lado y otro.

No sé en qué estará pensando pero sonrío y se acerca a mí.

– Jorge “de la Gracia” –recalca sabiendo que no es mi verdadero apellido.

– Isabella Rossi... –contesto sabiendo que tampoco ella es trigo limpio.

La conocí hace poco, pero sé exactamente cómo es, podría ser mi gemela mala, pero no lo es, era una timadora profesional antes de casarse con Marco, y por un motivo u otro acabó enamorándose de ese ricachón. Tal vez es lo mismo que me pasó a mí con Celeste, enamorarme de ella u obsesionarme, me ha traído más problemas que beneficios, pero no podemos hacer nada para evitarlo. Somos demasiado parecidos, por eso nos llevamos bien, y porque tenemos un

objetivo común.

– De acuerdo –acepta–. Pero ten entretenida a Celeste esta noche, he visto cómo la mira Marco y no me gusta nada.

– Yo también los he visto, y tampoco me gusta, pero no te preocupes –la tranquilizo adoptando de nuevo mi habitual estado imperturbable que siempre transmite seguridad a mis clientes–. La tengo en la palma de la mano, ya te he dicho que conozco su punto débil.

No nos da tiempo a seguir hablando porque Marco llega con su deportivo rojo y se oye ese motor desde varios kilómetros a la redonda.

Salgo de la cocina tras Isabella y vemos cómo Marco está abrazando a Celeste. Y ahora sí me cuesta seguir manteniendo mi actitud despreocupada. De hecho estoy apretando los puños con los brazos pegados a mi cuerpo, de pie frente a ellos.

– El recibimiento en España sigue gustándome más que en Italia –dice Marco tras soltar a Celeste y mirar la cara de enfado de Isabella.

Esta última lo mira alzando el mentón y sube las escaleras airada.

No sé si será capaz de seguir el plan de seducirlo y no hacer todo lo contrario como suele hacer cuando se trata de Marco. Miro hacia la italiana y ella me dirige una mirada desde lo alto de la escalera. Una mirada enfadada que me está diciendo sin palabras que me ocupe de ella, de Celeste, si no quiero perder mi trabajo aquí, y a la propia Celeste a manos de ese guaperas.

Una semana después el pazo está lleno de gente, los trabajos han empezado al fin, y Celeste no hace otra cosa que esquivarme desde que estuvimos juntos. La miro desde lejos con una máscara de expresión que intenta aparentar serenidad, pero que cuando me topo con ella en algún pasillo se cae revelando lo que siente en realidad. Es un verdadero manojito de nervios.

– No te pongas en medio –dice Celeste al verme plantado en medio del pasillo.

– No decías lo mismo... –respondo antes de darme cuenta de que Rocío está detrás, al fin vestida con ropa que no es un pijama y una bata.

Uno de los obreros las mira de una forma que sólo otro hombre entendería y yo decido dejarlas pasar sin añadir nada más.

No hay manera de hablar con ella, lo he intentado, pero siempre sale huyendo, me recuerda a la época en la que estábamos en la agencia trabajando juntos.

Y ahora no consigo tampoco cruzar más de dos palabras porque con este lugar lleno de gente no hay manera de encontrar la intimidad necesaria.

Estoy sopesando meterme en su habitación esta noche si la cosa sigue así, para que no pueda seguir esquivándome. A riesgo de estropearlo aún más, por supuesto.

Capítulo 10.

No sé cómo salir de ésta, me siento sitiada. Encuentro a Jorge en cada esquina del puñetero palacio. Y por si fuera poco no puedo irme porque mi jefe me ha encargado este trabajo expresamente a mí. Estoy llegando a pensar que Jorge tiene algo que ver en todo esto. Lo que no comprendo es por qué lo hace, no tiene motivos. Sigo pensando que trama algo, pero no alcanzo a entender qué.

– No sé si podré soportar estar aquí tanto tiempo, aún queda una semana para que pueda volver a Madrid.

– ¿No vas a aceptar la propuesta de Marco? –pregunta Rocío algo más animada que antaño, porque Carlos no para de venir a hacerle la pelota, cosa que no me hace gracia, por si ve alguna irregularidad en las obras, porque con tal de adelantar trabajo e irme cuanto antes de aquí soy capaz de cometer ilegalidades.

– ¿Dirigir esto? Creo que sólo quiere poner celosa a Isabella, además soy comercial, este no es mi sitio. Y por cierto, me dijo mi jefe que me iba a subir el sueldo.

– Yo no me creo esas cosas hasta que las veo en mi cuenta corriente.

– Ya... Suelen ser promesas vacías, como las de amor eterno... Pero bueno, de ilusión también se vive.

– Oí hablar a alguien de ilusión anoche –me confiesa Rocío con la mirada de estar tentando a la suerte.

– Si me vas a hablar de Jorge puedes ahorrártelo.

– Estaba hablando con Isabella...

Rocío sabe cómo tentarme, desde luego.

– Habla, no me dejes así –digo resoplando.

Rocío sonríe mientras sigue mirándose en el espejo del armario de la habitación donde se instaló el primer día, la habitación donde va a venir Carlos dentro de poco y donde piensa tenderle una emboscada... No diré más, pero es que me parece tan absurdo tener que jugar a estas cosas para llevárselo a la cama... ¡Qué hombre tan tímido! Pero bueno, parece que Rocío está en su salsa. Así que callaré lo que pienso. Creo que les gustan estos juegos...

– ¿Te gusta cómo me queda?

– No te me desvíes ahora, te queda bien, ¿qué oíste? –pregunto aceleradamente.

Ella se toma su tiempo antes de hablar girando delante del espejo, primero hacia un lado, luego hacia el otro, con su vestido negro ceñido.

– Isabella le preguntó si por fin habías aceptado su propuesta.

– Un momento, ¿qué propuesta?

– No lo dijo.

– ¿Cómo que no lo dijo?

– Bueno, yo no lo llegué a oír –explica dándose la vuelta–. Estaban anoche en la habitación de

Isabella y bueno, ya sabes que esa mujer tiene un tono de voz muy alto, entonces yo pasaba cerca y escuché a través de la puerta lo que decían. Ella le preguntó si habías aceptado ya su propuesta y él le respondió, que para ello tuve que pegar la oreja, porque Jorge no tiene la voz tan alta. Bueno, él le respondió que aún no había podido siquiera acercarse a ti, que desde que te folló le esquivas –dice bajando el tono de voz y yo me quedo blanca, porque no le había dicho a Rocío que habíamos follado, sólo le dije que había habido un poco de magreo.

– Eso te lo explicaré después –me disculpo–, ¿qué más dijo Jorge?

Rocío me mira negando con la cabeza en silencio.

– Quiero los detalles más insignificantes, pero te contaré qué más oí porque me da pena tu estado y soy buena gente y me apiado de ti... Ella dijo que se diera prisa o no le pagaría, porque estaba desesperada.

– ¿Desesperada?

– Desesperada por tirarse a Marco de nuevo, pero estando tú por aquí no podría.

– ¿Y para qué quiere follarse a Marco?

– No sé, le tendrá ganas.

– Estos dos están tramando desplumar a Marco y hacerme perder mi trabajo. No sé qué están haciendo, pero no es nada bueno, tengo que advertir a Marco.

– No sé si es eso, es que no pude oír nada más porque Jorge se acercó a la puerta y tuve que irme corriendo. Y ahora explícame cómo pudiste ocultarme que habías estado con Jorge. ¿Fue cuando os encontré en la cocina hace una semana? Porque desde ese día estás de los nervios, no puedes ni mirarlo.

Yo me encojo de hombros y me veo obligada a explicarle cada uno de los detalles porque me mira con cara de reproche hasta que explico todo mientras sigue con los brazos cruzados delante de su pecho como muestra de enfado, enfado que no existe, pero así consigue que le cuente todo, por supuesto.

Una vez satisfecha con mi explicación empiezo a pensar en Jorge, o más bien sobre lo que pretende.

– Creo que quiere seducirlo y quedarse con todo. Quieren quitarme de en medio para poder jugar con Marco como si fuera un pelele.

– No creo que Marco sea tan tonto como para dejarse embaucar, además no tendría mucho sentido, esa mujer ya tiene dinero.

– Querrá más, la gente así no está satisfecha nunca.

– Su voz era más, no sé, sonaba a desesperación, no a alguien que necesite dinero sino más bien a alguien enamorado.

Yo me limito a mirarla alzando una ceja. No puede creer que esa mujer pueda sentir algo por nadie. Creo que a Rocío se le han contagiado las ideas románticas de Carlos, que también piensa que Jorge está enamorado de mí... Sin comentarios.

No puedo creerlo, pero Rocío ya es igual que ese paleta... ¿Es que sólo yo me doy cuenta de cómo son Jorge e Isabella?

– Si al menos hubieran matado a Marco podría demostrar que son tan malos como parecen, pero no, tenían que dejarlo vivo. ¿Por qué había sangre en su camisa? Es que no puedo entenderlo.

– Sería de afeitarse, ¿te estás escuchando? –pregunta Rocío mirándome como si hubiera perdido la cabeza, pero no se da cuenta de que es ella la que se ha vuelto pueblerina, tengo que acabar cuanto antes en este lugar y volver a Madrid, a la civilización, porque entre Rocío y Jorge, al cual no puedo ni ver, ni oler siquiera sin ponerme roja del calentón que me provoca..., me voy a volver loca.

– Hay que salir de este lugar, está maldito.

No quiero escuchar la respuesta de Rocío a mi apreciación de la realidad y de las circunstancias, porque sé que ya no me expreso con coherencia, lo cual no significa que haya perdido el sentido común, sino que no se expresarme adecuadamente, por eso me mira así.

Salgo dando un portazo y me topo con Jorge, que menudo personaje...

– Disculpa.

– Venía a avisar a Rocío de que Carlos ha llegado. Más vale que se vaya con él antes de que vea las “irregularidades” que estás haciendo aquí.

– Desde luego, pero tú calladito, quiero acabar en este lugar cuanto antes y no veros el pelo más.

Voy a girarme para avisar a Rocío de que Carlos está abajo pero ella sale por la puerta corriendo y no dice ni adiós, sino que se va dejándome con Jorge en medio del pasillo. Yo no sé qué hacer ni cómo escabullirme.

– Tengo que irme... –me limito a decir.

– No, no tienes que irte –dice agarrándome del brazo cuando ya estoy dándome la vuelta.

– Suelta –le ordeno mirándole a los ojos por primera vez en una semana. Y es un error.

Es un error mirarle a los ojos porque de pronto todos los recuerdos de lo que pasó entre nosotros vienen a mi mente. Madre mía, recuerdo ese fuego en sus ojos como en aquel momento en el que me penetraba con ese pedazo de aparato que tiene, y cómo me miraba al hacerlo, como si le fuera la vida en ello. Es demasiado para lo que puedo soportar. Me pone demasiado, de hecho últimamente me está costando la vida poder dormir, porque por la noche es peor. Por el día me cuesta, pero con tanto follón en el pazo con los obreros, arquitectos, los gritos de Isabella cuando cree que algo no está haciéndose como ella cree, etc., pues me mantienen ocupada, pero por la noche es que todos esos recuerdos que intento mantener ocultos bajo capas de estrés y de trabajo, aparecen con más fuerza. Jorge debe saber lo que estoy pensando y decide acercar sus labios a los míos para sólo rozarlos. Y es peor así, su leve roce es más intenso que si me metiera la lengua hasta la campanilla, porque me hace desearlo más, desear más de lo que me da. De hecho soy yo la que le agarra de la nuca y lo acerca más para que nuestros labios se unan y también nuestras lenguas cuando él abre la boca, casi obligado por mí, y mi lengua que se cuelga por entre sus labios medio abiertos.

Le deseo y él lo sabe, pero en este momento no me importa, como si quiere burlarse después por haber conseguido ganarme en este juego. En este momento sólo deseo tocar esa cosa que tiene entre las piernas. Quiero tocarla, y lo hago, y sabía que pasaría esto, sabía que me pasaría como la otra vez, porque si la toco la quiero tener dentro, ya no hay nada más en mi cerebro, sólo quiero

eso dentro de mí. Y a pesar de todo, de que actúo por instinto, que soy como un animal en este momento, una parte de mí, me hace desear mirar esos ojos verdes mientras nuestros cuerpos se unen, mientras siento cómo Jorge entra en mi cuerpo.

Le deseo, y él lo sabe, cuando me mira fijamente siento que está leyendo mi mente, mi alma, descubriendo, sabiendo cuáles son mis deseos, mis fantasías, que he soñado con él, que mi cuerpo es suyo, y estoy totalmente expuesta y a su merced.

Él me acaricia ahora la mejilla y me dejo llevar por su suave tacto cerrando los ojos y dejando que mi cabeza se incline hacia su mano. Es tan agradable. Yo abro con el pie la puerta que Rocío ha dejado entreabierta al salir y que está justo a mi espalda. Tiro de las solapas de la camisa de Jorge y le obligo a entrar en la habitación. Aún está la cama deshecha, luego le tendré que cambiar las sábanas o simplemente podría callarme lo que vamos a hacer aquí, porque va a ser una guarrada.

Debería haber ido a mi habitación, o a la de Jorge, pero si camino dos pasos más puede que recapacite y no haga nada, y tengo demasiadas ganas de follármelo. Además, él ya la tiene dura como una piedra, y eso me ha puesto todavía más.

Está temblando cuando lo empujo sobre la cama. Noto su tensión cuando me agarra de la cintura y me echa sobre él. Y todavía noto más el temblor de sus brazos tensos cuando se coloca sobre mí. No puedo creerlo, ¿Jorge nervioso? Jamás creí que pudiera ponerse nervioso por algo.

– Eres tan bonita –susurra antes de besarme sin dejar de mirarme a los ojos.

¿Bonita? Esa palabra no la diría alguien que nació en la Moraleja. Me pregunto si será verdad lo que dijo aquella noche, cuando cenamos juntos, dijo que no había nacido rico. Tal vez tenga algo de sentido, es decir, tal vez nació en otro lugar y haya inventado toda su vida, o más bien reinventado. De pronto me acuerdo de una vez en la que llegó una carta para él en la oficina, una carta dirigida a Jorge García, y pensé que se habían equivocado al escribir el nombre... Tal vez no se equivocaron.

Lo vuelvo a mirar a los ojos y no veo lo que antes, es decir, veo una mirada limpia, una mirada sincera y feliz. Incluso contenida. Me dejo llevar por su caricia en mi mejilla de nuevo y después por su beso en mi cuello, haciéndome gemir otra vez.

Mis suspiros empiezan a enlazarse en mi boca y no soy capaz de seguir analizando la vida de Jorge, ya no puedo pensar. Sólo soy capaz de seguir acariciando su cuerpo, metiendo mis manos por debajo de su camisa, que voy subiendo a medida que descubro su piel. Me gustaría que estuviera desnudo ya.

Abro su camisa apartándola y, sin darme cuenta de lo que hago, rompo los pequeños botones que la cerraban. Él me mira sorprendido y noto cómo su polla se endurece más, la noto contra mi falda y mi sexo.

Su mirada es tierna, es una mirada de admiración, no puedo entenderlo más, pero sí es sincero en sus ojos. Vuelve a inclinarse sobre mí cuando se quita la camisa totalmente y me besa como si no hubiera besado a una mujer en años. Mis suspiros vuelven a mezclarse con los gruñidos de él en nuestras bocas mientras siento su miembro endurecido presionando contra mi sexo. Decido abrir las piernas y acogerlo rodeándolo con ellas y un latigazo de placer recorre mi espina dorsal y se expande por cada una de mis extremidades al sentir su sexo duro contra mis braguitas.

Él se aparta y me las quita con la boca, con los dientes concretamente, y un gemido se escapa

de mis labios al ver sus ojos de vicio y su boca haciendo eso.

No puedo soportar más tiempo sin tenerlo dentro de mí, por lo que tiro de sus hombros arañándolo sin querer con mis uñas. Él no se queja, pero creo que debe haberle dolido, aunque no tanto como le debe doler la polla por no tenerla dentro, porque me embiste sin miramientos obedeciendo así a mi ruego sin palabras.

– Es increíble –digo a su hombro, porque su rostro está hundido en mi cuello y en mi pelo mientras sigue moviéndose.

No sé cuánto aguantaré, porque ya noto el orgasmo cerca, noto todas las sensaciones de placer que lo preceden. Noto mi sexo apretado contra su polla y noto cómo le tiemblan todavía los brazos. Mis labios siguen su boca, intentando besarle y volver a ver sus ojos. Mi cuerpo se une moviéndose y buscando su propio placer, es que ni siquiera me muevo voluntariamente, es mi cuerpo el que lo hace por puro instinto para culminar, ni siquiera sé qué estoy haciendo o cómo me muevo. Sólo estoy dominada por las sensaciones y ellas me arrastran a moverme contra él.

– Si sigues moviéndote así me voy a correr.

– No puedo parar ahora –dice mi boca sabiendo que he perdido el control y son el deseo y el placer los que lo han tomado.

Mis movimientos siguen e incluso se aceleran cuando una de sus manos temblorosas me acaricia un pezón. Empiezo a gemir sin darme cuenta de lo que emite mi garganta contra su hombro, que muerdo para agarrarme a algo en este mundo, porque me pierdo, me dejo llevar por Jorge mientras mi cuerpo convulsiona contra él, que siento tenso de repente, en los brazos que acaricio y en su cuello, marcando cada músculo de su cuerpo.

Ambos nos quedamos así un tiempo, demasiado, mirándonos a los ojos sin poder despegarnos el uno del otro. El peso de Jorge sobre mí ni siquiera me molesta, pero él hace el intento de apartarse para no chafarme. Sin embargo yo le detengo enlazando mis piernas y mis brazos alrededor de él porque no quiero separar nuestra piel. Es demasiado difícil en este momento. Necesito más, necesito sentir su piel caliente y suave en la mía más tiempo.

Él no me mira como lo hace siempre, como me mira a mí y a todo el mundo, ahora lo hace con ternura, y creo que yo también lo estoy haciendo. No se ha reído de mí cuando le he atrapado entre mis brazos para que no se fuera, no ha hecho ningún chiste o broma como habría esperado, como habría hecho si esto fuera sólo un juego al que ganar, un juego de demostración de quién ha sido el vencedor. No me mira como si hubiera ganado la competición. Lo hace con cariño, al igual que cuando vuelve a llevar una de sus manos a mi mejilla pase a acariciarla.

– Eres tan bonita –dice otra vez casi en un susurro.

Y al decir de nuevo eso, vuelven a mi cabeza los pensamientos contradictorios sobre él. Ahora con más fuerza me confunde, porque antes estaba tan cachonda que no podía apenas pensar, y mucho menos analizar todo lo que rodea a este hombre que no sé si llegaré a comprender alguna vez.

No entiendo qué me pasa con Jorge, no tiene ningún sentido, debería aborrecerle, debería salir corriendo inmediatamente, como hice la otra vez, pero soy incapaz de moverme de su lado. Quisiera permanecer así, junto a él, todo el tiempo, el resto del día.

– No te vayas –ruega él como si estuviera pensando lo mismo que yo.

Yo no me atrevo a responder, pero no iba a irme, ni siquiera puedo aunque quiera. Sólo deseo seguir unida a sus ojos y a su piel. Hundo mi nariz en su cuello y cierro los ojos inspirando profundamente para recordar cada matiz de su olor. Dejo caer mis labios sobre su cuello sin llegar a considerarse un beso mi gesto, simplemente dejo mis labios unidos a la suave piel.

Un minuto, o dos, después la realidad golpea nuestras cabezas. Ya no podemos seguir así, acaba el momento mágico en el que nos habíamos sumido tras la explosión de placer. Las voces de Marco e Isabella se oyen desde la planta inferior, los gritos suben por cada hueco de cada pared.

– Esos dos se matan –dice Jorge sin separarse aún de mí. Todavía sigue dentro de mi cuerpo unos segundos más y no soy capaz de decir nada aún.

Cuando llega la noche puedo pensar con más calma, porque después de lo que ha pasado esta tarde todo ha sido demasiado rápido, no daba tiempo a nada más que intentar que Marco e Isabella se calmaran, creo que hay demasiada tensión sexual entre ellos. Cuando hemos llegado al vestíbulo, donde estaban discutiendo esos dos, Jorge ha cortado el problema sólo susurrándole algo a Isabella al oído, no sé cómo lo hace para conseguir siempre lo que quiere, para convencer a la gente de esa forma. Pero conmigo no ha sido así, no entiendo nada. Es decir, qué quería de mí, ¿realmente quería eso? ¿Quería acostarse conmigo? O es uno de los medios que usa para llegar a otro fin? Antes no habría dudado, antes habría considerado lógicamente que no quería nada más que conseguir algo de mí, que por esa razón se acercaba o me provocaba. Porque no puede ser simple casualidad, él no hace nada por casualidad, no ha dejado de provocarme desde que llegamos a este lugar. Por ejemplo, cuando le vi desnudo en su habitación y no se tapaba como habría hecho cualquier persona con dos dedos de frente. Él lo hizo aposta, y luego todas las alusiones a esa parte de su cuerpo que debía saber que me gustaba tanto. Porque a él no se le escapa nada, y debía saber que me ponía muy nerviosa, debía notarlo, porque además no soy la típica persona que sabe ocultar sus emociones fácilmente, a mí se me nota todo enseguida.

Entonces, bajo esas conclusiones, él quería que pasara esto, quería llevarme a la cama, pero, la pregunta es: ¿para qué?

Salgo de mi habitación y entro en la de Rocío para preguntarle si debería preguntarle a Jorge directamente qué mierda pasa, pero cuando abro la puerta me encuentro a Carlos en la cama y a ella encima de él, y tras un grito inicial salgo corriendo cerrando antes la puerta, por supuesto. Se me ha olvidado cambiar las sábanas, por cierto... Si vinieran los del csi se pondrían las botas haciendo la reconstrucción de los hechos con los restos orgánicos que se pueden llegar a encontrar en esa cama.

¿Y ahora a quién pregunto lo que debo hacer? ¿Quién me dará consejo? Miro hacia el pasillo vacío y el silencio me dice que no tengo a quién comer la cabeza con mis paranoias, voy a tener que pensarlo yo sola... Las viejas del visillo que hay en el pueblo no son una opción, además estarán durmiendo. Si no fuera tan tarde habría algún obrero o algún albañil o lo que sea para contarle mis dudas y que me aclarara las cosas con su visión, como ya he hecho en anteriores ocasiones, pobrecillos... Sin embargo ahora no hay ninguno, deben estar en el pueblo... Podría acercarme al pueblo para buscarlos..., pienso mirando el reloj en el móvil, pero entonces aparece Marco subiendo por la escalera, y veo su cabeza asomar por el pasillo que da a las habitaciones.

– ¿Todo bien? –pregunta Marco alcanzándome rápidamente porque me he quedado plantada en medio del pasillo, sumida en mis propios pensamientos.

– Bueno, estoy un poco con mis dudas, pero podré soportarlo –miento. En realidad estaba pensando en ir al bar del pueblo para encontrar a José o a Gorka, dos de los albañiles que se han visto obligados a escucharme durante la última semana, porque los pobres no podían salir corriendo, eran los más mayores y no tienen tanta agilidad... Y los pillé mientras enyesaban, y no podían irse porque seca rápido... Lo tengo todo planeado cuando pillo a alguien para soltarle mis pensamientos más absurdos... Tengo mis trucos, como las cajeras antes de cobrar lo que he comprado... O los que trabajan en la gasolinera, mientras echan gasolina...

– No sé qué le pasa a Isabella, está rarísima, no hace más que quejarse de todo, de hecho a veces pienso en volver a Madrid y enviar a mi socio para que lidie con ella.

– Yo tampoco entiendo qué le pasa a Jorge, están pasando cosas muy raras y a veces no sé si son cosas mías o qué –pienso en voz alta.

– Te invito a una copa de vino y hablamos, necesitamos relajarnos y respecto a las cosas raras, yo también me he dado cuenta... Vamos al pueblo y nos tomamos algo –propone él.

– Es la mejor idea que he oído hoy –acepto con una sonrisa, que mantengo hasta que otra puerta se abre y sale Jorge, que se queda mirándonos sin poder articular palabra.

– No deberíais salir –dice al fin tras darnos un repaso de cuidado.

– ¿Cómo?

– Hay un pequeño problema, aunque no es tan pequeño..., por si no os habéis dado cuenta, ese guardia civil de dos metros está en el edificio, si ve lo que se está haciendo en este lugar sin los permisos necesarios, se acabó todo.

– No le dará tiempo a darse cuenta de nada, está con Rocío, y la conozco bien, probablemente estará atado de pies y manos... –aseguro tirando del brazo de Marco para salir de la presencia de Jorge cuanto antes. Necesito hablar con él de todas las cosas extrañas que están pasando. Porque él también se ha dado cuenta. Vamos, que no estoy loca.

Marco me sigue y pasa de Jorge, que está rarísimo. No es un problema para él ocuparse de alguien como Carlos, él es capaz de convencer a un esquimal para comprar una nevera... Eso decía siempre cuando trabajábamos juntos. No sé qué le pasa últimamente.

– Pero... –intenta decir aún Jorge.

– Ocúpate tú si hay algún problema –digo desde el inicio de la escalera, seguida muy de cerca por Marco.

Oímos refunfuñar a Jorge, pero nos vamos prácticamente corriendo.

Tenía tantas ganas de irme de ese palacio que me he sentido como maléfica huyendo del castillo, y encima no me acordaba de lo incómodo que es estar en el deportivo de Marco.

– No podía más –confieso con un suspiro.

– Se te notaba –responde Marco con una sonrisa que derretiría el hielo en enero.

Ya sé que se me nota que estoy tan nerviosa, y lo debe haber notado también Jorge. Es que ha sido un día muy raro, bueno ha sido una semana muy rara.

– No me extraña, es que si supieras lo que ha pasado...

– Es evidente lo que ha pasado.

– ¿Qué crees que ha pasado?

– ¿Te lo has follado?

Yo lo miro atónita, ¿tan evidente es?

– No lo podías mirar a la cara, y tú siempre discutes con él, es un odio acérrimo, al menos hasta hace una semana. Isabella se dio cuenta cuando fue a la cocina hace justo una semana, de hecho lo insinuó hace unos días en una discusión.

– ¿Lo insinuó?

– Claro, cree que así me hace daño. Dijo que era un tonto por enamorarme de una mujer que se está follando a otro en mi propio hotel.

– Ya no estoy tan segura de que sea para hacer daño.

– ¿Qué quieres decir?

– No lo sé, es todo tan extraño. Jorge, Isabella. ¿Qué pretenden? Está claro que algo quieren de nosotros y no sé qué es. Ambos están siguiendo un objetivo, de eso no me cabe la menor duda. Y no entiendo a Jorge, me confunde, cuando follamos dice cosas de pueblo y tiene..., tiene acento manchego –confieso mirando a la carretera en la oscuridad y dándome cuenta de lo absurdo que es todo.

– ¿Acento manchego?

– O murciano, yo que sé. A lo mejor es de pueblo y le gustaría vivir aquí, porque le recuerda a su infancia, ni idea, es que ya no sé qué es real con Jorge y qué no, ni tampoco se me ocurre nada. ¿Querrá quedarse con el pazo para cumplir su sueño infantil?

– ¿Quedarse con el pazo?

– Rocío oyó una conversación entre Jorge e Isabella, sobre una propuesta que tenía que hacerme Jorge para quitarme de en medio o algo así. Tampoco se enteró de mucho más.

– ¿Quitarte de en medio? ¿Para tener vía libre para hacer lo que le de la gana en el hotel? No podría quitarme nada porque no soy sólo yo el que tiene dinero invertido en esto. Además hace una semana fueron a buscar más inversores, no tiene sentido que quieran estropearlo ahora, ni que quieran quedarse nada más de lo que ya han conseguido, porque no depende sólo de mí, y está todo muy bien atado.

– ¿Entonces qué buscan?

– No lo sé, pero podríamos averiguarlo.

– ¿Cómo?

– Algo se nos ocurrirá, pero hasta ese momento lo que podemos hacer es seguir observándolos, incluso podríamos aparentar que nos hemos liado para ver cómo reaccionan.

– ¿Qué sentido tendría eso a estas alturas?

– Por algún motivo no quieren que estemos juntos, ¿no te has dado cuenta de cómo nos separan cada vez que hablamos entre nosotros.

No, no me había parado a pensar en ello, pero ahora que lo dice, tiene razón, siempre nos separan, alguno de los dos, con cualquier tontería, como lo de antes, cuando Jorge ha dicho que

Carlos estaban en el pazo y que no podíamos irnos porque era un problema. Claro que no era ningún problema, quería separarnos, de hecho creo que el problema es otro.

– Quieren separarnos y son capaces de seducirnos para ello –descubro parte del plan tras unos segundos de deliberación conmigo misma.

– ¿Cómo?

– Claro, ¿no ves cómo se viste Isabella cuando sabe que vas a estar en el pazo? Y Jorge no ha dejado de hacer alusiones a su... Su... Miembro –digo al fin eligiendo con cuidado la palabra porque me da vergüenza decir algo más subido de tono–. Es decir, él sabe lo que me pone eso, lo sabe desde que le vi desnudo, y claro, no ha parado de restregármelo, metafóricamente hablando, hasta que me ha seducido para caer en sus redes, y todo para que no me liara contigo, para separarme. Con el objetivo de... No sé cuál es, pero él siempre tiene uno, es que lo conozco desde hace muchos años.

– Suena raro, pero llevo una semana muy rara, de hecho llevo un tiempo en el que no entiendo nada de lo que pasa.

– Suele ocurrir cuando Jorge está cerca. En qué mala hora el banco le dio las llaves también... –me lamento apesadumbrada, sabiendo que si no hubiera estado Jorge en este lugar nada habría pasado–. Qué casualidad que fuera él el encargado de vender esto, la agencia donde trabaja no suele enviarle a cosas así, él siempre trabaja en Madrid. No tiene sentido... A no ser que les haya pedido él expresamente venir aquí... –y me doy cuenta de que debe ser eso. Y ¿por qué?

– En condiciones normales diría que simplemente está obsesionado contigo, pero como Isabella está metida en todo esto, y me contagias todas esas paranoias, ya no sé qué pensar.

– Yo tampoco –reconozco que tengo mis paranoias, y ya no discrimino lo cierto de lo incierto, pero la culpa es de Jorge, porque cuando no está, es decir, en los últimos meses yo me estaba reformando, pero es que es un tío tan raro, siempre tramando algo, que ya me vuelvo paranoica..., pero es culpa de Jorge.

– Ya hemos llegado –dice Marco sacándome de mi ensoñación.

Capítulo 11.

No sé qué ha pasado durante el tiempo que hemos estado fuera, pero cuando entramos en el pazo está todo patas arriba. Marco y yo nos miramos confusos y yo decido subir y buscar a Rocío, que estaba en la habitación con Carlos y será testigo de lo que haya podido pasar, sea un terremoto o Isabella con alguna de sus neuras.

– ¿Rocío? –pregunto y llamo a la puerta antes de abrir, aunque nadie contesta.

– Isabella no está.

– Rocío tampoco –afirmo abriendo la puerta totalmente cuando no veo a nadie en la cama, ni en ningún sitio, para que pueda entrar Marco y comprobarlo–. ¿Qué crees que ha pasado?

– Parece el típico arrebato de Isabella cuando no tiene lo que quiere. Tal vez sea porque nos ha visto irnos juntos. El problema es que ahora las obras tardarán incluso más, y ya llevamos retraso. Ha tirado todos los andamios y ha destrozado las paredes del vestíbulo, aunque no he visto nada más en las demás habitaciones. Se ha cebado en la entrada. Tal vez tardemos una semana más de lo previsto para inaugurar...

– Lo sé –me lamento–. Todas las ilegalidades que he hecho para adelantar tiempo no han servido de nada.

– No te preocupes, sólo serán un par de días más –me consuela acortando el tiempo que me había dicho y abrazándome desde mi espalda.

– Yo diría que una semana, y espero que Rocío haya podido convencer a Carlos de que no nos denuncie.

– Seamos positivos, tal vez nos estemos preocupando antes de tiempo.

Los italianos siempre tan positivos, y yo cagándome en todo, porque soy española y me apetece quejarme. Y de pronto siento sus manos en mis hombros masajeando toda la tensión. Este hombre es perfecto...

– No sé cómo te dejó escapar esa mujer.

Sus manos se detienen y oigo su respiración profunda y agotada.

– Nunca lo supe. Y ni siquiera la entiendo ahora.

– Por eso se llevan bien, nadie les entiende... Me refiero a Jorge.

– Estás enamorada de él –susurra Marco a mi espalda.

– Claro que no –resuelvo apartándome para seguir buscando en las habitaciones y encontrar pruebas de lo que ha pasado aquí. Porque el retraso y las obras las va a pagar la culpable, Isabella.

Al día siguiente descubrimos que efectivamente Isabella tuvo un arrebato y se enfadó, según ella porque las obras no están siguiendo las fechas previstas, cosa que no tiene coherencia alguna, porque ella las está retrasando. Por otro lado, Carlos y Rocío simplemente se fueron a la casa de él para acabar lo que empezaron en la habitación de ella, a la que no he visto desde ayer, simplemente me mandó un mensaje de madrugada y se quedó tan ancha... Ni siquiera responde ni se conecta, a saber lo que está haciendo con ese pobre hombre.

Isabella ha llegado esta mañana con una expresión fría que no había visto nunca en ella, y vestida más sexy de lo normal, que ya es decir... Podría ser la madamme de un sitio al estilo moulin rouge.

– ¿Dónde está Jorge? –me atrevo a preguntar.

Isabella me mira de arriba abajo y luego niega sin responder una sola palabra.

– ¿Y qué le pasa a ésta ahora? –me pregunto alzando las cejas mientras la veo marcharse con el cuello todo estirado.

Marco se encoge de hombros y deja escapar el aire de sus pulmones mientras la observa marcharse toda enfadada.

– Cuando no consigue algo que quiere se pone así.

– ¿Tendrá que ver con Jorge? ¿Será que quiere liarse con él?

– A estas alturas me creería cualquier cosa.

– Hablando del rey de Roma...

– ¿El rey de Roma? –repite Marco girándose hacia la puerta por la que entra Jorge con su actitud despreocupada de siempre.

Me siento muy rara en su presencia, es que fue tan intenso lo que pasó ayer, y verlo ahora como si nada pasara es, como poco, extraño, como mucho, una de las cosas añadidas a las que este hombre hace siempre, y que me descolocan tanto.

– ¿Podemos hablar? –me envalentono al ver su actitud.

– ¿A solas?

– Pues claro.

– Está bien, si te empeñas... –concede como si fuera un favor que me hace.

Lo miro entrecerrando los ojos y tengo que morderme la lengua para no decir cualquier burrada. Al menos no quiero decirla aún. Prefiero que estemos a solas.

Camino delante de él y me dirijo hacia la biblioteca, un lugar en el que no recordaré haberle follado, porque si no..., no me voy a concentrar. De hecho, acabo de desconcentrarme por buscar un sitio que no me recuerde a “eso que hemos hecho”.

Cuando él está dentro cierro la puerta y me doy la vuelta para encararle.

– Sé quién eres, Jorge García –recalco subiendo el tono de voz–, y sé lo que estás haciendo. Te he descubierto.

Él alza una ceja como un lord inglés, le falta el monóculo en este momento, seguro que daría el pego.

– Vaya, supongo que no me queda escapatoria. Si ya lo sabes todo... –se lamenta irónico.

– Lo sé todo –no sé nada, pero ya he dicho que sí, ahora a ver qué dice...

– ¿Qué sabes de mi plan?

– Pues hombre, todo –vuelvo a afirmar moviéndome incómoda al sentir su mirada fija en mí.

– Me gustaría escuchar los detalles y cómo lo has averiguado.

– No puedo revelar mis fuentes, por el juramento de confidencialidad –no sé qué cojones estoy diciendo, pero en mi defensa diré que no razono, sólo veo esos ojos que me miran con unas ganas. No puede ser, seguro que lo hace aposta para ponerme nerviosa. Veo en su boca que se está aguantando la risa y vuelvo a mi estado de enfado anterior–. No naciste en Madrid, tienes acento manchego, te sale cuando... Bueno, ya sabes cuando. Y nadie te conoce realmente, en la oficina nadie sabía exactamente de dónde venías, todo eran rumores, pero nadie te conocía de la infancia, y eso es precisamente lo que buscas: Tienes tus recuerdos y anhelos, infantiles y pueblerinos, de vivir en el campo y de tener dinero. Y has visto aquí la oportunidad, y queréis deshaceros de mí y de Marco para quedaros todo esto –acabo mi relato con una rapidez que ni Eminem podría superar...

– Impresionante –reconoce él con los ojos abiertos de par en par–. Estás peor de lo que creía. ¿Anhelos pueblerinos?

Me encojo de hombros y frunzo el ceño. La verdad que oír lo que digo en boca ajena suena bastante raro.

– Anhelos pueblerinos, sí... –no me queda otra que reafirmarme.

– Tengo anhelos, pero no son pueblerinos –responde riendo a carcajadas. Incluso tiene que secarse las lágrimas al final, mientras yo le miro cruzándome de brazos.

Estoy a punto de responder algo hiriente, pero se acerca más a mí y pierde al fin la sonrisa. Esa sonrisa que me daban ganas de borrar de un puñetazo.

– O tal vez sí –añade cuando está a pocos centímetros de mí.

– ¿Qué haces?

– Besarte, vamos, lo estás deseando.

Voy a quejarme, pero cuando abro la boca se abalanza sobre mí y me mete la lengua hasta la garganta. Siento sus labios húmedos y suaves en los míos y su lengua que juega con la mía, y entonces pierdo todos los argumentos. Incluso se me escapa algún gemido. Es demasiado lo que me provoca este hombre. No puede ser que me entren ganas continuamente, ¡no es humanamente posible!

– ¿Lo ves? Lo estabas deseando –dice mirándome como si hubiera ganado algo.

– ¿Qué quieres en realidad? –pregunto directamente, no soporto más esta incertidumbre–. ¿Cuál es tu objetivo aquí?

– Tú lo has dicho, cumplir mis anhelos... –asegura acercándose más y restregándose esa enorme polla que tiene, ya dura como el acero.

– La madre que te parió... –es lo único que se me ocurre decir cuando la siento apretada contra mí.

Incluso mis manos van a esa cosa enorme, porque no soy capaz de controlarme sabiendo lo que tiene y cómo me hace sentir. Estoy perdida, ya no tengo remedio. Y a la vez necesito saber quién es realmente y qué quiere hacer aquí.

– Jorge García –digo entre suspiros cuando él tiene sus labios en mi cuello y sigue restregándose contra mí.

– Celeste...

– ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Quieres quedarte con el pazo?

– Claro que no.

– ¿Qué propuesta quieres hacerme?

Él me mira ahora sorprendido, levantando la cabeza para mirarme a los ojos.

– ¿Cómo sabes lo de la propuesta? ¿Te lo ha dicho Isabella?

– ¿Y qué tienes con Isabella?

Él se separa unos centímetros de mí y lo veo dudar, no había visto esa mirada en él en todo el tiempo que le conozco, siempre se muestra tan seguro de sí mismo.

Vuelve a mirarme a los ojos y abre la boca para decir algo, pero no dice nada.

– No... –se atreve al fin a decir cuando creía que se iba a dar la vuelta para marcharse–. No tengo nada con Isabella, ella está enamorada de Marco.

– ¡Ja! –es mi respuesta a eso, esa mujer busca quedarse con este lugar, está clarísimo. Además, ya estuvo casada con Marco, no tiene sentido.

– No todo es lo que parece, Isabella cometió un error, al igual que Marco, pero están hechos el uno para el otro... Como nosotros.

– ¿Nosotros? –pregunto cruzándome de brazos.

– Nosotros, ¿no te das cuenta de que trabajamos muy bien juntos? Podríamos hacerlo siempre.

– ¿Siempre? ¿Otra vez? ¿Has perdido la cabeza? Si no nos soportamos, estoy deseando que termine este trabajo para irme a Madrid y no verte más.

– No lo creo, de hecho creo que te gustaría quedarte más tiempo, ¿no has sido tú la que ha tirado todo al suelo para que las obras duren más?

– Claro que no, eso ha sido Isabella... Que está loca.

– Carlos me ha dicho que le entregaste la relación de irregularidades urbanísticas que estás haciendo aquí.

– Eso es mentira. Habrá sido Rocío, que habla demasiado.

–Quieres quedarte conmigo, reconócelo.

– Te equivocas, me da repelús tu sola presencia.

– Tal vez debería demostrarte que no es así, y no parar de demostrártelo hasta que aceptes mi propuesta.

– ¿Qué quieres hacer? –pregunto asustada cuando él vuelve a mirarme decidido y con la seguridad habitual en él. Y con esa mirada de vicio que tiene a veces cuando me mira, y que me va a desquiciar.

Cuando me ha atrapado entre sus brazos mira a un lado y otro buscando algo.

– ¿Qué buscas? –vuelvo a preguntar cuando él se aparta de mí y camina por la biblioteca entre muebles tapados con sábanas y las estanterías llenas de polvo.

Le sigo por curiosidad y cuando estoy a su espalda frente a la chimenea él se da la vuelta y yo dejo escapar un gritito por el susto.

– No lo encuentro aquí. Hablaremos después.

– No sé si alguna vez te entenderé –resuelvo cuando se aleja de mí y camina hacia la puerta de la biblioteca dejándome con más dudas que antes.

Una semana después.

No sé qué le pasa a Jorge, todavía es más raro desde que hablé con él en la biblioteca. Si es que era posible que fuera más raro, claro...

Isabella sigue en su línea de vestirse como una diablesa, de hecho la miro cuando salgo de la habitación y creo que está más sexy que nunca. ¿Piensa ir así para la inauguración del hotel?, pero aún es pronto para vestirse, pienso mirando la hora en mi móvil. Ella me mira por encima del hombro y vuelve a entrar en su habitación. ¿Le habrá molestado que la vea así vestida?, seguramente querría sorprender a todos y a mí ya no me va a sorprender... Aunque, ¿qué le importará a ella mi opinión...?

Vuelvo también a mi habitación, ahora confusa sobre qué ropa ponerme, por lo que vuelvo a abrir el armario. Marco me regaló un vestido para este día, pero no sé si es lo suficientemente revelador o necesitaría algo más sexy, es que aunque no soy una persona competitiva creo que debería ponerme algo más fuerte que Isabella...

La última semana ha sido rarísima, por un lado Jorge me dijo que Isabella estaba enamorada de Marco, pero no han hecho otra cosa durante este tiempo que estar juntos. Sin embargo cuando Isabella se fue dos días a Madrid, Jorge no paraba de acosarme, mientras que yo he intentado alejarme todo lo posible. Sé que es absurdo que sienta tantas cosas por ese idiota, pero no puedo negar más tiempo que las siento, y no es sólo sexo, por mucho que haya intentado convencerme, es algo más, y no quiero tenerle cerca por si me pierdo del todo, por eso cada vez que lo veo salgo huyendo. Además, si es capaz de seducirme para conseguir lo que quiere... Que a saber qué es... Me da hasta miedo.

Tengo que consultar a Rocío sobre el vestido, y ya de paso preguntar si tiene otro más sexy, que seguro que sí. Llevo media hora mirando el armario con una toalla en la cabeza y tampoco es que haya solucionado nada yo sola. El vestido que llevo puesto, el que me regaló Marco, que la verdad es que es bastante sexy, es la mejor opción que hay disponible a estas alturas de la tarde. Negro, entallado, y con el escote unido en el ombligo, dejando adivinar casi todo. Cojo el secador y dejo caer la toalla que llevo enrollada en mi cabeza mientras echo alguna mirada al espejo a través de mi pelo volando hacia todos lados.

– No es lo bastante sexy –me digo a mí misma mirándome en el espejo cada vez que mi pelo me deja ver mi reflejo.

– Yo creo que sí lo es.

Suelto un grito cuando oigo la voz de Jorge retumbar en la habitación. Hasta me llevo las manos al pecho. El secador se queda colgando entre mis manos a punto de tocar el suelo por culpa de ese idiota y apenas consigo agarrarlo del cable cuando se me cae.

– ¿Qué haces aquí? –pregunto boquiabierta.

– Hay un montón de laberintos en este palacio.

– Pero...

– No iba a la ermita cuando me encontrasteis ahí.

– ¡Lo sabía! –exclamo con el puño cerrado–. ¿Y qué tiene que ver con que estés aquí.

– Te mueres por saber cómo me entero de todo, ¿verdad?

Le miro entrecerrando los ojos y cogiendo el secador como si fuera un arma cuando se acerca más a mí.

– Habla.

– La dueña que vendió su parte a Isabella conoce todos los laberintos y entresijos de este lugar, que casualmente vive cerca de la ermita –confiesa y noto un gustillo mental interior que es mejor que el sexo. Bueno, mejor tampoco, pero muy agradable.

Dos horas después.

Este lugar es un verdadero palacio ahora, todo reluce, el lujo de la decoración, la tecnología mezclada en ella, el dinero invertido... Todo hace pensar que es un lugar donde vale la pena invertir y dejar más dinero.

El vestíbulo es impresionante, nada que ver con lo que era cuando llegué por primera vez, muebles desvencijados, polvo e incluso tierra por todas partes... Ahora una enorme lámpara de araña pende sobre nuestras cabezas. Yo jamás había visto algo así. De hecho, tengo miedo de que se descuelgue, ya saben, irregularidades urbanísticas... Es broma, está bien sujeta. De todas formas la Anduriña y la Matilda han ido a la ermita a rezar, por si acaso... Es broma también.

Rocío y Carlos me miran sin mucha confianza mientras yo intento alejarme de ellos porque me da hasta vergüenza pensar en todas las tonterías y paranoias que les he dicho sobre los propósitos de Jorge e Isabella.

Y de pronto veo a Isabella, que le da un beso a Marco delante de todos. Marco se queda a cuadros, pero no rechaza su beso, se ve que la tía ha sabido elegir el momento: Marco no montaría un número en un momento tan importante, por lo que ella aprovecha para profundizar su beso ante los fotógrafos que inmortalizan el momento, ya que están presentes, claro. Y de pronto Marco la abraza con fuerza, con esa pasión italiana que le caracteriza.

– ¿Qué te pasa? Celeste... –me pregunta de repente Rocío, que ha llegado desde la puerta principal hasta la puerta del salón donde se ha construido el restaurante.

– Nada, estoy perfectamente –miento mirando hacia otro lado, un lado en el que casualmente está Jorge, como a unos diez metros, pero ahí está.

– No parece ser nada.

Carlos me mira y sonrío al final.

– ¿Quién ha ganado?

– ¿Ganado? –pregunto sin entenderle. Hablo de tantas cosas que no sé ahora qué había que ganar.

– Lo que hablamos en mi coche.

Éste está loco si pretende que me acuerde de qué hablamos en su coche.

– Te dije que Jorge tenía un objetivo... –intenta refrescarme la memoria.

Debe haber notado que he recordado de qué hablábamos, porque sí, ya sé de qué habla. Carlos me dijo que Jorge estaba pilladísimo por mí, y yo lo negué tajantemente... No quiero admitir que tal vez haya algo de razón en sus deliberaciones...

– Es difícil de decir, analizando las circunstancias y el hecho de que Jorge no está bien de la cabeza... Sólo hay que verlo...

– Un momento, ¿qué objetivo es ese? –pregunta Rocío–. Porque no se ha quedado con este hotel, Marco sigue siendo el dueño mayoritario.

– No quería el hotel... –me veo obligada a admitir.

– ¿Qué quería?

No soy capaz de hablar porque Jorge se acerca y me recuerda lo que ha pasado dos horas antes, que ya lo recordaba bastante bien sin que se acercara, de hecho me noto las mejillas ardiendo.

Dios mío, en momentos así pienso si alguien es capaz de leer mi mente... Tengo tantas imágenes en la cabeza... Aunque la última imagen es la de Jorge sobre mí poniéndome un pañuelo para taparme los ojos.

Él me mira sabiendo que estoy recordando cada una de las cosas que han pasado en esa habitación.

Afortunadamente algunos invitados, concretamente los inversores que han metido dinero en este lugar, se acercan a él antes de que llegue a nosotros. Respiro aliviada y Rocío entrecierra los ojos.

– ¿Qué quería? ¿Descubriste qué quería proponerte?

Asiento con la cabeza.

– Quiere trabajar conmigo, quiere que montemos nuestra propia agencia inmobiliaria.

– ¿Cómo?

– Eso ha dicho.

– ¿Y le crees?

– Sí, de hecho ya está todo firmado... Me ha... obligado a firmar.

– ¿Cómo te ha obligado a firmar?

– Ahora somos socios –me limito a decir, cada vez sintiendo más calor en mis mejillas.

– ¿Qué has firmado? ¿Si ha habido coacción no es inválido? –pregunta Rocío mirándome y luego a Carlos.

– Me ha hecho firmar varias cosas, sí, y yo a él, la verdad, para que cumpla siempre y repita sus coacciones un número determinado de veces a la semana –pienso en voz alta mirando al vacío.

Carlos y Rocío empiezan a hacerme preguntas, pero ya ni oigo ni escucho, sólo es un rumor lo que llega a mis oídos mientras Jorge y yo nos miramos por entre la gente que se interpone entre nosotros.

Sí, me ha obligado a firmar y yo a él, por haberme hecho sufrir de esa manera. Primero no me ha dejado hablar y segundo no me ha dejado mirar. No me ha dejado hablar porque tenía mi boca entretenida con la suya, pero ese no ha sido el mayor sufrimiento, lo peor ha sido que cuando me tenía así de ocupada, me ha hecho una jugarreta. Hace unos días, cuando estábamos en la biblioteca el muy capullo estaba buscando unas cuerdas, para atarme, me lo ha dicho cuando me ha atado, y es entonces cuando me ha confesado todos sus planes. Era la condición para contarme sus planes...

Me ha confesado mientras me desnudaba sobre la cama qué era lo que tramaba, cómo ha conseguido todo lo que quiere desde que salió de su pueblo perdido en La Mancha. O cómo se había enamorado de mí cuando trabajábamos juntos.

Yo no podía creerlo, porque yo jamás me voy a fiar de él, pero todo tiene bastante sentido cuando estás atada y desnuda y te miran con esos ojos de vicio, de salido desesperado. Lo ha razonado de tal forma que no podía rebatir ni uno solo de sus argumentos, así es como consigue lo que quiere, con esos malditos argumentos. Y en mi caso, además de los argumentos, tenía otras cosas de peso que me han convencido... Y seguía sin creerle, y cada vez que le decía que no le creía me hacía algo que me volvía loca, pero que no terminaba, como ir desnudándome poco a poco.

– No te creo –le he dicho cuando me ha quitado uno de los tirantes del vestido.

– No lo hagas –ha respondido dándome un lametón en el pezón.

Un suspiro se me ha escapado de la boca al sentir unos segundos su lengua.

– No lo haré –he dicho cuando él me ha quitado el otro tirante.

– Me gusta que este vestido no te deje llevar sujetador.

– Lo puedo imaginar –no ver, porque ya no veo nada desde que me ha tapado los ojos con ese pañuelo.

Creo que son sus pulgares los que están tocando mis pezones hasta el punto de llevarme a la locura, a respirar con dificultad, a no poder apenas hablar.

– Quiero que firmes esos papeles, y hasta que no lo hagas no te desataré.

– Tenemos que bajar a la inauguración –le recuerdo–. Nuestros respectivos jefes estarán abajo dentro de nada, entre otros con los que debemos cumplir. Además, mi jefe me dijo que si hacía bien este trabajo me subiría el sueldo.

No me importa demasiado estar atada, de hecho no sólo no me quejo..., pero tenemos trabajo...

– No creo que aguantes más de una hora así –afirma con una seguridad que me acaba de poner más cachonda. No sé qué pretende hacerme, pero vaya tela... Una vez me captaron para trabajar en una de esas empresas piramidales, era como la yihad pero con cremas, actuaban igual, y fueron convincentes al comerme la cabeza para trabajar para ellos, pero Jorge tiene unos métodos mucho mejores para conseguir que trabaje con él. Y ahora que me acuerdo, cuando era comercial de esa empresa de cremas me llevaban de viaje como premio por “captar” muchos adeptos...

– ¿Habrás viajes? –pregunto por curiosidad, la verdad es que ya me ha convencido, o casi, pero bueno, a ver si saco algo más.

– Viaje el que te voy a meter.

Sus dedos acarician mi piel, desde la palma de mis manos, atadas a cada lado de la cama, hasta llegar por mis brazos hasta mis pechos, que rodea para bajar, ahora con sólo la punta de sus dedos hasta mi ombligo, donde aún se juntan los tirantes del vestido.

– No me gusta este vestido –afirma antes de bajarlo metiendo sus dedos por la cintura.

Sé que estoy totalmente expuesta a él, porque no sólo ha bajado la falda, también las braguitas.

– Tenemos que ir a la inauguración –digo en un susurro.

– Llegaremos a tiempo, no te preocupes, sólo tienes que firmar. Cuando seamos socios esto ocurrirá más a menudo.

– Estás loco. No pienso firmar –digo para que siga haciendo todo lo que hace, que me está volviendo loca. Hace rato que me ha convencido.

Él desliza su lengua por mi sexo cuando acaba de bajar mi vestido a los pies y lo deja caer al suelo.

Mi cuerpo se inclina hacia donde creo que está su boca, porque me ha puesto malísima con ese gesto tan simple.

– No conozco a nadie tan raro como tú, ¿por qué quieres trabajar conmigo?

– Me gusta estar contigo, y no quiero que vuelvas a marcharte de mi lado.

– Estás loquísimo –es lo último que digo, porque él desliza de nuevo su lengua por mi sexo y tengo que mordirme los labios para no gritar.

Entonces sus manos van a mi cadera y me acaricia hasta llegar a mis pechos. Pero no se entretiene ahí mucho más de lo que me desquiciaría, y justo cuando voy a gritar abandona esa parte de mi cuerpo y acaricia mis labios de una forma tan suave que apenas la noto. Y después siento su lengua en la mía, no me había dado cuenta de que se había inclinado hasta que la siento, igual que su polla cerca de mi sexo. ¿Cuándo se ha desnudado? La sensación de tener esa cosa enorme cerca de mí me vuelve loca.

– ¿Quieres esto?

– Tienes graves problemas. Mentales –añado entre suspiros por si no le ha quedado claro.

– ¿Pero te gusta?

– Claro que sí –digo ya enfadada–. Métela ya o te mato en cuanto me desates.

Él me abre las piernas y creo que va a meterla, pero no lo hace, se queda quieto, no sé qué está haciendo. Y de pronto se aparta y siento sus dedos en mi sexo, húmedos, debe habérselos chupado. Me abre y siento su aliento en tan delicado lugar, volviéndome loca al hacerlo.

Ya es que ni siento los brazos ni siento nada más que su respiración en mi clítoris. Esto es demasiado para mí. Ésta es la forma más rara con la que me han ofrecido un trabajo. Y la más placentera, pero a la vez la más desquiciante, porque necesito que me toque, y no puedo más. No sé cuánto más resistiré. Creo que le voy a decir que firmo ya, porque necesito esa cosa enorme que tiene dentro de mi cuerpo.

– Tú ganas, firmaré –digo al fin, y al fin siento cómo desliza su miembro duro dentro de mí.

